

CAPITULO VI

EL SISTEMA DEFENSIVO DEL PAÍS VASCO-NAVARRO

**La fortificación permanente en el
sector de los Pirineos occidentales,
o en el país vasco-navarro**



OMO acontecía en la zona oriental, no podemos tampoco declarar que existía en la que vamos a estudiar, un sistema defensivo en condiciones de seguridad y fortaleza ante la invasión francesa, siendo vano el advertir que tal sistema había de quedar asentado sobre la existencia de determinadas obras de fortificación permanente, ya se tratase de puestos fortificados o de auténticas plazas de guerra. A finales del siglo XVIII, al iniciarse la guerra en España con la Revolución francesa, toda la defensa permanente de Guipúzcoa y de las costas de Vizcaya quedaba reducida a unas cuantas y ya viejas baterías de costa y a las fortalezas de San Sebastián, con el castillo de la Mota, y la de Fuenterrabía con el fuerte de Guadalupe, a las que había que añadir el de Santa Isabel, en el puerto de Pasajes y el construido en las faldas occidentales en la montaña de San Marcial. La defensa de Navarra quedaba encomendada a la plaza fuerte de Pamplona, y entre ella y las fortalezas que acabamos de indicar no existía una comunicación que pudiera permitir el paso fácil a tropas de las tres Armas. En cuanto a la frontera francesa, desde Hendaya hasta el Labour, no existía en la costa más fuerte que el de Socoa, en San Juan de Luz y las débiles murallas de Bayona, y en cuanto al valle de los Alduïdes, el fuerte de Castell-Piñón defendía la entrada del mismo a todo intento de invasión que partiese de España. Esto nos fuerza, por lo tanto, a estudiar las condiciones de defensa natural de la zona

occidental de los Pirineos y del país vasco-navarro, enfocándola desde el punto de vista de sus especiales condiciones geográficas y topográficas.

Características militares de esta frontera hispano-francesa

Es un hecho manifiesto que si apelamos al criterio de los tratadistas e historiadores militares que han escrito acerca de la guerra en los Pirineos occidentales, veremos cómo, casi todos ellos, convienen en no conceder a la naturaleza montañosa de las comarcas vasco-navarras el carácter de un obstáculo infranqueable al paso de los ejércitos invasores procedentes del Norte. Pero de todos modos siempre hay una circunstancia digna de hacerse notar, y es ella que, precisamente por la naturaleza y trazado de la frontera franco-española, «ésta es muy favorable a España», fundando el Comandante español Mariscal, tan categórica afirmación, en la facultad que ella posee de descender desde las fuentes de la Nivelle, del coll de Maya o del puente de Otsondo, al valle de dicho río, o sea a las tierras del Labour. «Nuestra nación —expone— posee de toda la vida el Coll de Ibañeta o de Roncesvalles, y desde esta cresta las columnas españolas pueden descender por las dos orillas de la Nive d'Arnèguy. Ellas cuentan, pues, con la facilidad de envolver el valle de los Alduides por el Este y por el Oeste, y la plaza de San Jean Pié de Port es demasiado exigua para oponer a una invasión una resistencia seria. Las columnas españolas, habiendo de este modo envuelto la Nivelle y la Nive, no encontrarán obstáculos serios hasta Bayona.»

Tal vez por esta razón el Mariscal de Berwick, anticipándose en su criterio al del Comandante Mariscal, habiendo de dirigir la invasión de España por los franceses a principios del siglo XVIII, no juzgaba conveniente llevar a cabo tal invasión, según participaba desde Burdeos, el 18 de febrero de 1719, al Regente de Francia, creyendo que era mejor ejecutar su sistema de *navettes*, es decir, de una serie de pequeñas y frecuentes operaciones de carácter ofensivo o de raids y golpes de mano que mantuviessen constantemente inquieto al enemigo, abatiendo su moral y desgastando sus fuerzas (1). «No pretendía Berwick en modo alguno, disputar el paso de las montañas ni la entrada de los valles. Yo concentró —declaraba el célebre Mariscal—, mis tropas en la llanura a fin de que por la derecha y la izquierda puedan moverse con mayor lentitud. También veréis, Monseñor, que para la subsistencia de este Cuerpo separado, destinado a defender los Pirineos occidentales, atiendo a la misma e incluso preveo el caso de un aumento de tropas que yo podría traer del Ampurdán» (2).

(1) *Faire la navette* es en la lengua francesa ir y venir de un lado para otro y, más concretamente, *faire faire la navette*, es traer a retortero de un lado para otro.

(2) Textos transcritos por el General Pierron en su obra «Defensa de las fronteras de Francia».

En época bastante posterior a la de Berwick, en julio de 1887, el Capitán Luya consideraba como datos dignos de hacerse apuntar, los siguientes: Las montañas fronterizas y el Departamento de los bajos Pirineos pueden, en general, ser franqueadas por la Infantería, la Caballería y la Artillería de montaña en casi todos los puntos en que estas montañas no afectan la forma de pico, en los que las crestas rocosas se disimulan bajo el césped; pero a la triple condición de contar con buenos guías y hacer descender a los jinetes de sus caballos y de ejecutar algunos trabajos en los pasos más difíciles. Existen, además, muchos más colls que los que hemos pasado revista. En cuanto a lo que de éstos hemos señalado como accesibles a la caballería, no podrán jamás ser franqueados por los jinetes, si no descenden del caballo. La mayor parte de los senderos de montaña no aparecen indicados más que por piedras que los pastores colocan de diez en diez para poder reconocerse en la niebla. Y si esto podía decirse casi a finales del siglo XIX, ¿qué no podría decirse un siglo antes, en el XVIII?

Un trabajo interesante de finales del siglo XVIII.

De los documentos que pueden darnos idea de las condiciones militares de la región que estamos estudiando, ninguno como el reconocimiento que, «concerniente a poner en estado de defensa el Reino de Navarra y provincias de Guipúzcoa», hubo de verificar la Brigada de Oficiales Generales nombrada el año 1796 para reconocer las fronteras de Francia y sus plazas de guerra, y, como consecuencia de este reconocimiento, formular el dictamen consiguiente; figuraban en ella: don Tomás de Morla, Jefe de la misma; don Gonzalo O'Farrill; don José Samper; don José Heredia (1), y don Fernando Gaver. Como vemos, el trabajo de la Comisión citada fué posterior en un año a la terminación de la guerra de España con la Revolución francesa, pero como puede comprenderse, las circunstancias en que estaba planteada la cuestión en dicha fecha no había variado en nada respecto de aquélla, en el plazo comprendido entre el mes de marzo de 1793 y el mes de agosto de 1795.

Apreciación fundamental. Estudio de la costa vasco-cantábrica

Apreciando desde el primer momento que por la situación geográfica de las provincias Vascongadas, la defensa, tanto de estas provincias como del Reino de Navarra, tenía que guardar una relación estrecha

(1) El mismo que suscribe las cartas del epistolario que figura en el apéndice del tomo II «Campaña del Rosellón».

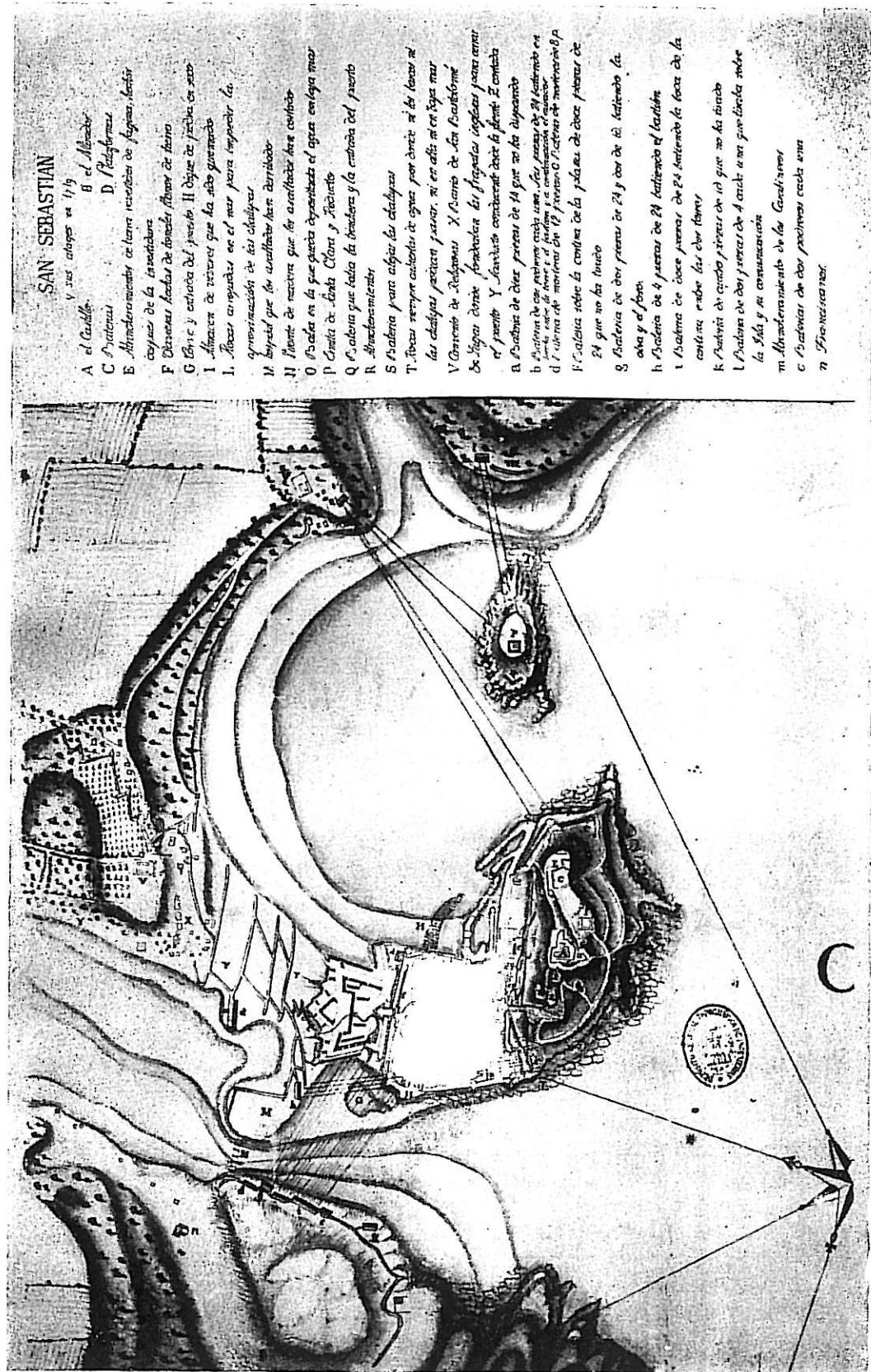
con la naturaleza de las costas del golfo de Vizcaya, el reconocimiento de la Brigada de referencia, propúsose, ante todo, examinar las costas de las provincias de Vizcaya y de Guipúzcoa, para apreciar las facilidades que sus puertos o radas pueden dar a los enemigos para sus expediciones hostiles, y a nosotros para la defensa o recuperación del mismo país: «Pues es evidente que, si en la costa hay puertos, ensenadas y playas, puede el ejército que penetre en las provincias, ser socorrido y sostenido por mar, y aún tener una retirada cuando se les imposibilitase la de tierra. Asimismo, haciendo los contrarios algún desembarco en la costa, a espaldas de nuestra fuerza, que la impidan penetrar por la frontera, llamarían su atención y, temiendo hallarse entre dos fuegos, las subdividirían, facilitando así su ingreso y toma de las provincias».

Interesantes son las observaciones que, como consecuencia del reconocimiento desde Castro-Urdiales hasta San Sebastián y Pasajes, hace la Brigada que nos ocupa. Y de la totalidad de su contenido recogemos como las más importantes las siguientes consideraciones:

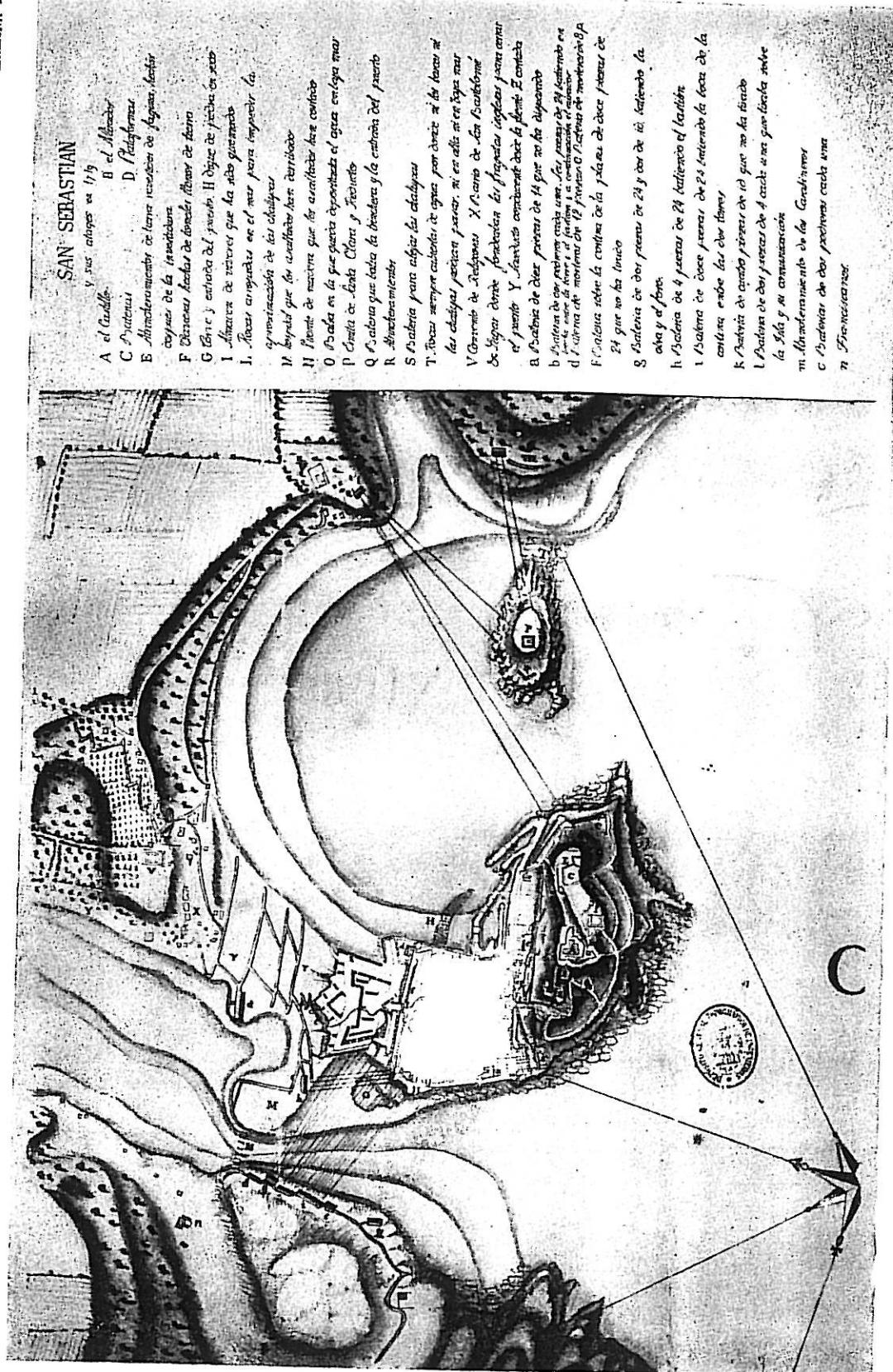
La primera y más importante de todas declaraba de modo terminante: «Que toda la costa es extremadamente quebrada, muy poco a propósito para marchar por ella un cuerpo considerable de tropas; que pocas que defiendan con inteligencia algunos pasos de sus muchísimos caminos, resistirán a muy superior número». Es cierto que, como se apuntaba en la segunda observación, en el puerto de Castro-Urdiales, a cinco leguas de Laredo y cuatro de Portugalete, podían fondear fragatas de guerra, pero sin abrigo contra los vientos del primer cuadrante.

Según lo manifestado en la tercera observación: «En todo lo demás de la costa, hasta Pasajes, exceptuando los dos parajes de que vamos a tratar en el siguiente número, no hay puerto alguno capaz para buques de guerra, aún del menor porte. En el que más, como en el de Bilbao, podrán entrar pequeños bergantines con dificultad, así como en los puertos de Bermeo, Lequeitio y Ondárra, tan sólo fondeables por pequeños barcos mercantes». Tal circunstancia había de llevar a una conclusión terminante, y así se declara que: «Si a la pesquería de estos pueblos y su incapacidad de recibir buques de guerra se añade la reflexión de lo bravo del mar en esta costa y lo escarpado de sus orillas, se percibirá que ningún partido se puede sacar de ellos para operaciones militares». El fondeadero de Guetaria es considerado por la Brigada como más cómodo «para desembarcar en el pueblo, estando más protegido del monte que adelantándose hacia el mar en forma de península, forma el cabo de su nombre, y parece que hay más proporción de defenderle».

En la sexta observación se hace constar expresamente, que la parte de la costa que parece digna de alguna atención es la playa de Zarauz: «Este pueblo —se dice— está en una vega muy llana, de unas cuatro o cinco mil varas de ancho y largo, medios que parece ser de las más espaciosas de todo Guipúzcoa; por la parte de la mar se estrecha algo y forma una hermosa playa que, aun cuando por la calidad del fondo no



Plano de la plaza de San Sebastián.



Plano de la plaza de San Sebastián.

permitiese hacer un desembarco formal, puede proporcionar a lo menos que alguna gente desembarcada tomase por la espalda el punto de Gue-taria, privándonos y aprovechándose de su fondeadero, en cuyo caso le sería fácil al enemigo desembarcar mayor número de tropas para los fines que le conviniesen; pero también es fácil asegurarse de dicha playa con dos baterías algo más elevadas, situadas en los cabos que la cierran».

Las obras de fortificación en la costa de referencia. Estimación del valor militar de esta línea costera en relación con la defensa vasco-navarra

No podía ser olvidado por los Generales informantes cuanto hacía referencia a las condiciones de todas aquellas obras de fortificación establecidas para la defensa de la costa. Todas las baterías, a su juicio, estaban por lo común mal situadas, con piezas inadecuadas para su objeto, hallándose mal montadas en cureñas viejas, de feo aspecto, siendo muy antiguas y, por consiguiente, construidas con arreglo a modelos sumamente retrasados. Todos estos defectos eran, por otra parte, debidos a que, por razón de la referida antigüedad, habían cambiado por completo los principios básicos seguidos para su construcción: «Antiguamente se creía que las baterías de costa debían estar lo más bajo posible —se argumentaba—, porque así son sus fuegos más rasantes y certeros; esta propiedad de los fuegos bajos es constante; pero también lo es, que las tales baterías no se pueden sostener largo tiempo contra los fuegos de un navío que las domine y que es preciso abandonarlas cuando logra arrimarse tanto que esté a su alcance el fuego de las cofas. De otra parte, los fuegos rasantes a lo más pueden atravesar el costado de un navío a flor de agua y sumergir por este efecto a un buque».

En fin, «las baterías dominantes no son tan fáciles de tomar como las bajas, por pocas tropas desembarcadas», se hacía constar en el escrito de referencia, indicándose, además, que: «mediante estas reflexiones, se elevaron en 1777 todas las baterías bajas de la rada de Brest». En cumplimiento de su cometido no se olvidaban los Generales que formaban la Brigada, de exponer cuál era la medida que cabía adoptar para remediar los graves inconvenientes apuntados. Mas semejante estudio escapa a nuestra consideración, y así recogeremos tan sólo, de cuanto acabamos de exponer del contenido de la memoria, una sola consecuencia de carácter definitivo: Cuando la guerra de España con la Revolución francesa, la defensa de los Pirineos occidentales y en general de la región vasco-navarra, no tenía que temer gran cosa del peligro marítimo, debiendo advertir que las condiciones de la costa francesa, desde la desembocadura del Bidasoa hasta la del Labour, no

ofrecía mejores condiciones para el desembarco que la zona española, pues ni Ciboure ni San Juan de Luz podían considerarse com verdaderos puertos a los fines militares.

Importancia del estudio de este sector del teatro de las operaciones

Abarcando ahora en su valor táctico y estratégico la zona occidental de los Pirineos, con toda exactitud y acertada concepción doctrinal, exponía el dictamen de la Brigada lo siguiente: «El conocimiento militar de las fronteras de un Estado es la base sobre la que debe fundarse su sistema general defensivo. En todas las ocurrencias de la guerra, es el primer dato de los que se requieren para la resolución de los problemas que ofrezcan; sin él serían comúnmente fallidos sus resultados a la menor alteración en las circunstancias; produciría una indeterminación, a veces peor que los mismos yerros. Hay una diferencia esencial entre el arte militar y los demás conocimientos de que se compone la importante ciencia de gobernar o preservar los Estados; en todos éstos pueden ser funestos los errores o los desaciertos, pero rara vez están las relaciones tan ceñidas por el tiempo y la ocasión, que prometen al riesgo de la precipitación, fuera de estos casos rarísimos, los datos se combinan despacio y en el silencio, hay tiempo para cotejarlos y a la determinación perentoria puede acompañar la segura confianza de su acierto o de su oportunidad. En la guerra todo debe estar previsto de antemano: en el bullicio y rapidez de las acciones, un instante de atraso en una disposición, suele bastar para que se malogren las ideas mejor planteadas: distancia, situaciones, calidad del terreno, de sus producciones, la facilidad o dificultad en las comunicaciones, todo debe combinarse; mas no a un solo modo, sino de cuantos puede admitir la variedad de circunstancias. Este estudio, demasiado prolíjo para que pueda hacerse en la estrechez del tiempo de una campaña, se divide naturalmente en dos partes: la una debe dar a conocer el país en sus relaciones principales con las diferentes operaciones de la guerra; la otra, más menuda, más adaptada a las circunstancias locales y a las ocurrencias del momento, requiere tiempo, y por mucho que se perfeccione exigirá que, llegada sea la acción, se combinen nuevamente sus resultados, se acopie mayor número de datos, se examinen los incidentes no previstos o peculiares de diferentes circunstancias, y se haga tan familiar el conocimiento de los terrenos destinados a servir de teatro de la guerra, que no haya ocurrencia que sorprenda, que esté bien sabido el modo de utilizar los sucesos prósperos o el de exponer la mejor barrera a los adversarios».

**Carácter militar de la frontera pi-
renaica entre Francia y Guipúzcoa.
Sus vías de invasión**

Hemos hecho en los primeros capítulos de este tomo la descripción geográfica del teatro de las operaciones en esta zona occidental, conocemos al detalle cuál era la disposición fronteriza a lo largo de la divisoria o cresta principal, o a través de otros accidentes naturales. No hay porqué renovar tal estudio, cuyas conclusiones finales están en el conocimiento de todos nuestros lectores. De ellas se deduce cuán acertada estaba la Brigada al manifestar que se dejaba *impelir bastante* del conocimiento del terreno lo quebrado y difícil que será ésta, siendo todo él montuoso; hallándose cortado en tan diversas direcciones por infinitos ríos, arroyos y regatas profundas que, como llevamos dicho, constituyen tanta variedad de depósitos o cajas de todas clases, especialmente en la provincia de Guipúzcoa, cuya superficie no llega a 53 leguas cuadradas. En esta provincia —expone el documento referido— los únicos trozos de tierra que reciben algún cultivo se hallan en sus estrechos valles o laderas más suaves de sus montes; lo restante, o está a cubierto de bosques, necesarios para las ferrerías del país, destinados jara pastos, o sin uso por su aspereza o peñascales, aun los mismos valles están interrumpidos por montes o lomas, de suerte que son bien contados los pequeños llanos que tengan el alcance del fusil en todas direcciones. A la frontera de Navarra le sucede lo mismo, exceptuando únicamente las cercanías de Pamplona. La parte que confina con Aragón es tan montuosa como la provincia de Guipúzcoa y aún de más aspereza y dificultades por la espesura de sus bosques: la que está comprendida entre Orbaiceta y Eugui es de tránsito o acceso más fácil como se manifestará después».

«La frontera de Francia es de igual especie; en el valle de Sola y país de Ziza, que confinan con Navarra, el terreno es sumamente montuoso y áspero, y sólo ofrece algo más despejadas las orillas del Nive, el país o tierra del Labour, que confina con el valle de Bartzán, las Cinco Villas y, sobre todo, el terreno comprendido entre el río Nivelle y el Bidasoa, bien que todo él es ondulado, tiene muchos bosques, y las pequeñas heredades en que se halla dividido, fuertes vallados o linderos de árboles. En general todos los terrenos inmediatos a la frontera son escasos de trigo y legumbres, casi enteramente privados de viñas, y sus cosechas principales son el maíz y manzana y aún ésta sólo abunda en Guipúzcoa y Bartzán. De estos dos géneros se forma el pan y la bebida de los dos tercios, por lo menos, de los habitantes de aquellos montes. El ganado más abundante es el de asta; no faltan caballos, pero todas sus castas son mezquinas, de modo que puede decirse son muy pocos los que se hallan a propósito para ambos servicios de silla o baste».

Las crestas montañosas como línea defensiva, así como los cursos

de los grandes ríos y los valles como líneas de invasión y, en general, las comunicaciones como medios de enlace de unos con otros de los elementos que hay que considerar desde el punto de vista militar, nos muestran cómo el camino principal que ha servido siempre de comunicación a España con Francia, ha sido aquel que, saliendo de Hernani pasa el río Urumea por el puente de Astigarraga, y metido en una estrecha garganta va faldeando la montaña de San Marcos, atraviesa el valle de Oyarzun, vuelve a estrecharse a la falda del monte de este nombre y el de Felóaga, sube y baja por otros estribos de Haya hasta Irún y río Bidasoa, que pasa por su puente, dejando a su derecha la loma de Luis XIV, sube a la de la Cruz, baja a Urrugne y de allí a San Juan de Luz, en cuyo río hay también un puente. Este mismo camino va desde Hernani a Tolosa, y allí tiene dos ramas: la una se dirige a Vitoria, pasando por Villafranca, Villarreal, Mondragón y Salinas; la otra, a Pamplona, pasando por Lecumberri a Irurzun. Estos dos caminos de que ya se había dado noticia, son los más practicables para toda especie de carruajes para quien haya de penetrar en Guipúzcoa, y los únicos también enteramente habitados para comunicar esta provincia con la de Alava y Reino de Navarra.

No estimaba la Brigada que debía reputarse como avenida a la provincia de Guipúzcoa, la que se aparta mucho hacia el éste, entrando por San Esteban o cualquiera de las cinco villas a los valles fronterizos de Navarra; ni tampoco el camino real más allá de Tolosa, que la sirve de comunicación con este Reino, y puesto que esta consideración pertenece más de cerca a éste, nos ceñiremos a dar noticias de las otras más próximas. «La primera que se ofrece es la que va desde Lesaca a Tolosa y tiene más de quince leguas; otras salen de la misma villa o de Vera y van por Arano a Goizueta y Hernani; otras bajando a Andoain, entrando por alguna de las cinco villas y tiene desde doce hasta seis leguas; la más corta de todas, las que no pasan por allá y vienen de Vera a Astigarraga y Hernani, tiene cuatro leguas; ninguna era practicable para el paso de la artillería y sería obra bien larga el habilitar la menos mala: el terreno que atraviesan es todo áspero, montrioso y cortado por grandes barrancas.»

No se dejaba de poner de manifiesto las condiciones de los caminos que desde el barrio y pueblo de Oyarzun se dirigen al monte Aya o de Las Tres Coronas. De estas comunicaciones: «unas pasan por su parte de Levante, bajando al valle y barrio de Oyarzun; otras, por Poniente y descienden a las alturas del mismo pueblo. En las primeras se hallan trozos de camino regularmente practicables para todo carruaje, pero hay otros que no se habilitarán con facilidad y sin gran consumo de tiempo y grandes revueltas, no se conseguiría la bajada a la regata de San Antón; entre las segundas tienen acceso fácil las que suben por los montes de San Marcial y collado de Anacoleta, y no sería difícil ni obra larga el habilitarla de todo para cualquiera especie de carruaje; bien que tratándose de un tren considerable de Artillería y transportes continuos y

de mucho peso que exige su servicio y el de un Ejército que lo emplee, debe tener límites muy estrechos su importancia».

La frontera franco-navarra. Su valía militar como obstáculo al paso de los ejércitos

Pero si de la frontera guipuzcoana podía decirse cuanto acabamos de exponer, en la frontera de Navarra: «La única avenida o comunicación fácil que se halla con la Francia para toda especie de carruaje, es la que pasa por Roncesvalles y va a San Juan de Pie de Puerto. Para formarse una idea exacta de su dirección y enlaces con otras comunicaciones, debe considerarse que cuando la gran cordillera de los Pirineos llega al monte elevado de Altoviscar, se desprende allí un ramo, que formando el alto Orzanzurieta baja hasta la fábrica de Orbaiceta; desde el propio monte sigue la cordillera hasta el alto de Bentartea; allí se desprende hacia el Norte otro estribo que termina en la inmediación de San Juan de Pie de Puerto, por este estribo sube el camino de que se trata, pasa por la venta de Orisium, Castell-Piñón, la falda meridional de Altoviscar, dejando sobre su costado, al Norte, el collado de Ibaníeta, y costeando la falda del alto Guirizu, desciende a Roncesvalles, de allí al llano de Burguete, el único que puede tener este nombre en esta parte de la frontera, teniendo escasamente media legua de ancho y una de largo. Toda la falda meridional de la cordillera que cierra este llano, es un bosque espesísimo que continúa del mismo modo hasta más allá de Eugui. Este camino se estimaba el único practicable para la artillería en el conjunto de comunicaciones directas que Francia tenía con Navarra, prestando más de un paso a nuestras operaciones que a las del contrario, pues era de apreciar en el mismo el no estar habilitado desde Burguete a Pamplona, necesitándose realizar importantes trabajos para ponerle en condiciones de poder transitar por él cuerpos crecidos de tropa, artillería pesada y material de guerra. No obstante, en la guerra que estamos considerando, y con grandísimo trabajo, hubieron de transportarse a lo largo de él, piezas de artillería de grueso calibre.»

Las espesuras de los bosques que cubren las caídas de la cordillera en todo este frente, el rigor de la intemperie, la frecuencia de las nieblas, dificultaban el movimiento de las tropas y amenazaban con el cierre de los puertos y comunicaciones, a causa de las nevadas prematuras, escaseando en los pueblos inmediatos los víveres más precisos para su subsistencia, sin otro auxilio que el de los ganados. Por el contrario, frente a todos estos inconvenientes: «El camino hacia Francia baja con dominación hasta San Juan de Pie de Puerto, costea el río Nive y por terreno más despejado, llega hasta Bayona, que dista de allí poco más de nueve leguas y trece de Roncesvalles. Las tropas que marchasen por él pueden apoyar sus flancos en aquel río y en el Gave; tienen buena

posición junto al lugar de Mendiondo y aproximándose hacia Bayona, se posesionarían fácilmente de la altura llamada Mucerola, que dista de dicha plaza más de 1.200 varas, domina sus fortificaciones y descubre a una larga distancia el terreno de las orillas de los ríos Nive y Adour, en cuya confluencia se halla situada; a lo que se agrega que, «todo este camino está en buen estado, el país tiene clima muy templado, mayores recursos sus pueblos y la marcha indicada asegura su flanco izquierdo, por lo que se aproxima al valle de Bartzán.»

Se señalaban otros caminos como los que saliendo de Roncesvalles, atraviesan el collado de Ibañeta, van por Valcarlos y Arnegui hasta San Juan de Pie de Puerto; otro va por el valle de San Miguel y sale de Orbaiceta, conduciendo a la misma localidad, y tanto éstos como los tres que pudieran citarse, no pueden considerarse como vías apropiadas al paso de las tropas de las tres armas.

Con la mayor exactitud se hacía observar cómo todo el valle de Bartzán constituye la parte más saliente de la frontera y aunque los montes que le circundan tienen mucha elevación, en sus caídas laterales, forman diferentes collados más o menos fáciles, pero asequibles al paso en todos ellos, siendo los más notables el de Berderitz al Suroeste, que sirve para bajar a los Alduides, el de Izpegui, al Noroeste, para bajar a Bajgorri, y el de Maya, al Noroeste, por donde pasa el camino que, saliendo de este pueblo, va por Urdax a Bayona. Se reconoce en el dictamen que en la cordillera que ciñe todo el valle de Bartzán, la parte que ofrece avenidas practicables conducentes a Francia, es la comprensiva entre el collado de Veladón, por la parte de los Alduides, hasta el monte Achiola, extendido en unas cinco leguas. En cuanto a la frontera de las Cinco Villas, la montaña fronteriza al este de las Palomeras de Echalar, es escabrosa. Desde el monte de Labiaga hasta el de La Rhune, hacia el Oeste, forma un collado por donde va el camino que sale también de Vera para San Juan de Luz, ambos eran practicables para los carros del país, y el terreno en la parte de Francia es menos montuoso y más despejado que en todo el resto de la frontera.

«Ahora bien —afirmaba con seguridad el dictamen de referencia—, por lo que se refiere a los puntos accesibles de la frontera de Navarra hasta llegar a la de Aragón, apenas habría en ella parte alguna que no lo sea, si se limita su sentido a que puedan subir las tropas de a pie. Aun en los mismos collados que se expresa, se puede subir directamente a los flancos de muchos de ellos, pero lo que no tiene duda es que, los indicados pasos son los más practicables, los que mejor pueden servir en las diversas operaciones de la guerra y cuya importancia no sólo dependerá siempre de la naturaleza del terreno inmediato, de la especie o recursos de los pueblos y puestos de sus cercanías, sino también de la variedad con que se combinen las circunstancias y las operaciones. Las nueve leguas comprendidas entre Orbaiceta y la frontera de Aragón, son todas de un terreno áspero, montuoso y entrecortado por profundos barrancos y grande espesura de bosques.» Recordaremos

que lo penoso y difícil de las comunicaciones en este país, tanto en aquellas que conducen al interior, como las que conducen a Francia, no ya para las caballerías, sino para los mismos peatones, era cosa reconocida por los generales de la Brigada. Según su criterio, ciertamente autorizado, hemos de tener en cuenta que, todas estas comunicaciones, las del valle del Roncal, son las siguientes: La que descendiendo del puerto de Guimeleta (1) lleva al bosque de Santa Engracia, y la que desde Uztarroz sube al puerto de Larrún, baja al pueblecillo de este nombre, sigue a Ochagavía, pueblo del valle de Salazar, que se indicaba cubierto por el bosque del Irazi en el resto de su frontera.

Mas todo este trabajo analítico de la frontera pirenaica en su extremidad occidental reclamaba una síntesis que nos ofreciera el concepto de su aprovechamiento militar. Y en efecto, el dictamen de la Brigada resumía todas sus consecuencias en la siguiente forma: Resulta de la descripción anterior y demás observaciones que ha hecho la Brigada en sus respectivos reconocimientos, que casi toda la frontera de Guipúzcoa se presta a las operaciones de los ejércitos por la facilidad de sus accesos y el próximo apoyo de los puertos de su costa.

«Que el río Bidasoa no es barrera suficiente para contrarrestarlas sin los recursos del arte y combinando con ellos la colocación y movimiento de las tropas.»

«Que siendo todo el terreno de esta provincia montuoso, son indispensables los caminos que tenga abiertos para los movimientos de un ejército.»

«Que de los existentes en esta provincia, sólo hay practicable para toda especie de carrozados, el que viene de Francia y va por Irún y Hernani a Tolosa; el que une a San Sebastián con Hernani; el que sigue a Tolosa por Lecumberri a Pamplona; el que de Tolosa va por Vergara a Vitoria, y el que sale de Vergara para Eibar y Elgóibar en Vizcaya.»

«Que todos estos caminos van metidos por estrechas gargantas, que las constituyen desfiladeros en casi toda su extensión.»

«Que las gentes del país apenas recogen lo necesario para su subsistencia; que un ejército no hallará en él ni auxilio, ni víveres, ni medios para el acarreo de su artillería.»

«Que siendo toda la provincia montuosa y estando cortada en todas direcciones por ríos o barrancos profundos y poblada de árboles, su defensa parcial se establece con facilidad, o por sí misma, con los obstáculos naturales que mejor sirven de barrera al camino único practicable, pero estas mismas circunstancias, haciendo tanto más difíciles las comunicaciones de unos pueblos con otros, el enlace y reciprocidad de los auxilios, no es obra fácil, para que la terminación de éstos satisfaga a la diversidad de ocurrencias, o constituya un plan sólido de defensa general.»

«Que para ésta es indispensable que el arte añada fuerzas estables,

(1) Guinecoleta.

que colocadas oportunamente, economicen las móviles, que son las tropas, las que dan apoyo si se reúnen a su abrigo, aseguran sus flancos, que de otro modo quedarían desguarnecidos en el caso de alejarse; cierran un paso preciso que obliga a largos rodeos, a veces impracticables con artillería, y amenazan las comunicaciones del contrario si despreciándolas las dejasen a sus espaldas.»

«Cuáles deben ser estos puntos fortificados, cuál su capacidad y grado de resistencia, es asunto que debe sujetarse al examen de la mejor combinación de las fuerzas naturales con las del arte, dándoles la posible coherencia, sin profusión en las últimas, ni perder de vista los recursos e intereses de los países vecinos.»

«De la descripción de las provincias de Navarra resulta igualmente, que la única avenida de Francia que se halla en estado de hacerse practicable para el servicio de un ejército, aunque a costa de todo el trabajo indicado y siempre con los obstáculos inherentes a la calidad del país, es la que viene de San Juan de Pié de Puerto por Roncesvalles y Zubiri a Pamplona.»

Pero a juicio nuestro, toda la substancia de las conclusiones sacadas por los generales de la Brigada, estaba contenida en las siguientes declaraciones:

«Que las circunstancias del terreno dan mayor ventaja a nuestras operaciones por esta parte, que las que puede intentar el contrario.»

«Que, no obstante, como superadas estas dificultades, tiene éste por aliciente para internarse la abundancia de este reino, sobre todo de la Ribera del Ebro, en donde tendrían sus operaciones campo más vasto y decisivo y que el terreno en esta parte no ofrece la multitud de obstáculos naturales que la provincia de Guipúzcoa, se califica bastante la importancia de la plaza de Pamplona y la necesidad de añadir otras barreras a su frente, o de combinar el uso de las tropas para aprovechar las que tiene naturales.»

«Que el distrito de Vera y el valle de Baztán proporcionan por su disposición los mejores puntos de salida para hostilizar a los contrarios o distraer su atención.»

«Que en lo restante de esta frontera, a excepción de la parte que tiene más avenidas para el expresado pueblo de Zubiri u otro punto indicado del camino de Roncesvalles a Pamplona, sólo pueden recepcionarse correrías, y que es igualmente asequible el efectuarlas por nuestra parte.»

«Que el único camino franco en regular estado, y el más corto para enlazar los cuerpos destinados a la defensa de la frontera, es el que sirve para la conducción de las maderas y sale de la espalda de Orbaceta y va hasta Santisteban.»

«Que los movimientos en el sentido o dirección de la cordillera, no siendo por el expresado camino, serán todos muy lentos, por la continuación de subidas y bajadas a los estribos que se desprenden de su

frente y espalda, que forman los valles y regatas profundas, de que se ha dado ya alguna idea.»

«Que es importante conservar la comunicación que tiene este reino con la provincia de Guipúzcoa, para que se protejan y auxilien mutuamente con sus fronteras.»

Estimación de otros elementos geográficos en relación con la frontera

No podía limitarse la observación y reconocimiento de la Brigada a la zona propiamente fronteriza, sino que, en una concepción mucho más amplia y desde un punto de vista más lejano, ante la posibilidad de una invasión de la región peninsular que nos ocupa, su dictamen comprendía la estimación en un concepto militar de aquellos otros accidentes geográficos que caracterizaban la naturaleza geográfica y topográfica, tanto del interior de Navarra, como de las Provincias Vascongadas. De esta suerte se hacía constar cómo: «Siguiendo el camino real a un cuarto de legua de Hernani, por delante del pueblo de Urureta, se estrechan y elevan ya mucho los montes; pasando el pueblo de Irura, a tres leguas de Hernani, va costeando el camino el río Orio por una estrecha cañada formada al E. por las pendientes del monte Uzturrey, al Oeste por la de Erinalde o continuación de las peñas de Ernio. Este se extiende en la distancia de cinco leguas hasta caer sobre Azpeitia y Azcoitia, y el primero sigue hasta pasada la Ermita de San Lorenzo, por encima del pueblo de Berástegui, distante dos leguas, de donde, por un collado que separa las vertientes de este pueblo de las que bajan a Leiza, se une a los montes que van por Gorriti, Azpiroz y Lecumberri.»

«Santisteban está situado en la única garganta y salida que tiene el valle de Vertizarana, y por consiguiente el de Bartzán, con quien se une para comunicar con las Cinco Villas y Leiza, sin atravesar grandes montañas ni puertos; para Lesaca y Vera, dos de las primeras, va costeando el camino el río Bidasoa; es transitable a los carros del país; el que va a Leiza es sólo para caballerías.»

«Los altos de Lecumberri, separan las vertientes del Mediterráneo de las del Océano, forman una barrera al camino principal con que se comunican las provincias de Guipúzcoa y reino de Navarra; al Oeste están terminados por los altos y escabrosos montes de Aralar y al Este por los de Gorriti, en cuyo extremo se separan por su pie del antiguo camino que iba de Tolosa por Aresu y Azpiroz a Pamplona.»

«Por la parte de Poniente del pueblo de Lecumberri, se forma un valle despejado, que tendrá de ancho el alcance del cañón; le cierra otra loma paralela a la primera barrera, y desde allí sigue costeando el camino el río Lecumberri, con acceso fácil por su izquierda, hasta pasar la venta de la Tasa; allí se estrecha el desfiladero entre elevadas y ás-

peras alturas y continúa del mismo modo hasta pasar el boquete de Irurzun, que la forman dos pequeños, inaccesibles y muy elevados, se presenta frente a este boquete y a tiro de fusil el alto de Ichesi, a cuyo pie está situado el citado pueblo de Irurzun, que pertenece al valle del Araquil: el camino va faldeando esta altura y pasa por el collado que se forma entre ella y el monte Erga. Por la parte occidental y costeando el río Arga, sale otro camino por el que transitan carros, hasta entrar en los llanos de Pamplona. Al valle del Araquil, que comienza en Irurzun (1), le sigue el de la Barunda, que al Oeste de Ciordia empieza la provincia de Alava. En esta distancia que comprende siete leguas, longitud de los dos valles, todo el camino es transitable para los carros del país, pero necesitaría mucha arena o cascajo menudo para suavizar el suelo de piedra suelta, si hubiese de servir para los carros de un ejército.»

«En las dos cordilleras que forman este valle y de que ya se ha dado noticia, no hay pasos ni caminos propios para operaciones militares. En las del Oeste o sierra de Andia, todas son veredas ásperas o difíciles, tanto, que el camino que sigue la arriera de Pamplona a Vitoria es siempre por Irurzun y todo el citado valle; en la del Oeste, ramo de la gran cordillera, hay puertos o collados de acceso fácil para pasar a Guipúzcoa, siendo los principales el que está cerca de Alsasua, pueblo de la Burunda y el de S. Andrián, que se pasa por una peña horadada por la naturaleza en la distancia de unos cien pasos.»

«La provincia de Alava desde la salida del valle de la Burunda, presenta una llanura espaciosa por la parte de Salvatierra que, aunque se estrecha después por algunas alturas aisladas, vuelve a ensancharse de nuevo en las inmediaciones de Vitoria, formando allí el mayor llano que se encuentra en las tres provincias.»

«Se comunican la provincia de Alava y el señorío de Vizcaya por el camino que sale de Zalduendo, va por Villarreal y San Antonio de Urquiola a Durango; es practicable para carros y aún para más en Vizcaya.»

«Antes de llegar a Villarreal, separa otro camino que costea la Peña de Gorvea, baja a Villaro y de allí a Bilbao.»

«Actualmente se está construyendo un camino nuevo que sale de Vitoria, va por Arriaga junto al Zadorra y debe salir a Orduña.»

«Durango, centro de la Vizcaya, es el punto en que coinciden mayor número de caminos carreteros que vienen al señorío de las dos provincias de Guipúzcoa y Alava; la rodean muchos bosques, medianas y aisladas alturas, y riegan sus cercanías diferentes ríos y arroyos.»

«Desde dicha ciudad baja por Ermúa el hermoso camino que sirve de comunicación con la costa o puertecito de Ondárroa y entre Eibar y

(1) El valle del Araquil nace en la sierra de Encia, en la provincia de Alava y penetra en Navarra pasado el pueblo de Eguina, siendo Ciordia, en la orilla izquierda, el primer pueblo navarro.

Elgóibar, situados en el mismo camino, sale el de Vergara, costeando el río Deva, que también es practicable para todo carruaje.»

«En la reunión de estos dos caminos finalizan los altos de Elgueta, cuyas caídas se extienden hasta Vergara y Mondragón.»

Estudios contemporáneos de esta zona pirenaica en coincidencia con el de la Brigada

Casi todos los tratadistas españoles, así como los estudios llevados a cabo por las Comisiones encargadas de los planos de defensa nacional correspondientes al Estado Mayor del Ejército, han venido a coincidir esencialmente con las opiniones y con las consecuencias que acabamos de exponer, y no sería aventurado afirmar que todas ellas quedan resumidas en el *Estudio Geográfico Histórico-Militar de los Pirineos occidentales*, redactado por el General de Artillería don Patricio Prieto Llovera, con la precisión y acertado criterio técnico característico de los trabajos de este autorizado escritor. Constituye el trabajo de que se trata, el contexto de una Memoria que para concurrir el tema primero del concurso aprobado por Real Orden de 19 de julio de 1920 con el título de: *Descripción geográfica militar de una región de España donde se hallan desarrollado hechos de armas importantes en los siglos XVIII y XIX y descripción de las operaciones realizadas con su análisis crítico en su aspecto orgánico, estratégico y táctico*.

No podemos abarcar en su conjunto, y aunque sólo sea en sus líneas generales, el contenido de esta Memoria, de cuyo mérito da buena prueba el hecho de que obtuviera el primer premio en el concurso y tema antes citado. Es enfocado el asunto con una amplitud tal de horizonte, que escapa al objetivo de nuestra labor, al que tan sólo interesa la significación que pudiera tener, desde el punto de vista militar, los elementos naturales en la época de que se trata. Sobre la significación de la frontera hispano-francesa en el sector occidental, desde el punto de vista de la dominación, el concepto no puede ser más terminante: «En toda la extensión considerada es favorable a España la configuración de la frontera desde este punto de vista. Quedan dentro de nuestro territorio los orígenes de varios afluentes del río Nive, el curso superior del Nivelle y el conjunto de la cuenca del Bidasoa; además, todas las alturas importantes situadas a la inmediación de la línea fronteriza están en suelo español o pasan por sus cumbres las mugas que sirven para delimitarla. Si prescindiendo de ese concepto de la dominación, nos fijamos ahora en otro aspecto, en el que pudieramos llamar de apoyo y flanqueo de unas posiciones con respecto a otras, apreciaríamos en seguida que nuestros entrantes hacia Francia del valle de Valcarlos y del río Baztán, nos colocan en condiciones ventajosas para intentar una empresa de neutralización o envolvimiento del valle fran-

cés de los Alduides; y que el otro análogo de Vera parece prestarse, muy significadamente, para un fácil enfilamiento de todas las posiciones francesas situadas sobre el bajo Bidasoa y de la mayor parte de las asentadas en la izquierda del Nivelle. En cambio, el valle de los Alduides, por el pronunciado avance que supone en contra nuestra, constituye, indudablemente, una seria amenaza para el Bartzán, y más para Pamplona, de la cual dista sólo treinta y cinco kilómetros».

Este valle de los Alduides tenía que merecer la atención del General Prieto, y esto le lleva a hacer algunas consideraciones acerca de la significación atribuída a este entrante francés en nuestra zona fronteriza. Y así expone: «El General Gómez de Arteche dice en su Tratado de Geografía militar, ediciones de 1859 y 1880, que el valle de los Alduides es un padrastro que neutraliza las buenas condiciones defensivas de la línea del Bidaosa, y que tan fatal entrante, al flanquear todo el Bartzán, desde la cresta donde se encuentran los collados de Izpegui y Berderitz, hace imposible la defensa de este territorio, si previamente no se cuenta con la posesión segura o la dominación de dicho valle de los Alduides, por lo que en caso de guerra propone el inmediato abandono, sin lucha, del Bartzán, para concentrar la defensa de otros lugares.»

El General Navarro, en sus *Estudios Militares aplicados al caso hipotético de una lucha con Francia*, libro escrito en 1892, es de otra opinión. Según él, los Alduides no constituyen una amenaza para las líneas del Bartzán; más aún, juzga que al poseer el saliente de Urdax y los cursos altos del Bidasoa y del Nivelle, somos nosotros los que estamos acaso en mejores condiciones que nuestros vecinos. No oculta la posibilidad que éstos tienen para desembocar hacia Elizondo y el Arga; pero estima que la falta de vías de comunicación priva de importancia a los ataques que vengan en estas direcciones.

Indica nuestro autor que «el valor ofensivo que para los franceses presenta el valle de los Alduides, viene reforzado por la construcción de la carretera que, a través del puerto de Izpegui, une Saint Etienne de Baigorri, con la general de Bayona a Pamplona por el puerto de Otsondo y el mejoramiento de la que desde Saint Jean de Pied de Port a Pamplona por el coll de Ibañeta. Pero el mejoramiento de todas estas comunicaciones significan mayores facilidades para una acción rápida y estratégica, por nuestra parte, encaminada a apoderarnos de todo él y de la cuenca alta del río Nive, con el envolvimiento consecutivo de toda la del Nivelle y la inmediata amenaza para Bayona. Si para esta empresa ofrece dificultades el terreno, mayores las presenta aún para las acciones procedentes de Francia, a causa del margen de dominación que existe en nuestro favor.»

El valle de los Alduides. Líneas defensivas españolas

Pero, como apunta el General Prieto, aparte de estas ventajas, «otro, y sin duda de más importancia, es el peligro que para España ofrecen los Alduides». Sin duda alguna, «el peligro que tiene por causa la mínima separación existente entre la frontera por los Alduides y Pamplona, se acentúa ante la circunstancia de haber un camino que atraviesa la divisoria general por el puerto de Urquiaga. Dicho camino sigue el curso del río Arga desde sus orígenes, desciende por Eugui y gana en Zubiri la carretera de Roncesvalles. Por sus buenas condiciones de trazado puede a poca costa transformarse en carretera apta para la circulación de tropas de las tres armas; de lo que resulta la posibilidad de que un contingente de éstas llegue rápidamente y casi por sorpresa a las puertas de Pamplona. Otros pasos, no tan buenos como el de Urquiaga e inmediatos a él, podrían venir en su ayuda. Tales son los de Lindux, Astalosti, los Chasperros, Sorogain y Esnacelayeta e Isterbegui. Afortunadamente, si a todos ellos se llega con facilidad desde España, no ocurre lo propio al abordarlos desde el otro lado de la frontera, por lo que son susceptibles de buena vigilancia y defensa desde posiciones que existen en las alturas situadas sobre los cursos altos de los ríos Urrobi, Erro, Cilveti y Arga. Las posiciones defensivas más apropiadas para hacer frente al avance que venga más especialmente por el camino de Urquiaga son, en primer término, las de Quinto Real, después las de Eugui, y, por último, las elevaciones situadas entre el Ulzama y el Arga y entre éste y su afluente el Cilveti. Puede decirse, en general, que para oponerse a las amenazas que parten de la zona sur de los Alduides, la *primera línea* de defensa deberá ser la divisoria de los Pirineos en la porción comprendida entre el monte Artesiaga y las alturas sobre Burguete, Espinal y Viscarret, donde existen buenas posiciones de artillería con vistas y dominación sobre gran parte de territorio francés; y la *segunda* podrá organizarse con el apoyo de las elevaciones que se extienden entre los cursos de los ríos Ulzama, Arga y Erro, en el sector que queda incluído entre las carreteras de los pueblos de Velate y Roncesvalles.»

No había sido advertido por nuestros tratadistas militares este detalle interesantísimo y esta concepción acertada de la defensa fronteriza que nos ofrece nuestro escritor militar. Como él apunta, la doble significación que cabe atribuir al valle de los Alduides que amenaza al Baxtán por un lado y a Pamplona por otro, se puso bien de manifiesto en las campañas de 1794 y 1813. En la primera, el General Moncey, después de hacerse dueño de los pueblos de Maya y Otsondo, Izpegui y Berderitz, no sin esfuerzo, logró en julio de dicho año invadir el Baxtán y una vez en posesión de Vera, vino a envolver las posiciones del bajo Bidasoa siguiendo a Guipúzcoa.

Indícase en la Memoria de que estamos tratando cómo el puerto que existe pasada la altura fronteriza de Peñaplatas pone en comunicación a Echalar con el pueblo francés de Sare, por un camino de herradura, y afirmase como dato importante que todas las mesetas correspondientes a estos puertos tienen gran dominación respecto a Francia y numerosas vistas sobre su territorio, aunque en sectores no muy extensos, porque ocupan posición retrasada en relación con los salientes de Urdax y Vera. Y al tratar de las posiciones de este sector, no podía dejar de señalarse la importancia del monte Larrun o La Rhune, para la seguridad del puerto o collado de Ibarduy. Qué representa para la defensa de este tramo de frontera este monte, no puede quedar mejor precisado por el General Prieto. «Si el monte Larrún constituyese posición aislada, esta circunstancia podría alegarse como término de reducción su importancia, pero es el caso que se relaciona con otros dos, también muy significados por su dominación y por la zona en que se asientan, como son el monte Aya o de las Tres Corona y el monte Jaizquíbel, y por este nuevo motivo se realza su significación al extender su influencia a porciones que no son solamente las de inmediato y directo dominio, como expondremos detalladamente al ocuparnos de la posición barrera de Oyarzun. En resumen: Larrun domina, bate y anula todas las posiciones francesas contiguas; asegura la posesión de los caminos que enlazan Vera con Urrugne y Sare; cubre la carretera y el ferrocarril de Irún a Elizondo, y protege por el frente y por el flanco todo el bajo Bidasoa y los accesos a las cuencas del Oyarzun y del Urumea. Pero estos cometidos no pueden quedar realizados mientras quede aislada, como hoy lo están para nosotros, la cumbre del monte, por lo que estimamos que la construcción de un buen camino militar que conduzca a ella, desde el pueblo de Vera, es una de las apremiantes necesidades en orden a nuestra defensa nacional.»

Vemos, pues, cómo por todos estos conceptos, se señala la importancia militar del curso del Bidasoa, y es de advertir, como dato interesante a nuestro objeto, que la angostura por cuyo fondo discurre el río y la carretera que enlaza Guipúzcoa con Pamplona, hállose en su trozo final, pasado Vera, dominada por ambos lados por alturas importantes. Hay que reconocer también que lo son las situadas en aquella parte del curso del Bidasoa, desde la isla de los Faisanes a la costa del Cantábrico. «Las de la orilla española son estribaciones del monte Aya, entre ellas el monte San Marcial; las de la orilla derecha se denominan Licarlán (480) y Choldocogagñe (465) y constituyen derivaciones del macizo fronterizo de la Bayoneta; cerca ya de Hendaya, el montículo de la Croix des Bouquets (148) es el último accidente digno de mención. Aunque los montes de la orilla española dominan en conjunto a los de la francesa, es factible batir desde varios lugares de esta última el ferrocarril y la carretera, por lo que, en caso de guerra, resultaría muy comprometida la seguridad de estas vías de comunicación, de no procurar para ellas una zona internada en territorio de Francia.»

La línea de invasión por Guipúzcoa. La barrera de Oyarzun. La curva del Bidasoa

Respecto de la línea de invasión por Guipúzcoa, sirviendo como eje la carretera internacional, se hace observar que, ya en julio de 1794, la ocupación de las posiciones francesas acortaba la línea de defensa. Manifestábase, asimismo, que era fácil sostenerse en las colinas situadas entre le Croix des Bouquets, por el apoyo que daban las baterías españolas de San Marcial, y que, perdidas Vera y Viriatu, quedaba comprometido todo el bajo Bidasoa, hechos que son, en escala reducida, los mismos acontecimientos a que hemos hecho alusión.

Es, pues, perfectamente lógico que en 1813 esas posiciones fueran ocupadas también por el Ejército anglo-hispano-portugués, mandado por Wellington, después de vencer al francés Soult en la batalla del Bidasoa, y ellas constituyeron una excelente base para la conquista de la línea del Nivelle. Al abandonarlas el Mariscal Duque de Dalmacia, no aceptaba éste que la pérdida era muy sensible, pues según su propio testimonio, reproducido por el historiador Vidal de la Blanche en su obra *La evacuación de España*, consideraba dichas posiciones muy débiles y difíciles de conservar por parte de los franceses.

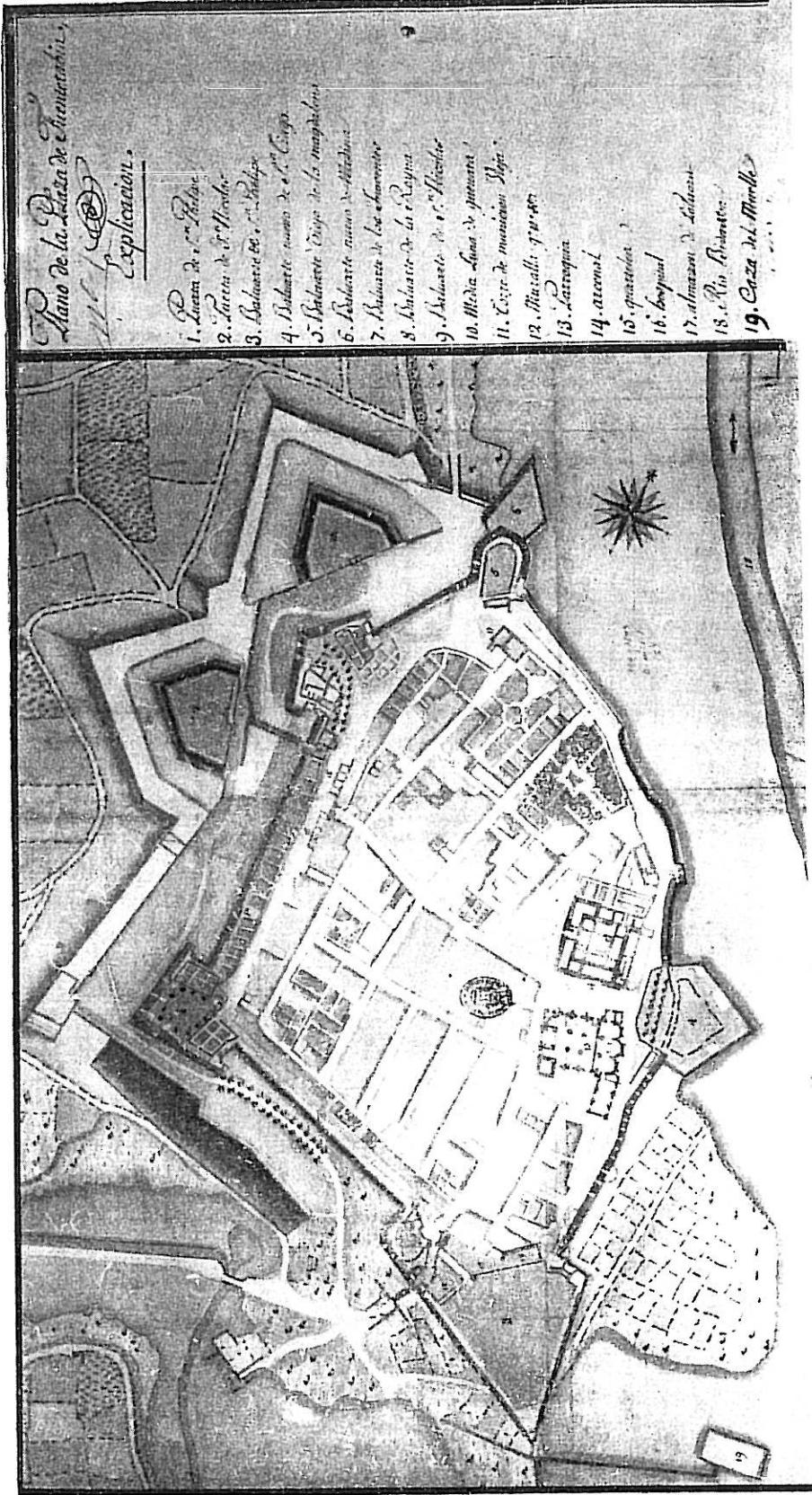
«Sin duda alguna, la ocupación de tales posiciones había de representar siempre para la causa española una ventaja indiscutible», como lo declara el escritor que nos ocupa. Hay que recordar la dominación que ejerció Jazquibel, el monte Aya, la cumbe de la Bayoneta, ejercen sobre las posiciones que había que ocupar en la zona francesa, así como la de los contrafuertes llamados Licarlán y Choldocogagñe. «Se dirá acaso—arguye a este propósito el autor de que estamos hablando—que teniendo nosotros la dominación sobre las referidas posiciones francesas, bastaría en guerra de pura acción defensiva, sostenernos sólidamente en ellas sin acudir, como se ha insinuado, a ocupar otras más allá de la frontera. Sin embargo, son varias las razones que pueden justificar la ocupación. En primer término, algunas de las posiciones francesas tienen acción directa sobre el ferrocarril y la carretera del Bidasoa, como hemos dicho ya anteriormente, y, por tanto, de no alejar de ellas al adversario, quedarían muy comprometidas o aun rotas las comunicaciones entre el sector de Irún y los de Vera y el Baztán. Después, deberá tenerse presente que esta ocupación procuraría un acortamiento considerable en la línea de defensa, porque mediante ella quedaría transformada en una recta la serie de arcos que tendría aquélla que recorrer dentro de nuestro territorio. Por último, privados los franceses de sus alturas sobre el Bidasoa, quedaría dominada en el concepto táctico y seriamente amenazada, toda la planicie hacia Bayona y el curso del Nive alejándose así la posibilidad de un libre y seguro empleo de sus ferrocarriles en la finalidad artillera a que luego haremos referencia.

detalladamente. La ocupación de las posiciones francesas desde el mar a Larrún, unida a la del dominio de los Alduides, conduciría a colocarnos sobre una línea de defensa que por su reducción de longitud y su aumento de dominación, sería fácil de guarnecer y asegurar.» Y si cuando acaba de exponerse obedece a una razón acertada y precisa, no lo es menos lo que a continuación emite nuestro escritor. «El estudio directo del terreno sobre el terreno mismo—declará—conduce a estas ideas. El examen detenido de los acontecimientos históricos lleva a su consolidación. En efecto, en 1793 las escasas tropas del General Caro, no obstante el carácter defensivo designado a su acción, lograron hacerse dueñas de las posiciones aludidas, que conservaron durante mucho tiempo, hasta que una gran superioridad numérica en el enemigo, llevó a éste a emprender, en julio de 1794, una resuelta invasión de nuestro territorio. Hemos indicado anteriormente cuáles fueron las enseñanzas deducidas de esta invasión referentes a la disminución de la línea de defensa, facilidad de sostenerse en las colinas ante Irún, apoyadas por las baterías españolas de San Marcial y consecuencias que para la defensa del bajo Bidasoa representaba las pérdidas de Vera y de Viriatu.»

Pero acerca del valor y significación del conjunto de posiciones que constituyen la barrera de Oyarzun sobre la vía internacional, se han hecho apreciaciones que es necesario recoger. Y a este propósito dice el General Prieto: «Está muy generalizada la opinión de que la barrera de Oyarzun es susceptible de ser envuelta con relativa facilidad y este parecer se halla contenido en libros y estudios de cierta autoridad y ha venido influyendo, en mayor o menor escala, en los planes defensivos y formulados en las ocasiones a que se ha hecho referencia; y hasta se ha estimado que el suceso restaba, de un modo considerable, valor militar a la posición de que nos ocupamos, que por interceptar las líneas de comunicación principales que van al interior del país, entre ellas la única vía férrea de toda la región occidental, y, hasta ahora, central del Pirineo, tiene una importancia de carácter muy acentuado.»

No cabe duda que: «En resumen final, la zona entre la frontera y Tolosa, de treinta y treinta y cinco kilómetros de profundidad, con sus cuatro posiciones escalonadas en el sentido del fondo, bien dotada de artillería móvil y ametralladoras, y cubierta con fortificaciones de campaña que sirvan de apoyo a las tropas encargadas de su defensa, constituiría un obstáculo formidable para el avance de un invasor, constantemente amenazado por los contrataques, y una sólida base de partida para iniciar en momento oportuno y favorable acciones ofensivas que permitiesen ir llevando sobre el Nivelle, el Nive y el Adour, las posiciones que para nuestra mayor seguridad hubiéramos ocupado e intentado ocupar desde los primeros momentos al otro lado de la frontera.»

Mas, si tanta importancia militar reviste este tramo de los Pirineos occidentales, «el terreno comprendido entre la curva que forma el alto Bidasoa cerca de la frontera, carece de pueblos y vías de comunicación,



Plano de la plaza de Fuenterribia.

por lo que no es apropiado para el cruce de tropas y ejecución de operaciones». No es posible recoger en este capítulo las importantísimas y acertadas observaciones que se contienen en el trabajo que nos ocupa. Volvemos a repetir que su conocimiento se impone a todo estudio serio de la materia de que se trata. Y como indicaciones finales que completen nuestra labor, exponemos las siguientes:

«Los puntos importantes de la cuenca del Nive son: Bayona a la izquierda, Cambó en el centro y Saint Jean Pied de Port a la derecha; aunque en el concepto de plazas fuertes, la primera y la última carecen de significación y de los elementos defensivos que en otro tiempo las dieron realce, hasta el punto de haber quedado eliminadas, como hemos dicho ya, de la red de fortificaciones que deben mantenerse en clasificación, Cambó, unido a ambas plazas por ferrocarril y carretera, situado enfrente de la parte más abordable de la frontera por este sector y a once kilómetros de ella, es nudo de buenas comunicaciones; por todo lo cual se ha venido conceptuando como punto adecuado para organizar en él una doble cabeza de puente sobre dicho río, circunstancia que se encuentra favorecida por existir alturas en su inmediación. Además, algunos escritores franceses le han asignado el carácter de centro de observación y de defensa de toda la porción de frontera comprendida entre Hendaya y Saint Jean Pied de Port. De esta última plaza dista 32 Km. y 20 de la de Hendaya.»

Necesidad de ampliar el campo de observación de la defensa del Pirineo occidental. Un plan de defensa del año 1794

Como puede apreciarse de la lectura de cuanto acabamos de exponer, queda perfectamente determinada la significación militar del sector de los Pirineos occidentales. Y desde ciertos puntos de vista, pudiera estimarse terminado el objetivo de estudio propuesto, pero así como al tratar de la Memoria publicada por la Brigada de Generales de que se ha dado cuenta anteriormente, se ampliaba la determinación geográfica-militar señalando el valor de determinados elementos o accidentes del terreno pertenecientes al interior del país de que se trata, así nosotros, teniendo en cuenta como tantas veces hemos dicho que, desgraciadamente para España, la guerra hubo de trasponer las zonas fronterizas para extenderse por toda la región vasco-navarra, hemos de hacer ciertas consideraciones de carácter general.

Conocemos la disposición general de los distintos accidentes geográficos de la región de que estamos tratando. Hemos señalado las distintas líneas montañosas que cruzan el territorio, sus especiales condiciones de orientación, relieve, contextura, etc., etc.; asimismo, hemos señalado la naturaleza y recorrido de los cursos de agua. Ha quedado

definida en sus trazos generales la topografía del terreno, tan importante, desde el punto de vista militar. Recogiendo de la Memoria de los Oficiales Generales que acabamos de citar, la consideración de que hay que estudiar a las montañas como líneas defensivas y a los valles como pliegues montañosos principales que de Oriente a Poniente cruzan el norte de España, todas ellas sensiblemente paralelas a la frontera, favorecen notablemente la defensa del territorio patrio, pues a lo largo de la zona septentrional y apoyándose en tales líneas montañosas, pueden establecerse centros de defensa susceptibles de oponerse seriamente al avance enemigo. Y así vemos al ilustre patrício alavés don Prudencio María de Verástegui y Mariaca, verdadero regidor de los destinos de la provincia, tratar con el General Tortosa, de la formación de un plan de defensa, que el día 10 de agosto de 1794 fué terminado en su confección y remitido a las dos provincias hermanas para su estudio.

Ante la invasión francesa de la provincia de Guipúzcoa y de la del valle de Bazaín, de Navarra, impacientaba al ilustre alavés llevar a cabo una energética defensa que contuviese al enemigo, dejando libres a la parte fiel de Guipúzcoa, a los vizcaínos y a los alaveses. En el libro de don Vicente G. de Echávarri *Alaveses ilustres*, declara este escritor que no sabe que nadie se haya ocupado de este documento y juzgándolo importantísimo para explicar los siguientes acontecimientos, lo transcribe íntegramente. Con una mayor razón entendemos que debemos hacerlo nosotros en la presente Historia Militar. Este documento, decía así:

«Plan de defensa y puntos que deben tomarse por Guipuzcoanos, Alaveses, Vizcainos y Navarros, para impedir una invasión en Vizcaya y Alava. La Provincia de Guipúzcoa, terminada entre Norte y Poniente por la mar; hacia Francia y Navarra por el Norte y Levante; y por Vizcaya y Alava por el Mediodía; está compuesta de un laberinto de empinados montes poblados de árboles, jarales y otros matorrales, de muy penoso tránsito aún para los de a pie que no sean del país, pero no de difícil paso por varias partes para un enemigo osado y emprendedor; con cinco ríos principales y otros varios arroyos y torrentes que los cortan y separan con bastante frecuencia, y un entretejido de caminos (a más del Real) y sendas necesarias al servicio del país, que lleno de caseríos sueltos y sembradas por toda su extensión, sin orden, hacen agradable su vista; pero contribuyen al mayor cuidado y necesidad de fortificar más puntos en tratándose de defenderlo como hoy sucede. Por esta razón y con conocimiento de la posición que tiene hoy el enemigo en Guipúzcoa, es la cordillera donde está el primer punto llamado el Alto de Salinas, á un cuarto de legua avanzado del término confín de Alava, la que ha merecido toda nuestra atención, así, porque es de las más altas al fin o principio de Guipúzcoa, como porque en ella están la mayor parte de los pasos precisos en que se reúnen los distintos caminos para internarse, siendo por la derecha hasta den-

tro de Navarra, San Adrián, Agarte, Altabarrate y Apota, pertenecientes a Guipúzcoa y Alava; y por la izquierda en el Señorío de Vizcaya, San Antonio de Urquiola y Campazar, situados entre Mondragón y Elorrio. Bajo de estas circunstancias y en las que actualmente se halla la provincia de Guipúzcoa, parece que la línea en que convendrá situarse para defender la parte fiel de la referida provincia, resguardar la Vizcaya, Alava y Navarra existente, debería fijarse, unánimes y unidas las tres Provincias (lo contrario podrá ser funesto a todas) comenzando por el mar en esta forma; desde Ondárroa, próximo al mar, por Ermúa y Zaldívar (en Vizcaya); de él a Elgueta y atravesando el río Deva a Elosua; de éste a Descarga y de él a San Adrián y Agarte, en Guipúzcoa y Alava, continuando a Navarra hasta encontrar el punto de Ezchegarte en los montes de Alzaina; así fijada la línea los puntos de la de Guipúzcoa fijos que unida con Alava, deberán defenderse y ocuparse son los siguientes: Elosua, monte cuya cordillera viene a parar por la derecha al camino Real de Francia y por la izquierda cae hacia las villas de Azpeitia y Azcoitia, y entre las avenidas de las dichas villas y los carreteros de unos caseríos a otros, se debe ocupar con un puesto atrincherado y guarnecido de 400 a 600 hombres; siguiendo esta cordillera se encuentra el alto de Descarga, situado entre Anzuola y Villarreal de Zumárraga, hace en dicho monte el camino varios retornos que manifiesta su escabrosidad; también es punto interesante y deberá ocuparse con otro puesto atrincherado, bien defendido y guarnecido con 2.000 hombres. El camino Real y la rama o brazo que va a Vergara, debe ser cortado e inutilizado, cuya operación se puede hacer con mucha facilidad respecto a venir por gargantas estrechas que sólo permiten paso al camino. Desde el alto de Descarga hasta San Adrián con pequeñas partidas de paisanos, en número de 30 ó 40 cada una, colocadas oportunamente en los parajes que la misma naturaleza del terreno está diciendo, se hallará bastante defendido todo el tránsito o país que media entre dicho Descarga y San Adrián por lo escabroso y difícil acceso de las sierras de Aralar y caídas de los montes Aránzazu. El punto de San Adrián deberá cegarse su avenida, respecto a ser un paraje estrechísimo y muy susceptible a esta operación, conservando en él una partida de 30 ó 40 hombres, con lo que concluye la parte de la línea exterior de Guipúzcoa y Alava unidas, mirada así como primera línea. La avenida de Agarte respecto de ser una cañada muy angosta, quedará defendida cerrándola en diferentes parajes con piedras y talas de árboles (que todo es muy fácil de ejecutar), manteniendo en ella una pequeña partida de 8 ó 10 hombres nada más. La de Albarrate merece más atención por unirse en ella los caminos de Segura y Cegama, otros puntos y caseríos y por lo mismo deberá cubrirse con un puesto bien atrincherado capaz de 100 ó 200 hombres. El puesto de Apota es de los más principales, porque se reúnen en él, todas o las más de las avenidas de Guipúzcoa y Navarra, es una montaña de fácil acceso, domina a todas las que tiene a sus inmediaciones y hace un remolado que acaba en dos pequeñas

cumbres; éstas se deberán ocupar con dos puestos atrincherados capaces entre ambos de 1.000 a 1.400 hombres. El pueblo o punto de Mondragón, debe resguardarse, *así porque es hoy la capital de la Guipúzcoa fiel*, como porque se debe considerar puesto de segunda clase; y su defensa ha de constituir principalmente en la cortadura (desde luego, y sin indulgencia) de todos los caminos y puentes hacia Durango, camino Real de Oñate y otros que comunican a pueblos, caseríos, molinos, ermitas, heredades, etc., como también en cuanto se puedan, aproximándose al enemigo caminando a Deva. El alto de Salinas, debe mirarse como un punto, en que si fueran tomadas y batidas las defensas anteriores, sirva de reunión a todas las tropas dispersadas; pero como a él no van a parar todas las avenidas y caminos, para estorbar que los enemigos sigan en la idea de internarse, es preciso escoger otro punto que sea como el penúltimo puesto antes de los llanos de Vitoria, para que recibiendo socorros de ésta, la gente que lo guarnezca sea capaz de contener al enemigo, dando tiempo a tomar partido y que sepan la novedad y se preparen los puntos de Castilla. El paraje que reúne estas ideas es el de las fuentes minerales de Arlabán, que debe fortificarse con mucho cuidado, guarneciéndolo con artillería que tendrá fácil retirada, sostenida y amparada por la caballería, que puede obrar fácilmente en todos los llanos de Alava. Esta línea de puestos no podrá tener efecto, si no ocupan los Vizcaínos los puntos de Ermúa, Andárrua y Zaldívar, adelantándose después de fortificados en ellos hasta las márgenes del río Deva; pero si esto no se consigue, no podrán ocuparse por los guipuzcoanos fieles y alaveses, los puestos de Elosua y Descarga; se dejarán sin protección a muchos pueblos fieles de Guipúzcoa, impidiendo el que otros muchos se declaren viéndose sin el apoyo que esperan; tendremos que ceñir nuestra defensa a Mondragón como punto avanzado a Salinas, pues de lo contrario, nos expondremos a ser cortados y batidos, y *muy problemático el estorbar al enemigo la entrada, si cada provincia se limita a sólo guardar su casa*. Para que el Ejército de Navarra tenga conocimiento de nuestras posiciones y se combine en la defensa, parece sería conveniente, que noticioso de esta relación y plan de defensa, atendiese a los puntos de comunicación que hay en Guipúzcoa y Alava desde Idiazábal y Ataún (en su distrito), con los de la expresada Navarra, Etzegarate en los montes de Alzania, del Valle de la Burunda, Lapurbide y Lizarranti, en los montes de la villa de Echarriaranaz (que son de unas carreteras sobradamente cómodas por estar habilitadas para el transporte de maderas de construcción), con lo cual quedará encadenada toda la línea de defensa, de manera que el enemigo no podrá menos de ser sentido, y en caso de que intentemos alguna expedición o ataque contra el pueblo de Guetaria, estamos muy aproposito colocados. En el concepto de que todos los puestos indicados deberán ser guarneidos por las tres cuartas partes o más de paisanos, se cuidará de que éstos sean vecinos de los pueblos o caseríos más inmediatos, así por la comodidad de los mismos y la prontitud de

acudir a ellos, como por el conocimiento que tendrán de los carreteras y sendas de sus alrededores. Asimismo en el pueblo de Elosua se podrá colocar un cañón violento o de batallón. En el de Descarga, susceptible también de artillería, podrán colocarse dos de la misma clase y si hubiese obuses de montaña, estarían convenientemente colocados en él otros dos. En el Apota, puede ser también guarnecido con la misma artillería y obuses. Convendrá que en Mondragón haya igualmente un par de cañones de la propia clase y dos obuses de montaña para los eventos que puedan ocurrir, para la mudanza de los demás, salidas, expediciones, etc. Por la misma razón convendrá que en Salvatierra haya otro tanto. En el punto de Salinas debe dejarse los dos que hoy existen. En el de Arlabán, que se debe guarnecer con artillería, como se dijo en su lugar, se colocarán lo menos cuatro cañones de a 8 ó de a 12 y dos obuses de montaña. Que es cuanto tenemos que hacer presente en cumplimiento de nuestra obligación y encargo.—Vitoria 10 de septiembre de 1794.—Bernardo de Tortosa.—Miguel Hermosilla.—Laurencio Suárez.—El Marqués de Valbuena.—Pedro Jiraldo de Clavez.»

Juicio final sobre el plan anterior

Aunque en el plan de defensa que estamos considerando la adaptación de la línea defensiva al accidente geográfico no fuera del todo exacta, no cabe duda que en él se atendía a establecer una a modo de barrera el avance de las tropas de la Revolución, y es indiscutible que la elección del alto de las Salinas, al norte de la de Arlabán, en el alto valle del Deva y al sur de Mondragón, que había de considerarse como la capital de la Guipúzcoa que le estaba fiel, era del todo acertadísima. Por salinas cruzaba el Deva, descendido del puerto de Arlabán, y en su dirección hacia el norte, con ligera inclinación hacia el nordeste, pasaba por Escoriaza, al norte de Salinas y Arechavaleta, y más tarde por el citado Mondragón y llegando a Vergara, pasando por Plasencia, y en dirección norte va desembocar, según sabemos, en el Cantábrico, junto al pueblo de su mismo nombre. Sin duda alguna, el alto de las Salinas era, como se indicaba en el plan de referencia, un punto central de resistencia, y en él podía ésta llevarse a cabo por parte de los españoles, a contar con fuerzas y recursos apropiados. No se realizó así, y el enemigo pudo penetrar en Alava, encaminándose al valle del Ebro.

Con cuanto acabamos de exponer, creemos bien definidas las propiedades defensivas, no sólo de la zona occidental pirenaica, sino, en general, de la región vasco-navarra. Y, para terminar este capítulo, expondremos una ligera descripción de aquellas obras que en el año 1793 constituyan la fortificación permanente de este sector de la zona fronteriza.

Ya en el año 1791, siendo director de Ingenieros don Antonio Es-

cash, éste reunió los informes y proyectos referentes a las plazas fuertes de San Sebastián, Fuenterrabía y de los castillos de San Telmo de Híguer y Santa Isabel, todos ellos de la provincia de Guipúzcoa. Todos estos informes estaban suscritos por diferentes directores de Ingenieros en distintas fechas anteriores a la de 1793, pero que, al estar recopilados por él en la fecha que antes se indicó, adquieran verdadero valor, pues demuestran cuál era su estado en la fecha en que iniciaron las hostilidades con Francia. Una relación entregada por el Comandante Montau, daba cuenta de la fortaleza de Pamplona. Los datos facilitados por tales documentos eran los siguientes:

Descripción de la Plaza de Fuente-rrabía

PLAZA DE FUENTERRABÍA

Don Francisco de Gali describe la plaza en 1737.

Descripción de las fortificaciones

Consiste en una figura pentagonal irregular, en unas partes sin defensa y en otras reducidas a un solo reducto, sin estar cubierto por ninguna obra exterior, aunque por el frente de Nuestra Señora de Guadalupe se reconocen algunos vestigios o trozos de dos medias lunas que lo cubrían antes con sus fosas y contraescarpa sin explanadas.

«El frente de Nuestra Sra. de Guadalupe se halla en mediano estado por haberse cerrado la brecha que hicieron los franceses en 1719, así como la buena construcción que subsiste de sus antiguas murallas, parapetos y troneras.»

«Por el frente a la Marina se hallan sus murallas muy endebles, y para reforzarle se empezó a construir una muralla que está levantada dos pies sobre el nivel del terreno.»

«El frente por la parte de Hendaya se reduce a una cortina con sus baluartes de bastante capacidad y en buen estado.»

«El frente por la parte sur se halla corriente y en mediano estado, hasta unirse al próximo que unía al monte de Nuestra Señora de Guadalupe.»

Situación geográfica.

«Limitada al Norte por la Marina, al Esete por el río Bidasoa, al Sur por Irún y carretera Real de San Sebastián, y por el Oeste por los montes de Nuestra Señora de Guadalupe que sigue hasta la mar.»

Situación táctica.

«Por lo quebrado del terreno en el frente oeste y parte norte y por las alturas próximas que dominan la plaza, hace posible que su ejército llegue sin ser visto a las proximidades y atacar desde cerca, además de ocupar las alturas dominantes.»

«En estas condiciones no puede resistir la plaza más que si esperan socorros que ocupen puntos en la cordillera de Nuestra Señora de Guadalupe que dominan los anteriores.»

INFORMES VARIOS RESPECTO A LA PLAZA

De Don Francisco Gali.

Opina que como sería necesario gastar mucho dinero en la construcción de numerosas obras destacadas, que serían preciso para la seguridad de la plaza, y aún así, apoderándose de una de éstas, todas las demás peligrarían, estima conveniente mantenerla en la forma que se encuentra, pues de esta manera el enemigo que se quiera apoderar de ella tendrá que hacer las disposiciones de sitio, y, por consiguiente, los gastos considerables de conducir la artillería a los parajes de ataques.

Del Ingeniero Director don Lorenzo de Solís, en diciembre de 1750.

En contra del anterior, es partidario de ponerla en condiciones de resistir un obstinado sitio para servir de freno a los ataques al país contiguo al Bidasoa, proteger el puerto de Pasajes, y a toda la provincia de Guipúzcoa.

Del Ingeniero Director don Felipe Crame, en septiembre de 1759.

No habla más que de la debilidad y mal estado de la plaza como consecuencia del sitio de 1719 por los ingleses.

Del Ingeniero Director don Pedro Ruiz de Olano, en junio de 1764.

Opina que debe comenzarse extendiendo sus obras por defender la Concha del Bidasoa e impedir un desembarco, ya que en la citada Concha puede fondear una escuadra.

Esta plaza, en unión con la de San Sebastián, castillos de Higuer y de Santa Isabel de los Pasajes, son la base de defensa a la entrada por el NO. de nuestra frontera sobre Castilla la Vieja.

Del Mariscal de Campo e Ingeniero Director don Segismundo Fort, en febrero de 1788.

JUICIO MILITAR DE LA PLAZA DE FUENTERRABÍA

Hace unas consideraciones para demostrar que por la proximidad a que está de Francia y poder llegar cerca de ella por el Este sin ser visto, no daría tiempo a que llegasen a socorrerla otras fuerzas, pero suponiendo pudiesen hacerlo los ejércitos de cobertura y en ella se hubiesen realizado las obras que indican algunos de los proyectos, entonces es posible que el enemigo no la atacara, ya que ni cubre terreno, ni tiene riqueza, ni industria. Opina, por tanto, que mejor que hacer esas fortificaciones, sería construir una buena plaza en la altura de Menallo, que se halla entre Irún y Fuenterrabía, que cubriría un país para obligar el enemigo a atacarla e impedir el paso preciso por ésta para Fuenterrabía, y en caso de ser invadida su defensa, dará lugar a la reunión de tropas, para cuyo campamento, al abrigo del cañón tienen suficiente campo; observará su guarnición, al Este enemigo por la inmediación del río de los dos reinos y no será dominada de parte alguna y más si se le añade para la oposición de los progresos enemigos un cuadrilátero fortificado situado en el monte de Santa Bárbara, sobre la villa de Hernani, que no sólo enfilaría el camino real de Francia, sino también el de San Sebastián, el de Vera y otro que conduce a Navarra.

Todos estos informes y dictámenes movieron a los ingenieros directores don Luis Langot, don Isidro Borbón y don Pedro Lacure, a estudiar un proyecto que no fué aprobado, así como otro del que da cuenta el Mariscal de Campo don Segismundo Fort, del que se desconoce la fecha y el autor. La plaza de Fuenterrabía en los años 1793 a 95, no debía ofrecer, por lo tanto, medianas condiciones de defensa. De la plaza de San Sebastián se decía lo siguiente:

«La figura es casi cuadrada, de unas cuatrocientas varas de costado. Las fortificaciones consisten en la parte de la Zurriola en una muralla sencilla de unos siete pies de espesor, descubierta hasta el pie, sin otro terraplén que el de dos varas en la parte más ancha de un tirante que coge todo el costado oeste desde el Torreón de San Telmo hasta el Baluarte de Santiago; a la del sur, en dos pequeños frentes en línea recta, compuestos del citado Baluarte de Santiago, el de una plataforma llamada vulgarmente «cubo imperial» y el de San Felipe; hay un hornabeque cuyas alas se difieren sobre las dos cortinas de los otros frentes con un paso revellín y camino cubierto; también hay una media contraguardia que cubre la cara izquierda del baluarte de San Felipe con un paso camino cubierto, Plaza de Armas, glasis y muro guardamar que sirve de perfil y revestimientos del glasis.»

«El costado del oeste está cerrado desde el Baluarte de San Felipe

hasta el monte Urgull de una muralla sencilla, aunque más sólida y firme que la de la Luviola, pero sin más capacidad que la de un rondín para un hombre de frente.»

«Las obras anteriormente dichas están en buen estado, a excepción del costado de la costa, que por los embates del mar se halla algo destrozado.»

«*Contornos y campamentos de la plaza.*—Al pie del glasis del frente de tierra se halla el arenal de Santa Catalina y de San Martín, largo de unas 500 varas y de 350 de ancho, ceñido por las aguas de las mareas altas del río Urumea y la Concha, hasta la altura de San Bartolomé, donde empiezan unas colinas entrecortadas de muchos barrancos que se extienden más de una legua tierra adentro, todas cubiertas de cavernas, árboles frutales y bosques en que es forzoso campar.

»A la parte del este del río se halla el arenal de San Francisco o de Chofre, de cuatrocientas varas de ancho y más de mil de largo, hasta la calzada del paraje; acabado el arenal se encuentran colinas y barrancos como los de San Bartolomé, que se extienden más de dos leguas tierra adentro, hasta la falda de otros montes más elevados; en estas colinas es preciso otro campamento para ceñir la plaza a la parte del convento de San Francisco, que forzosamente será muy separado del primero, por dividirlo el río Urumea; cuyas mareas altas suben una legua adentro y forman diferentes recodos con mucha anchura hasta Loyola, por donde se han de comunicar los dos campos, con un rodeo de más de tres cuartos de legua, entrecortado de colinas y barrancos, de suerte que cualquiera de los dos campos es preciso sea superior a las tropas que intentasen socorrer la Plaza, porque de lo contrario se expone a ser batido antes que el otro pueda socorrerlo, y por la facilidad que el terreno ofrece, a embarazar la reunión de los dos campos; y si ésta se hace con anticipación, no puede estorbar el socorro de la plaza ni prevenir el atraco del sitio, de lo que resulta la importancia de esta plaza.»

Se indicaba en aquella fecha cómo podían aumentarse las condiciones defensivas de las obras fortificadas en ella establecidas con trabajos apropiados, y así se exponía: «El ataque de esta plaza se puede previamente dificultar cortando los puentes vecinos que el enemigo estableciere provisionalmente para comunicar sus cuarteles de bloqueo; cubrir el puente de Santa Catalina con alguna fortificación de campaña defendiéndole y demoler todas las casas vecinas a la plaza que puedan dificultar la defensa y aproches del enemigo, y ocupando el lugar de San Martín en la debida forma, dificultarse el sitio con mayor provecho.»

Descripción de la Plaza de San Sebastián

La descripción clara de las fortificaciones de San Sebastián era la siguiente: «Frente este. Muralla sencilla de tres metros de espesor, que se llama la Zurriola y corre sin foso desde el torreón de San Telmo hasta el baluarte de Santiago.»

«Frente de tierra. Dos baluartes (Santiago y San Felipe) y otro plano entre ellos llamado Cubo Imperial, existiendo un hornabeque, que con revellín, foso y camino cubierto, cuyas alas van a la cara del Cubo. Ante el baluarte de San Felipe una contraguardia con foso y camino cubierto unido al del hornabeque.»

«Frente oeste. Da a la Concha y al puerto y es un muro sólido. Debajo del terraplén de las obras del frente de tierra hay abrigos a prueba para dos batallones.»

«Sobre el monte Urgull está el castillo de Santa Cruz de la Mota, de figura irregular, muy antiguo, pero de sólida construcción. En el frente que mira a la plaza tiene, en el extremo este, un pequeño fuerte llamado El Mirador, con una batería sobre su bóveda, capaz para doce piezas y que flanquea el frente de la Zurriola, los arenales del Chofre o de San Francisco y el río.»

«En el contorno del monte la batería de Bardocas, capaz para diez piezas y que defiende la entrada del puerto, y las baterías de las Mujeres y Santa Clara, que formando frente de hornabeque la defienden igualmente.»

Los castillos de Santa Cruz de la Mota, el de Santa Isabel y el de Fuenterrabía, son objeto de detallada información.

El castillo de Santa Cruz de la Mota formaba, como se indicaba anteriormente, parte de las fortificaciones de la plaza de San Sebastián, y de él se decía que: «Para dificultar la toma del castillo de Santa Cruz de la Mota después de tomada la plaza, convendría perfeccionar las fortificaciones indicadas en el proyecto general que miran a la plaza, y haciendo hacia la parte que registra el convento de San Telmo y la avenida de la Zurriola las baterías y aportaderos convenientes y, asimismo, otros semejantes reparos provisionales o prevención al aire destacado del macho del castillo que domine los terrenos y comunicación de Almazán de Bardocas y en baterías con otras cortaduras en los caminos senderos que comunican los baluartes destacados de Santa Clara y contiguos, que no pueden las baterías del macho registrar y defender bien.»

«Adicionado a dicho proyecto general todas las oficinas del arsenal, taller de maestranza, almacén copioso para víveres, hospital y un muelle de la parte del vendaval.»

En la referida relación del ingeniero director don Felipe Crame, ha-

blando del estado, entonces actual, existente de defensa de la plaza de San Sebastián, decía lo siguiente:

«Todas las obras nuevas que se han hecho hasta ahora no aumentan defensa alguna a la plaza mientras se mantenga descubierto el frente de la Zurriola, que puede ser batido en brecha con gran facilidad o prontitud, desde el arenal de San Francisco o de Chofre, como queda referido, y conduciendo desde el arenal de San Martín un ramal de trinchera a la plaza de la Zurriola, es forzoso capitule luego la plaza como lo hizo en el último sitio, porque desde la cabeza de dicha trinchera se puede marchar a la brecha a pié llano en batalla con el frente que se quiera, sin que haya flancos ni cortaduras que puedan defender ni embarazar el asalto, que tendría muy poco que subir para entrar en las calles de la ciudad; y pudiéndose efectuar toda esta maniobra sin mucho trabajo en ocho días de tiempo, en vista la corta defensa que puede hacer esta plaza, que será de las más fuertes y mortíferas de la frontera, siempre que se cubra el frente de la Zurriola con solo dos mil hombres de tropa reglada por su ventajosa posición.»

«El castillo de Santa Isabel defendía la entrada de la ría de Pasajes y estaba guarnecido de una batería para doce piezas, con dos bóvedas a prueba, pero que estaba dominada por el monte Jaizquíbel. En la ría existían algunas baterías.»

El castillo de San Telmo de Higuer era la defensa principal de la plaza de Fuenterrabía. «Recinto pentagonal irregular, con cuatro baluartes y un torreón en lugar del quinto baluarte. Cortinas de buena artillería. No tiene foso camino cubierto ni obras exteriores, que fueron destruidas en 1719.»

«Cerca de la desembocadura del Bidasoa y a tres cuartos de legua de la plaza, está el castillo de San Telmo de Higuer, que defiende la ensenada y que es una batería para cuatro piezas con alojamiento y almacén capaz para 2.000 qq. de pólvora.»

«A una legua de la plaza, subiendo por el río, está el antiguo castillo de Beobia, que cubre el paso de Irún y tiene figura triangular, flanqueado con torreones de muy poca defensa.»

De este castillo, el ingeniero director don Pablo Ruiz de Olano, en julio de 1764, informaba que: «Está situado en la desembocadura del Bidasoa, cuyo surtidero defiende con una batería aposte. En 1762, con motivo de la guerra con los ingleses y por temor a un desembarco, se colocaron en el citado castillo cuatro cañones y al mismo tiempo en la parte del norte se formó una batería de tierra de seis cañones, habiéndose construído con el mismo fin en 1758, en la cumbre del monte y a tiro de pistola de esta parte, otra batería de tierra para ocho cañones. Por estas circunstancias es necesario conservar este puente que se halla en buen estado.»

En cuanto al castillo de San Marcial, el 16 de enero e 1793, bajo

el mando de don Ventura Caro, hubo de presentarse un proyecto de fortificación del monte de San Marcial y loma Portú, por estimarse de escaso valor las existentes en esta parte.

Descripción de la Plaza de Pamplona

Nos corresponde ahora tratar, finalmente, de la plaza de Pamplona. La descripción que de esta plaza hacia el Mariscal de Campo don Juan José Ordovés, era la siguiente: «Polígono de seis frentes. El primero, llamado de la Taconera, consta de dos baluartes unidos por una cortina, con rebellín, foso y camino cubierto. Desde uno de estos baluartes corre una cortina a unirse con el foso de la ciudadela, cubierta con un rebellín que cierra la plaza por esta parte, y delante del baluarte que une este frente con el del río hay una contraguardia. El segundo, llamado de Francia, es una antigua cortina y dos pequeños baluartes, colocados en lo alto del escarpe, al que se han añadido otros dos más bajos y un rebellín con foso y camino cubierto. En este frente está la puerta del Abrevadero. El tercer frente es el de la Magdalena a la parte del este; consiste en una larga cortina y dos baluartes sin foso ni camino cubierto. Vienen luego los dos frentes de la Tejera y de San Nicolás, en los que están las puertas de estos nombres con sus correspondientes baluartes, el mayor de los cuales tiene un ángulo muerto en su cara izquierda y un *caballero* mal colocado en el ángulo flanqueado. La cortina de la Tejera es demasiado larga y está cubierta por un mediano rebellín con foso y camino cubierto. En la de San Nicolás hay también un rebellín con foso y camino cubierto y desde este frente corre una cortina hasta terminar en el foso de la ciudadela. El frente llamado de la Rochapea, que cierra la plaza por todo el escarpe del río, tiene en su centro una plataforma llamada de Palacio, en donde están las puertas de la Rochapea y la Nueva. Este frente no tiene foso ni camino cubierto y, como los de Francia y la Magdalena, domina todo el terreno de su frente. Los demás frentes no tienen embargo, excepto el de la Tejera, delante del cual se va elevando el terreno, que a corta distancia está al nivel del cordón de la muralla».

«Al oeste de la plaza está la Ciudadela, parecida a la de Amberes, mandada construir por Felipe II. Es un pentágono regular de 223 varas de lado exterior, sus baluartes son llanos y capaces, con espaldas y flancos bajos y retirados suficientes para diez piezas cada uno. Cada frente está cubierto por un rebellín y de éstos, los dos más expuestos al ataque están cubiertos con contraguardias.»

«Toda la obra está rodeada de foso con camino cubierto y plazas de armas. En el interior de la Ciudadela hay sólo dos locales a prueba y doce bóvedas debajo del terraplén de una de las cortinas.»

**Juicio crítico sobre el valor militar
de la Plaza de Pamplona por la
Brigada de Oficiales Generales**

De lo que era la plaza fuerte de Pamplona y de su valor militar y significación estratégica y táctica en la defensa de Navarra en el año 1793, ningún documento más informativo que el dictamen de la Brigada. «La ciudad de Pamplona, capital del reino de Navarra—se expónia textualmente—residencia de su Virrey, Tribunales y Catedral, centro de su comercio y su única plaza de guerra, es no obstante, poco extendida y poblada, pues que el número de sus habitantes, no llega a quince mil, y su mayor diámetro no puede pasar de 350 toesas. Pero sus calles son anchas, regulares, bien empedradas y los edificios no dejan de ser correspondientes a ellas.»

«Las fortificaciones, y singularmente la Ciudadela, entre la cual y la población, hay una espaciosa explanada, aumentan considerablemente las dimensiones de la ciudad. Esta dista por Ugarte, Zubiri y Eugui, seis leguas del valle de los Alduides, terreno nuestro o de gúntos, antes de la última demarcación y ahora de Francia, ocho de la frontera de la misma de Zubiri. El Espinar, Burguete y Roncesvalles, quince de Fuenterrabía y de consiguiente del mar.»

«La situación de Pamplona, es en la mesa que forma la cima de una mediana elevación, situada en una extendida, poblada y fértil vega que riega el río Arga y que se forma de varias regatas de los Pirineos que corren por Eugui y Ulzama. El río serpentea por la Vega, llega por oriente al pie de la loma sobre que está Pamplona, forma dos retacitos, bañando los frentes de la Magdalena y Rochapea y se para por poniente.»

«La plaza no ocupa toda la mesa de la loma, sino que aproximándose al lado de la escarpa de ella que cae al río, le sirve de recto de explanada a los frentes que no miran a él y a la Ciudadela, con el efecto de que esta explanada tiene un declive inverso, esto es, inclinado al camino cubierto.»

Interesante es la estimación que se hace acerca de las características de las fortificaciones, asegurando que: «son en tal grado irregulares que no es fácil descubrir, ni dar ideas de sus frentes, sin el auxilio de planos; el conjunto de ellas forma un rectángulo en apariencia; uno de los lados menores es el frente de la Magdalena, que mira al nordeste y cae al río; el mayor, que es el de la Rochapea, bañado también por el río, mira al nordeste, a él le sigue el de la Taconera. En el ángulo de éste con el de San Nicolás y la Texería, que es otro de los grandes, está la Ciudadela.»

«El resto de la cima de la loma sobre que está la plaza, que se deja dicho, forma la explanada de estos dos últimos frentes. Está terminado por un valle que se aproxima más o menos de las otras entre las

distancias al parecer de 120 a 350 toesas. De la otra parte del valle, o la boca de él, por la que el río se aproxima, hay una altura llamada de Mendilorri, que distará unas 500 toesas de la plaza, desde la que se domina ésta.»

«El río es de pocas aguas en el verano y solo está entrehumedecido por varias presas de molinos que no tienen defensa; pasando por el puente de la Rochapea, hay un gran arrabal de este nombre con algunos edificios grandes, varias huertas y cercas.»

«La Vega se estrecha por su frente al norte por la montaña de San Cristóbal, que se extiende de Ugarte a los Berrios, subiendo continua y casi uniformemente más de una legua hasta llegar a tener unas 300 varas de elevación. La mayor altura que está al norte de Pamplona dista tanto, que se puede asegurar que se halla fuera de todo alcance, mas no sucede así por la parte nacida del Caballte o loma en figura de él, de esta montaña, que presenta una buena posición para una batería dominante de incomodidad, que no distará arriba de 800 toesas.»

«La Ciudadela es un pentágono regular al que no se le puede oponer otros defectos, sino que su lado exterior es algo pequeño y las golas de su baluarte estrechas por las espaldas y plazas bajas de los flancos, sus cortinas están cubiertas con rebellines defendidos con contraguardias de los dos frentes que miran a la campaña.»

«Las fortificaciones de la Plaza, prescindiendo de las obras que se puedan haber proyectado, son defectuosas por muchos títulos: frentes muy grandes y pequeños baluartes extremadamente chicos; unos con excesivas golas y otros casi sin ellas; partes con poquísimas o ninguna defensa; las casas casi sobre la muralla por algunos puntos interrumpida su comunicación con otros; fosos muy anchos y poco profundos en algunos frentes, mientras que en otros no hay ninguna obra accesoria y se fía principalmente la defensa al río y a lo escarpado absolutamente de la Loma. Mas, sin embargo, de ello y del gran padrastro del valle que circunda la cima por la parte que el río; de la altura de Mendilorri y del arrabal de la Rochapea, la plaza de Pamplona no sólo es útil, sino aún esencial en su estado actual, porque sus ventajas topográficas son de suma utilidad y a su vista parece se devanecen todos sus defectos.»

De esta suerte, Pamplona era para los Generales de la Brigada una plaza de señaladísima importancia militar. «Para llegar a Pamplona—expone el documento de referencia—viniendo de Francia, se han de atravesar muchas leguas de un país enteramente montuoso, áspero, árido, pobre y destemplado, mientras que en ella se disfruta un clima mucho más suave, un local más abierto, poblado y fértil, y que tiene a sus espaldas el pingüe y ameno terreno de las orillas del Ebro. El enemigo no puede pensar en apoderarse de esta plaza sin venir seguido de un gran tren de batir, que en muchos meses no podría seguir sino por Irún, Tolosa y Lecumberri, o por San Juan de Pié de Puerto y Roncesvalles.»

Grandes habían de ser las dificultades que encontrase el invasor a juicio de nuestros Generales: «Aún superados los obstáculos que hallase para entrar con seguridad por el primer camino, éste siempre será de quince leguas por países pobres, quebrados y de continuas aguas; además, estando engargantado y sujeto a continuas dominaciones por todo él, siempre estará expuesto a ser cortados o interceptados los convoyes. Si intenta el enemigo venir por el de Roncesvalles, tendrá que emplear mucho tiempo, trabajo y dinero en habilitar el camino, que por muchos parajes, como se deja expuesto en la primera parte, está en muy mal estado. Las frecuentes lluvias en el verano y las nieves en invierno lo deteriorarán o cerrarán; añádase a esto la suma pobreza y ninguna producciones de esta comunicación, que casi es tan larga como la anterior, tomada desde Bayona, y que sólo puede servir para pocos meses por las nieves, y se deducirá que el acceso a Pamplona es de la mayor dificultad para un tren de batir y sin éste no puede el enemigo atreverse a atacarla, pues que los defecos que dejamos apuntados no la exponen, si en ella hay vigilancia, a ser tomada por una simple escalada, y si a lo más por ella después de un fuerte cañoneo o por un ataque brusco, y para uno y otro se necesita un tren de batir. Además, aún tomada la plaza, quedaría la Ciudadela, que exige un ataque en regla.»

«Cuando el enemigo tiene tan largas y difíciles comunicaciones, Pamplona tiene muchas y excelentes para ser socorrida. A más de los muchos caminos de comunicaciones que hay a sus espaldas, existen el Real y cómodo de Castilla; otro por los valles de la Burunda y Aragüil; el de las provincias por Vitoria a Castilla o por Tolosa a los Puertos.»

«Asimismo, teniendo en Pamplona de estar distante de la frontera que la proporciona la de no poder ser atacada improvisadamente, de que el enemigo tiene que desmembrar sus fuerzas para asegurar sus comunicaciones, de que cortando éstas queda socorrida eficazmente y otras, se puede decir de que goza también de las de ser plaza fronteriza, respecto a que es tan miserable el país que la precede, que cediéndole sólo se deje al enemigo un fuerte obstáculo a sus empresas.»

«La situación del enemigo es tal, que queriendo éste penetrar por cualquier punto de la frontera de Navarra o de Guipúzcoa, no puede desatenderla y le es forzoso sitiarla u oponerle un grueso cuerpo que contenga su guarnición, que de otro modo no dejará de interceptar sus comunicaciones y aún las cortaría si se reformase.»

Las condiciones favorables de Pamplona, a juicio de la Brigada, podían aún mejorarse y así declaraba: «Si en la frontera de Guipúzcoa se estableciese una fortaleza muy respetable que cerrase el camino Real y quitase al enemigo los medios de internarse por él, la plaza de Pamplona aumentaría considerablemente su fuerza y su importancia.»

«Tales son, al parecer de la Brigada —afirmaba su dictamen—, las ventajas de esta plaza, no obstante sus muchos defectos. Desvanecidos

éstos por obras, que oportunamente se hayan proyectado y hechas de difícil y larga expugnación, será una fuerte llave del Reino, un antemural de la frontera, que quite al enemigo la idea de penetrar en ella y un apoyo sólido y vigoroso para un ejército o cuerpo de tropas.»

Y si esto afirmaba el documento referido y en modo alguno puede dejarse de reconocer cuán irrefutable era su exactitud, ¿no será insensata toda labor que haya tendido a desentrañar a Navarra del seno de la nacionalidad española?

Estudio histórico de las fortificaciones de Pamplona por el Sr. Idoate.

La historia de las fortificaciones de Pamplona, a partir de la conquista de Navarra, ha sido objeto de un detenido estudio llevado a cabo por el competentísimo historiador D. Florencio Idoate, y que publicado por la revista «Príncipe de Viana», del Consejo de Cultura de la Diputación Foral de Navarra, y posteriormente en una muy bien presentada e interesante *separata*, representa la realización de un trabajo definitivo sobre el particular, de esos que facilitan, ahorrando tiempo y espacio, la labor de todo el que intente entrar en conocimiento de ello. Los Archivos de la referida Diputación, los del Servicio Histórico Militar, los propios del de Simancas, han sido cauces de información a los que el señor Idoate ha acudido para la redacción de su obra. Entre los documentos de que se hace transcripción al final del libro, figura un informe sobre el estado de las fortificaciones de Pamplona, Ciudadela y obras exteriores, hecho por orden del Conde de Aranda, Director del Real Cuerpo de Artillería e Ingenieros, de las obras de defensa de la plaza y de la Ciudadela y en la que, después de precisar su situación geográfica, acerca de su importancia se exponen los siguientes conceptos:

«Esta plaza es importantísima por su situación, debiendo por este motivo participar de mayor comercio de que al presente disfruta. Y al mismo tiempo, la puerta que asegura S. M. con ella la entrada a Aragón, Castilla y demás reinos, que quedarían descubiertos en su defecto. Y aunque no se podría llamar propiamente llave del Pirineo a Navarra, en sustancia viene a servir como tal, siendo la única que tenemos en esta frontera con la Francia, por la cual están resguardados sus valles, caminos y pasos.»

«Cubre hasta la de Jaca por la parte de Aragón y hasta el valle de Bartzán y puerto de Velate, que corre por entre la cordillera de Navarra y Guipúzcoa. Con esto queda demostrado lo muy importante que es el tenerla y conservarla siempre en estado de sus regulares defensas con todo género de obras y edificios militares, conducentes a rechazar el impetu y violencia de un poderoso enemigo, y asegurar en caso de sitio los víveres, municiones y su guarnición, que si en medio

de las fatigas a que se expone en semejante ocasión, disfruta de un descansado resguardo, se puede esperar de ella una vigorosa e inconfundible resistencia, pero nada se puede prometer del deplorable estado en que al presente se halla esta fortificación, cuya consistencia es como se sigue: Los frentes de la Taconera y Gonzaga, el Fuerte de San Roque, el Frente de la Rochapea, de Francia o del Abrevador, de la Magdalena, de la Tejería, de San Nicolás, el Fuerte del Príncipe y la Ciudadela y las obras que habría que realizar para poner en las debidas condiciones de servicio todas estas obras de fortificación, eran descritas.»

El documento que venía firmado por un tal Jerónimo Amici, terminaba diciendo: «Este es, en breve, el estado actual en que se hallan a la hora presente las fortificaciones de esta Plaza y su Ciudadela, por el cual se manifiestan sus muros en parages sin defensas y descubiertos, hasta un bajo del pie de su escarpa, sus parapetos endebles y desmoronados, los fosos sin revestimiento en la contraescarpa, el camino cubierto de ambos recintos sin parapetos. Y, finalmente, su consistencia en general tan endeble, que un enemigo puede hacerse dueño de ella en pocos días, sin que se le pueda precisar a un sitio formal.»

Por su parte, el Sr. Idoate, al llegar a lo referente a la guerra que nos ocupa, manifiesta: «Declarada la guerra contra la Convención francesa, hubo de pensar en poner a punto nuestro sistema defensivo, sobre todo cuando el enemigo irrumpió en nuestro suelo en 1794, ocupando una parte de la Montaña. En 1795, la superioridad francesa sigue manteniéndose, avanzando sus ejércitos hasta Erice, a unos quince kilómetros de Pamplona. Los ingenieros militares deciden terraplenar la zanja de la explanada de la Ciudadela y fijan la atención en los fortines de San Roque y Gonzaga especialmente. A la vez se ordena —como ya hemos dicho— la demolición de las construcciones a menos de 1.500 varas del recinto, trabajo que se inició en seguida por la rapidez de los acontecimientos. No faltaron fuertes protestas, como era de esperar, por parte de los afectados, que apelaron a todos los resortes para impedirlo, interesando a las Cortes y al Ayuntamiento.»

«Entre los querellantes se encontraba la Obrería de San Lorenzo y la Hermandad de los zapateros, que poseía la casa llamada de San Roy. Lo mismo ocurría con los conventos de Santa Engracia, que poseía siete edificios; Agustinas Recoletas, con catorce casas y un secadero de lanas; San Pedro de Ribas, San Juan y Trinitarios, cuya demolición había comenzado ya. Las Cortes se dirigieron a S. M. en nombre de las 1.200 personas a quienes perjudicaba directamente tan extrema y grave medida, razonable sin duda desde el punto de vista militar. El Virrey se mostró irreductible y el derribo comenzó por los citados Monasterios de Trinitarios, Santa Engracia y San Pedro de Ribas.»

Pero el propósito del magnate no dejó de ofrecer serias dificulta-

des (1): «No faltaron diferencias entre el Virrey y las Cortes en relación con los 135 canteros, 50 carpinteros y 500 paisanos solicitados para los trabajos, además de 200 acémilas y 50 carros. Solamente se presentaron 213 paisanos, escapándose pronto algunos ante la proximidad de la recolección. El encargado de las obras, Masdeu, se quejaba amargamente a la Diputación por la poca diligencia que parecía mostrar en este asunto, «por haber olvidado la circunstancia de hacer una gloriosa resistencia, colocando a la Ciudad en condiciones de hacerla». La verdad es que sobre Navarra recaía una grandísima parte en el esfuerzo bélico, movilizando todos sus recursos, y no se podía llegar a todo. De todos modos, la Diputación hizo otro llamamiento para que se presentasen los solteros desde los quince años, eximiéndose de esta carga a los hidalgos.»

La Plaza de Pamplona cuando la guerra de España con la Revolución francesa

Hacia 1793, sin duda alguna, se trataba de poner a Pamplona en condiciones de la debida fortaleza para representar un serio obstáculo a toda la invasión del solar navarro. En esta fecha escribe el señor Idoate: «Encontramos encomendada la defensa de la Plaza a los Ingenieros Hurtado (como Director), Jiménez Donoso, Heredia, Casanovas y Masdeu, ya citado, que realizaron trabajos en el baluarte de San Bartolomé y la Taconera. No pasó de su fase de iniciación—sin duda por la premura de tiempo y el remate de la guerra—el proyecto anterior de un fuerte de campaña en Mendillori, con campamento atrincherado; igualmente se pensó en construir otro reducto en la altura que hay sobre el puente de Burlada. Gran novedad y que causó temor e impresión fué la instalación del pararrayos en la Ciudadela en 1794. En agosto se firmó la paz y los trabajos se interrumpieron. No obstante, Hurtado, presentó un extenso estudio y se hicieron diversos planos, tanto de la plaza como de sus cercanías.»

Creeimos haber ofrecido en este capítulo una exposición del estado de las fortificaciones en el país vasco-navarro y de las cualidades que, desde el punto de vista defensivo, ofrecen los accidentes del terreno y conocidas la naturaleza y la significación de los distintos elementos que en la zona occidental pirenaica habían de intervenir en la guerra de España con la Revolución francesa, pasaremos al estudio de las operaciones militares en este sector.

(1) Expone en una nota el Sr. Idoate a propósito del Virrey Conde de Gages que, no obstante, el dejar en Navarra una estela de afecto, sin embargo, no le perdonaban las Cortes —como se lo decían a su sucesor— que hiciera traer tierra y cascojo para las fortificaciones a los carros y caballos que venían de Pamplona de vacío, sin pagarles nada. Se habla en algún papel del *nunca bien ponderado* Conde de Gages, y no ocultaron muchos sus temores por el peligro que corrían los fueros al dejar el virreinato.

P A R T E S E G U N D A

**EL DESARROLLO DE LAS OPERACIONES
MILITARES**

PRIMER PERÍODO.—EL MANDO DEL GENERAL CARO.—

SEGUNDO PERÍODO.—EL MANDO DE LOS GENERALES
CONDE DE COLOMERA Y PRÍNCIPE DE CASTELFRANCO

ACCIÓN DEL 23 DE JUNIO DE 1794.

La acción del 23 de junio constituye una obra maestra de combinación y hubiese retardado la invasión al seguir Caro en el mando del Ejército, pero Colomera hubo de recogerlo en el momento más crítico. Y en lugar de reunir su Ejército en un solo punto principal, lo diseminó y fué forzado en toda su línea. (Luis de Marcillac, *Historia de la guerra entre Francia y España durante los años de la Revolución francesa.*)

La acción del 23 de junio fué el adiós del General D. Ventura Caro, fué llamado a principios de julio llevando consigo la confianza de sus tropas y la estimación de sus enemigos... Hemos llegado a la época de las grandes desdichas para España en esta parte de su territorio, desdichas que abrirán el camino al centro del Reino al enemigo. (Luis de Marcillac. *Obra citada.*)

FINAL DE LA CAMPAÑA DE 1794.

Resumiéndola, veremos al bravo Caro empleando todos los medios que puede facilitarle su genio para retardar la invasión de los franceses, que él sabía no podría impedir. (Luis de Marcillac. *Obra citada.*)

FINAL DE LA GUERRA.

Los rumores de paz que se habían extendido al comienzo de la campaña habían enteramente cesado, cuando un mensaje extraordinario llevó la feliz noticia a los campos el 20 thermidor. La alegría fué en ellos tan viva como general. (Ciudadano Beaulac, *Memorias sobre la última guerra entre Francia y España en los Pirineos occidentales.*)

CAPITULO PRIMERO

PRIMERAS OPERACIONES EN LA ORILLA DERECHA DEL BIDASOA

Encuentros iniciales en los montes
de Izpegui. Campamentos franceses
entre Ascaín y Urrugne



A primera información oficial que hubo de facilitar la *Gaceta de Madrid* del 7 de abril de 1793, daba cuenta de cómo en los montes de Izpegui, en el valle del Baztán, unos 500 a 600 franceses hubieron de ser descubiertos, habiéndose retirado ante la proximidad de los nuestros. Desde lo alto de los mismos, se distinguen tres campamentos franceses entre Ascaín y Urruna (Urrugne), en cada uno de los cuales se hallaba acampando una batallón de tropas nacionales, según la confidencia de los habitantes del país. Una partida de voluntarios de Aragón que salió a reconocer el campo, tuvo un encuentro con otra francesa de dieciséis hombres que se hallaban emboscados, y que tras el consiguiente tiroteo hubieron de retirarse dejando dos muertos.

Pero el 30 del mismo mes, en la *Gaceta* de referencia, el General Caro cuenta de que con fecha del 21, los franceses, en número de 1.200, habían atacado la villa de Zugarramurdi, en el reino de Navarra, y en la que tan sólo había de guarnición cien voluntarios de Aragón, que al darse cuenta de la superioridad de fuerza del contrario hubieron de batirse en retirada, habiendo abandonado el puesto, que fué saqueado e incendiado en parte. Y advierte la información oficial que tanto esta villa como la de Urdax, no son fáciles de defender, dada su situación en el país llano de Francia, no importando nada para la seguridad del reino, por cuya razón tenía prevenido de antemano que no se empeñasen en su defensa.

Pero pronto estos primeros choques hubieron de adquirir más importancia y corrió la iniciación de la lucha a cargo de nuestras tropas, pues según carta de don Ventura Caro, fechada el 23 de abril desde Vera, es decir, dos días después del hecho anteriormente citado, al amanecer del mismo, «rompió la plaza de Fuenterrabía el fuego y baterías del ejército desplegado en este frente occidental contra el fuerte de Hendaya y contra las del enemigo». Y el resultado de este fuego debió ser provechoso, cuando nuestro cuartel general podía decir: «entré por esta parte con 1.500 hombres hasta ocupar las alturas inmediatas al campo de los franceses, quienes se formaron en batalla sobre una loma en sitio muy ventajoso, conduciendo artillería y caballería que nosotros no teníamos». Semejante declaración nos da derecho a suponer que, si esta circunstancia desfavorable no se hubiera dado, la lucha habría adquirido mayor intensidad y radio de acción, pues si a los nuestros faltaba artillería y caballería, no era tampoco muy crecido el número de tropa de que pudo disponerse, que se limitaba a 300 voluntarios de Aragón, 250 de Cataluña y siete compañías de Cazadores. Las restantes tropas, constituidas por el Batallón de América, cuatro compañías de Granaderos y tres de Cazadores, acampanaron a la retaguardia, en un monte elevado y casi inaccesible, a cuyo abrigo, por derecha e izquierda, podían sin riesgo retirarse las tropas avanzadas.

Los españoles se apoderan del fuerte de Hendaya y de la Montaña de Luis XIV. Ataques a Jolimont

De todos modos, la acción no había sido infructuosa, y ha de reconocer el testimonio francés que: «El 23 de abril de 1793, una nube de bajas, de bombas y de obuses, asolaba a la vez al campo, al fuerte de Hendaya (1) y al reducto construido en la Montaña de Luis XIV. Esta súbita explosión lanzó el desorden entre los soldados franceses, y su consternación llegó al colmo al ver a los habitantes de Hendaya huir despavoridos con sus mujeres y sus hijos. Los españoles franquearon el Bidasoa, se apoderaron de la Montaña de Luis XIV y destruyeron la batería. Era en vano que el General Renier tratara de reanimar los ánimos obstinados. No obstante, algunas energicas palabras de Willot, Jefe del quinto batallón de Infantería ligera, reanimaron la energía de las tropas. El momento era apremiante, la izquierda era atacada con vigor, en tanto que el fuerte de Hendaya se veía vivamente cañoneado; el General Renier y otros muchos estaban heridos. Marchóse sobre los españoles, que repasaron el Bidasoa precipitadamente.» Esto, no obstante, y cualquiera que pueda ser su exactitud o veracidad, el

(1) Lámina núm. 2.

propio testimonio que todo esto nos declara, reconoce que: «Esta acción poco mortífera obligó, sin embargo, a los franceses a retroceder a la mañana siguiente su campo a la Croix des Bouquets, para colocarse al abrigo del cañón enemigo», y, asimismo, ha de confesar que, «contento de haber de este modo sondeado la fortaleza de este punto, el General español llevó a cabo una tentativa sobre Jolimont, que no fué ni feliz ni obstinada.»

El Ejército francés acababa de recibir el refuerzo de un regimiento de línea, y Duverger no era ya General. Los representantes del pueblo, con sus procedimientos expeditivos, le habían hecho detener y conducir a París. Era una de tantas víctimas destinadas al sacrificio por aquellos sacerdotes de la Humanidad.

No habían de quedar por mucho tiempo ociosas las tropas españolas que guarnecían los sectores inmediatos en esta ocasión, y así, al mismo tiempo que se llevaba a cabo los movimientos anteriormente expuestos, los de Irún se apoderaron de las gabarras del paso de Behovia, y, cruzando el río, clavarón los seis cañones de la única batería que habían construído para su defensa, deshaciéndola y destruyendo las cureñas, en tanto que rompían un vivo fuego de fusilería.

Conforme con la información francesa, la oficial española declara cómo el General Caro estimó oportuno cesar en la empresa comenzada y favorablemente conducida, y a las diez, según frases textuales, mandó retirar la gente, *que lo ejecutó con orden* (es decir, no precipitadamente), sin que los enemigos se atreviesen a inquietarle.

Tras de lo acaecido, se imponía la conquista del campo de Sare.

En una retirada, los españoles atacan y se apoderan de una avanzada y fuerte fortificado del campo de Sare

Así como en el frente oriental de la zona pirenaica la naturaleza del terreno y la escasez de fuerzas obligaban a Ricardos a desplegar las pocas de que podía disponer en amplios frentes y en apartadas posiciones, también en este occidental el General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa advertía: «Como fué preciso en país tan quebrado ocupar muchos montes para descubrirlos y evitar ser cortados fácilmente, se extendía nuestro pequeño ejército más de una legua, y a los Voluntarios de Aragón que cubrían la derecha se aproximaron, al retirarse, al campo de Sare, del que les hicieron mucho fuego de mosquetería y artillería; pero ellos atacaron su avanzada y retrincharon, y ahuyentaron de él a los franceses, los cuales abandonaron ropa y comida, de que no se aprovecharon los nuestros porque los dieron fuego.»

Indudablemente, la acción hubiera sido plenamente satisfactoria si,

como declaraba nuestro General, pudiera haberse dispuesto de un puente capaz de dar paso a más tropas procedentes de Irún y algunos cañones y caballería. Estimaba Caro, como puede verse, que se había perdido la ocasión de un golpe más certero contra la línea francesa de defensa, pero, de todos modos, según sus propias palabras: «la acción ha sido gloriosa para las armas del Rey, porque sin estos auxilios un puñado de gente se ha metido dos leguas en Francia, ha atacado a los enemigos en sus puestos, les ha clavado su artillería, les ha quemado el campamento de Biriatu, les ha quitado mucho ganado, les ha muerto mucha gente, sin tener más que seis heridos y se ha retirado a Vera sin ser inquietado.» Y es de estimar en un hombre tan dado a rendir culto a la justicia y a huir del ditirambo, añadiese: «Debo de justicia muchos elogios a las tropas y a los oficiales que las han mandado; porque las tropas se han portado con el mayor valor y los Oficiales han observado con puntualidad las órdenes que se les han dado, y les considero dignos de las piedades de S. M.»

Y ante el conocimiento de hechos como los referidos, no es de extrañar que la *Gaceta Oficial* manifestase que: «S. M. había oído con suma complacencia estas noticias, habiendo manifestado a la oficialidad y tropas su satisfacción por el valor con que se han portado», disponiendo que: «en acción de gracias de todos estos felices sucesos mandase se cantase un Te Deum en su real capilla el día 27 de este mes».

Conquista del campo de Sare

Como vemos, el campo de Sare había sido objeto de la atención de los españoles, al tener que defenderse en su retirada del fuego de mosquetón y artillería de sus ocupantes, y hemos visto cómo los voluntarios de Aragón, que cubrían el flanco derecho denuestras líneas de operaciones, viéronse en la precisión de atacar la avanzada y *retrinchamiento* de este campo, que fué abandonado por los franceses.

Sare, al pie de las estribaciones septentrionales del Pirineo occidental, a la salida del valle que pone en comunicación ambos territorios fronterizos a través del puerto de Echalar, tenía desde el primer momento que constituir uno de los objetivos principales de nuestra acción militar. Y así, el 30 de abril fué el señalado por el Alto Mando para su correspondiente ataque, bastando para decidirse a ello el hecho de que los Dragones de la Reina hubieran llegado a Lesaca, y a Vera mulos para el arrastre de seis cañones de batalla y dos obuses de igual clase, bien necesarios para batir con el fuego el campo de los franceses en Sare, ocupado por unos 3.000 hombres.

De acuerdo con los Generales, dispuso Caro que la tropa se organizará en tres columnas, al mando del Mariscal de Campo don Juan Gil, la de la derecha; del de igual clase, don Gregorio Moreo, del de la izquierda, yendo al frente de la retaguardia el también Mariscal

de Campo don Ventura Escalante; el eje de la marcha había de constituirlo el citado camino de Echalar a Sare, atravesando la cresta montañosa.

En el plan del General estaban previstos todos los detalles, y en carta escrita por él a la Superioridad, y que hubo de figurar en la *Gaceta de Madrid* del martes 7 de mayo de 1793, se decía: «Acordé igualmente que la primera operación debía ser la de cortar todas las tropas francesas avanzadas, a cuyo efecto las tropas ligeras y Cazadores de las dos columnas se adelantaría desfilando por derecha e izquierda, para abrazar el retrincheramiento y siete casas contiguas en que se alojaban 300 hombres de su guardia, y también que 120 voluntarios de Aragón, a las órdenes del Capitán del mismo Cuerpo don Juan Joseph García, con dos compañías de alternación, saliese a media noche para ocupar con anticipación el monte Ureña, que domina la villa de Vera, y toda la tierra de Labour, donde los franceses mantenían una guardia para observar nuestros movimientos, y que ocupase, también, una colina alta que hay a la inmediación del pueblo de Sare, en que los franceses mantenían guardia, y desde donde se observaban todos los caminos por donde los enemigos de los campos de Oruña y de Hendaya podían venir al socorro de los de Sare. Para impedirlos estos socorros previene al Mariscal de Campo don Francisco Horcasitas que dejase en Irún dos Regimientos de Milicias, para servicio de las baterías y su guardia, y con los voluntarios de Cataluña que tenía, el batallón de Toledo, uno de suizos de Reding, los Provinciales de Santiago, Laredo y Valladolid, pasase el río Bidasoa por el puente de Boga, y se situase apoyando su derecha al monte Oruña, y siguiese ocupando todos los montes que dominan los caminos que desde Vera conducen a Hendaya, Oruña y San Juan de Luz, cuya operación practicó con las citadas tropas puntualmente.»

«Acordé igualmente que las tropas de la columna de la derecha se reuniesen en la villa de Lesaca, y las de la izquierda en la de Vera; y que a las dos de la mañana se reuniesen las columnas de la derecha en lo alto de los montes por donde pasa el camino de Echalar a Sare; y las de la izquierda, en el bosque que hay sobre el camino de Sare a media legua de Vera. Como la operación de la columna de la derecha se dirigía más que la de la otra a cortar al enemigo y a tomarle el flanco, me determiné a concurrir a ella con el General don Juan Gil, y a media noche marché al punto señalado para reunión de toda la columna. Encontré en él sólo al Marqués de la Romana con las cuatro compañías de alternación de su cargo, y a don Gerónimo Cifuentes con las dos de granaderos del suyo y 50 hombres armados de Echalar que les acompañaban; porque hallándose estas tropas destacadas en Echalar para resguardo de la frontera y de los pueblos de Urdax y de Zugarramurdi, tuvieron orden de reunirse a su columna en el indicado puesto a las dos de la mañana, a fin de evitarles el rodeo de dos leguas que debían hacer para encontrarla en Lesaca.»

Una circunstancia desfavorable dificulta la realización del plan de combate de D. Ventura Caro

La ejecución del plan concebido por el General don Ventura Caro no pudo realizarse con toda la exactitud que hubiera sido necesaria, y, ateniéndonos a su propio testimonio, transcribiremos su relación en la carta de que se trata: «La columna de Lesaca retardó su marcha por los muchos desfiladeros y embarazos que encontró en el camino, y por no retardar la acción acordada con la columna de la izquierda, marché a las tres de la mañana con solas las cuatro compañías de Romana y las dos de Cifuentes. Las de Romana con los cincuenta hombres de Echalar, que los guiaban, atravesaron una loma de la derecha, y sin ser sentidos tomaron la espalda a los enemigos; yo, con las dos compañías de Cifuentes, seguí el camino, pero a poco rato, pasando a la inmediación de tres bordas que había sobre la izquierda del camino, mandé reconocerlas; en dos de ellas moraban sólo sus dueños, pero en la tercera la ocupaban las tropas francesas, que se defendieron un largo rato, hasta que, después de muertos muchos de ellos y haberlos muerto un granadero y herido otro, la abandonaron.»

«Roto ya el fuego de la derecha por esta casualidad, antes de la hora acordada avanzaron las tropas ligeras y compañías de alternación de la izquierda, al cargo las unas del Sargento Mayor de Voluntarios, y las otras del Capitán del Regimiento de América don Vicente Roseli, y de acuerdo con el Marqués de la Romana atacaron el retrinchamiento y las casas que defendían 300 hombres, y después de un reñido combate se apoderaron los nuestros de ellas y del retrinchamiento con los dos cañones violentos, que tenían en él para su defensa. Siguieron luego las indicadas tropas avanzando hasta que encontraron las del enemigo, que venían al socorro de las suyas, y al vernos se desplegaron en batalla al extremo opuesto de la misma colina, a las que mandé que no hiciesen fuego las nuestras, persuadido por la escasa luz del día y por la mucha niebla que no eran enemigas; pero a poco rato, habiendo concluído su formación, nos hicieron fuego vivo, acompañado del de los cañones violentos, a que respondieron nuestras tropas ligeras con firmeza sin perder un palmo de tierra. Llegaron, por fin, nuestras columnas y con ellas seis cañones violentos y dos obuses, de los cuales, por lo quebrado del terreno, sólo dos de los primeros pudieron hacer fuego, pero mandé que un batallón de Granaderos, a cargo del Marqués de Ferreras, marchase por un barranco a tomarles el flanco izquierdo; pero los enemigos, como prácticos del terreno, abandonaron al instante su posición, y desaparecieron, sin que nos percibísemos hasta que cesó su fuego, porque el país quebrado y de continuas y elevadas colinas proporciona grande facilidad para ello.»

«Avanzaron luego nuestras tropas ligeras a ocupar las alturas más inmediatas al campo enemigo, y nuestras columnas se desplegaron en batalla. Nos hizo fuego el cañón de los enemigos desde su campo, sin ofendernos, y les respondieron nuestros obuses, metiéndoles las granadas entre sus batallones. La niebla acompañada de lluvia aumentó a términos que no podíamos observar sus operaciones, y aprovechándose de ella los enemigos abandonaron el campo, y huyeron sin ser percibidos. La escasez de acémilas y carros para transportar las tiendas y equipajes del campo enemigo, y la extraordinaria fatiga de la tropa, que sin dormir el día anterior había marchado cuatro leguas, y debía regresar otras tantas, se inclinó a providencias que la caballería y Dragones tomase de los almacenes del ejército francés la harina y legumbres que pudiese llevar; que tomasen las tropas ligeras lo que quisiesen del campo, y que a lo restante se pegase fuego.

»Así se ejecutó, y después de saqueado el campo ardió todo, y la caballería y Dragones arrojaron al río las legumbres, aguardiente y harinas, que no pudo conducir, dejando enteramente vacíos los almacenes.

»A las cinco de la tarde acabó de retirar el ejército el Mariscal de Campo don Gregorio Moreo, a cuyo cargo quedó la retaguardia.

»Tal había sido la conquista del campo francés de Sare. Con la reserva con que siempre en nuestra obra hemos acogido los informes oficiales que hacen referencia a las bajas sufridas por ambos beligerantes, indicaremos que, según la declaración contenida en la carta del General Caro, de nuestra parte sólo hubo cuatro muertos, y entre ellos el cadete del Regimiento del Príncipe don Luis Liminiana, que con el mayor valor, con las compañías de alternación atacó el retrinchamiento avanzado de los enemigos. Heridos hubo veinte, de los cuales la mayor parte de graves heridas, y entre ellos el cadete del Regimiento de Asturias don Vicente Ceballos. El número de los enemigos muertos no se ha podido averiguar por la distancia de las diferentes partes donde se combatió, pero 50 a 60 se encontraron en el último terreno que pisamos, y en el hospital de Sare quedaba un centenar de ellos y algunos se condujeron al nuestro. Se hicieron 21 prisioneros sin contar los del hospital de Sare, y pudieron habérseles hecho muchos más si la niebla no nos hubiera ocultado su fuga.»

**Noble conducta observada por el
general español y por sus tropas
con los vencidos**

Fiel a los principios de conducta adoptados desde el primer momento por el Gobierno de España, don Ventura Caro, declaraba: «A los vecinos de Sare no se les ha hecho el menor daño, ni se les ha tomado la menor cosa, no obstante que pocos días antes el ejército francés

saqueó los dos pequeños pueblos nuestros de Urdax y Zugarramurdi, que por su situación estaban indefensos; pero en nuestra conducta no hemos más que seguir las sabias, generosas y piadosas intenciones del Rey, que no nos ha mandado hacer la guerra a los buenos franceses, sino es a los fanáticos usurpadores de la autoridad que oprimen la Francia y que destruyen su religión, sus leyes, sus jerarquías y su antiguo, legítimo y buen gobierno.»

Y como lo hubieran hecho anteriormente al dar cuenta de la toma del fuerte de Hendaya, nuestro General manifestaba de modo categórico la conducta ejemplar de las tropas que habían tomado parte en la conquista de Sare: «Debo de justicia—escribía—los mayores elogios a los Generales que me ayudaron con sus acertadas providencias y condujeron las tropas de su mando con el mejor orden, a los Brigadiers D. Esteban Miró y D. Antonio Filangieri, y a todos los Coroneles, Oficiales y demás tropas del ejército, pero particularmente a las tropas ligeras y compañías de alternación que entraron las primeras y sostuieron el mayor peso de la acción en cuya atención los recomiendo todos a la generosidad de S. M.»

Esto declaraba don Ventura y, una vez más, repetimos que no era hombre dado a las alabanzas ni a la hipérbole.

**El plan inicial del General Caro.
Ha de abandonarlo para seguir las
instrucciones de la Corte**

Pero si fueron los anteriores hechos de guerra los que inician la lucha emprendida por España con la Revolución francesa, en un período de tiempo que comprende desde el 6 de abril al 30 del mismo, estimamos oportuno conocer en qué circunstancia se desarrollaron tales sucesos y si la información oficial respondía a la realidad de los mismos y no fuera suficiente a completar su oportuna relación. Luis de Marcillac, francés de los acogidos a nuestra Patria, monárquico leal y del que hemos dado cuenta en páginas anteriores, pudiéndosele considerar como cronista de esta guerra, nos ofrece un estimable testimonio.

«Don Ventura Caro, no disponía más que de 22.000 hombres, de los cuales, tan sólo 8.000 eran tropas de línea para cubrir treinta y dos leguas de frontera, desde Fuenterrabía hasta los confines de Navarra con Aragón. Obligado por las localidades a diseminar sus tropas para guardar los desfiladeros y pasos accesibles de las montañas, quiso reducir su línea de defensa estableciendo su izquierda a lo largo de la cuerda del arco que forma la frontera de Guipúzcoa. Para la ejecución de este proyecto quiso ocupar y atrincherar las alturas que dominan San Juan de Luz, Urrugne y Ciboure, que conducen a la montaña llamada Rhume.» No nos parece del todo exacto que, como dice

el escritor que nos ocupa, esta montaña forme parte de los Pirineos, los cuales, desde este punto, *van en línea recta hacia Aragón*, cubriendo el valle de Bartzán y los demás septentrionales de Navarra. De esta suerte, don Ventura hubiera presentado al enemigo una línea que, partiendo de las alturas de Urrugne y apoyada por su izquierda en el mar, hubiera terminado en Château-Pignon, puerto que defiende los desfiladeros que comunican Navarra con Francia, pasando por Roncesvalles, apoyando, igualmente, la derecha de su línea en el alto valle de la Nivelle, que desciende, como sabemos, de España por el coll de Maya, después de haber dejado a su izquierda sobre la orilla el pueblo de Urdax y, a no muy larga distancia, el de Zugarramurdi, puestos que dominan al valle de Bartzán por su entrada. La izquierda del ejército hubiera entonces vivido en territorio enemigo y las alturas que dominan al Bidasoa constituido una segunda línea y un punto de apoyo en caso de retirada.» Y termina estas consideraciones Marcillac indicando que: «Parece que este plan no fué adoptado por la Corte, y que D. Ventura recibió orden de mantenerse en territorio español.»

«Tuvo, pues, D. Ventura que abandonar su plan de defensa y ejecutar al pie de la letra las intenciones de su Soberano; era preciso impedir la aproximación al Bidasoa y la primera operación debió ser la destrucción del fuerte de Hendaya en la orilla derecha del río, frente a Fuenterrabía y bajo el fuego de esta plaza. Las disposiciones fueron tomadas en consecuencia: varias baterías fueron establecidas en la orilla izquierda del mismo, de modo que batieron uno de los costados del fuerte, opuesto al que está bajo los disparos del cañón de la citada plaza; y el 31 de mayo de 1793 el camino cubierto, la contraescarpa, la galería interior de los parapetos de la batería alta, habiendo sido demolidos por el fuego de la artillería española, el fuerte se rindió y fué inmediatamente arrasado. La artillería de Hendaya consistía en un cañón de hierro del calibre 30, cinco de 24, seis de 18 y varios morteros de 12 pulgadas, encontróse en este fuerte una gran cantidad de balas, bombas, granadas, pólvora y otras municiones y efectos de guerra.»

«Faltaba, pues, a la información proporcionada por Caro, detalles interesantes sobre la conquista del fuerte en cuestión. Y nuestro ilustre General e historiador Gómez de Arteche, considera esta operación militar como contestación de D. Ventura Caro a aquella agresión del 20 de abril al pueblo de Zugarramurdi, y por ello la conquista de la fortaleza de que se trata y el asalto a la montaña de Luis XIV, se imponían de modo terminante, pues los cañones asentados en esta última estaban dispuestos a contrarrestar los disparos de aquellos que los nuestros disponían en las faldas del monte San Marcial.»

Consecuencias de la conquista del fuerte de Hendaya. Los franceses se retiran y toman posiciones a retaguardia, ante Bayona

«Ese fué el primer trance de alguna importancia en aquella campaña, afirma nuestro historiador militar, porque Hendaya quedó desierto con la fuga de sus habitantes, llenos de espanto, sobre todo cuando observaron el paso del Bidasoa por los españoles que, después de rebasar la población, se extendieron por las alturas inmediatas, en que fueron heridos el general Renier y varios oficiales franceses. El terreno de la derecha del río hasta cerca de dos leguas de la orilla, fué recorrida sin contrarresto por nuestras tropas que, cinco horas después y ya quemado el inmediato campo de Biriati, repasaban al suyo con la sola pérdida de seis heridos; tal fué la consternación en que pusieron al enemigo.» Y esta confirmación del historiador español no es aventurada, pues no la disimula el mismo ciudadano Beaujac y no oculta que al día siguiente de la conquista del fuerte de Hendaya, sus compatriotas creyeron deber retirar su campo a la Croix des Bouquets, a una legua de distancia de la carretera internacional. Sin duda alguna, los franceses no ofrecieron en esta acción, que no merece el calificativo de empeñada, una resistencia apropiada.

No varía casi en nada la información que nos facilita Luis de Marillac, de la que lo hiciera la información oficial de la *Gaceta de Madrid*. Tan sólo nos advierte que en la retirada de las tropas de la Revolución, que hubo de verificarse desordenadamente desde las alturas que dominan el camino de Echalar a Sare hacia Ustariz, eran los granaderos de Latour d'Auvergne, bravamente dirigidos por su capitán, los que hubieron de protegerla evitando un verdadero desastre. Y así mismo nos informa el escritor francés que, después de la evacuación del campo de Sare y la toma del fuerte de Hendaya, los franceses, viendo envueltos sus flancos tuvieron que evacuar Biriati, Jolimont y Urrugne, y se trasladaron a retaguardia, estableciéndose en las alturas de Bidart, a dos leguas antes de Bayona.

Nuevos detalles y consideraciones sobre la conquista del campo de Sare

Más amplia la información proporcionada por Gómez de Arteche, nos permite conocer con más detalle la victoriosa toma del campo de Sare por las tropas españolas. Refiriéndose a la decisión tomada por Caro, en vista del retardo de la columna de Lesaca, y a fin de que la columna de la izquierda, que había salido de Vera, no se viera sola al encon-

trarse a manos con el enemigo, de avanzar con algunas compañías que seguían el mismo rumbo e iban mandadas, como sabemos, por su sobrino el Marqués de la Romana y D. Jerónimo Cifuentes, y echando por delante 50 voluntarios de Echalar con oficio de guías y exploradores, fué a dar con los franceses en una borda ocupada por algunos de sus Cuerpos avanzados. Aún dominado aquel puesto, que los franceses defendieron bizarramente, no era dable sorprender el campamento, porque el Coronel Lachapelette, que acababa de llegar con algunos refuerzos y tenían noticias de los proyectos de Caro, les salió al encuentro en la unión de los desfiladeros por donde los caminos de Echalar y Vera cruzan la montaña divisoria de aguas entre las del Bidasoa y la Nivelle. El paso estaba además interceptado por un pequeño reducto que aquél reforzó con dos piezas de artillería conducidas la misma noche de aquel 30 de abril en que recibió la noticia.

Era este reducto, sin duda alguna, el retrincheramiento de que hablaba don Ventura Caro en su carta, defendido por 300 hombres y el que al ocuparlo se encontraron con los dos cañones violentos, o sea con las dos piezas de artillería que acaban de citarse. Las fuerzas españolas que continuaron en la persecución del enemigo, encontraron, según la información de nuestro General, en su avance, a las del enemigo que venían al socorro de las suyas. Eran las del Coronel Lachapelette precedidas de un destacamento del Cuerpo que mandaba, o sea el 80 de Línea, a cuya cabeza iba el heroico y legendario Latour d'Auvergne, que tomó posición en el alto de Santa Barbara que domina el campo de Sare, y que al ver a los españoles desplegaron en batalla al extremo opuesto de la misma colina, según Caro, y a la que no mandó hacer fuego persuadido por la escasa luz del día y por la mucha niebla, de que no eran fuerzas enemigas.

Como expone Gómez de Arteche, «amanecía entonces, pero era tan densa la niebla que cubría aquellas montañas que no se lograba distinguir los objetos ni aún a corta distancia», y confirmando la versión oficial, indica cómo, por esta razón «se llegó a creer que eran españoles y no enemigos los que se oían moverse en la altura opuesta para formar su línea y establecer las varias piezas de artillería que llevaban»; creencia, o en todo caso duda, que por otra parte fué ocasión de que habiendo una parte de la Caballería española realizado movimientos diversos para reconocer la posición enemiga, rechazados a veces por los granaderos de Latour d'Auvergne, les hicieron creer que eran otros ataques en que le habían vencido y maltratado.

No añade nada nuevo Arteche a cuanto nos facilita la información del General Caro y de Luis de Marcillac, y cuando, después de hacer relación del abandono de su campo de Sare por los franceses, manifiesta que la presencia de los nuestros y el fuego de nuestra artillería introdujo el pánico entre ellos, afirma que ni el valor de Latour d'Auvergne ni la energía de Lachapelette lograron desterrarlo de sus tropas, que no por el número igual al de las españolas, sino por su desorganiza-

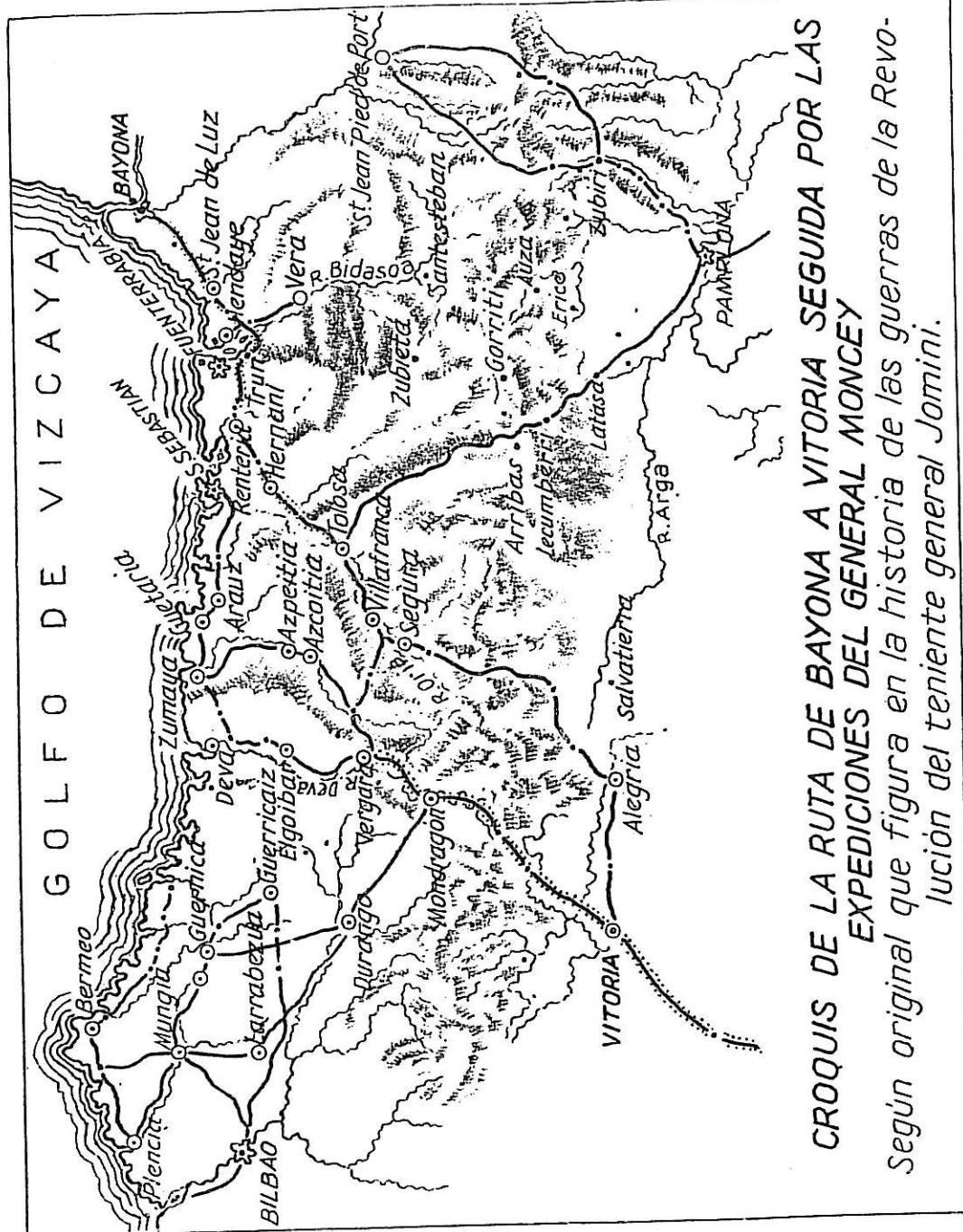
ción y anarquía, estaban incapaces de medirse con ellas. Su retirada a Ainhoué fué desastrosa, dejando en el camino piezas de artillería y heridos en número considerable; y sin la necesidad de ocupar el campo de Sare y de destruirlo después, Caro hubiera podido hacerla más aún cuando sus jefes trabajaran cuanto era dable para contenerla.

El Teniente General Jómini, en su *Historia Crítica y Militar de las Guerras de la Revolución*, en el capítulo XVIII del tomo III, libro IV de la misma, comentando los combates y acciones de guerra de que estamos tratando, expone que la facilidad del golpe de mano llevado a cabo sobre el campo de Sare, denotaba suficientemente lo que era posible de intentar con empresas más serias sobre los campos de Jolimont, Saint-Jean-de-Luz (1), Saint-Jean-de-Pied-de-Port, pero fuese que temiera sobrepasar las instrucciones que del Gobierno hubiera recibido, o que ignorase el estado de abandono de estas plazas, Caro no salió del papel que se le había trazado y se limitó a entretener una guerra de avanzadas a lo largo de las márgenes de la Nivelle.

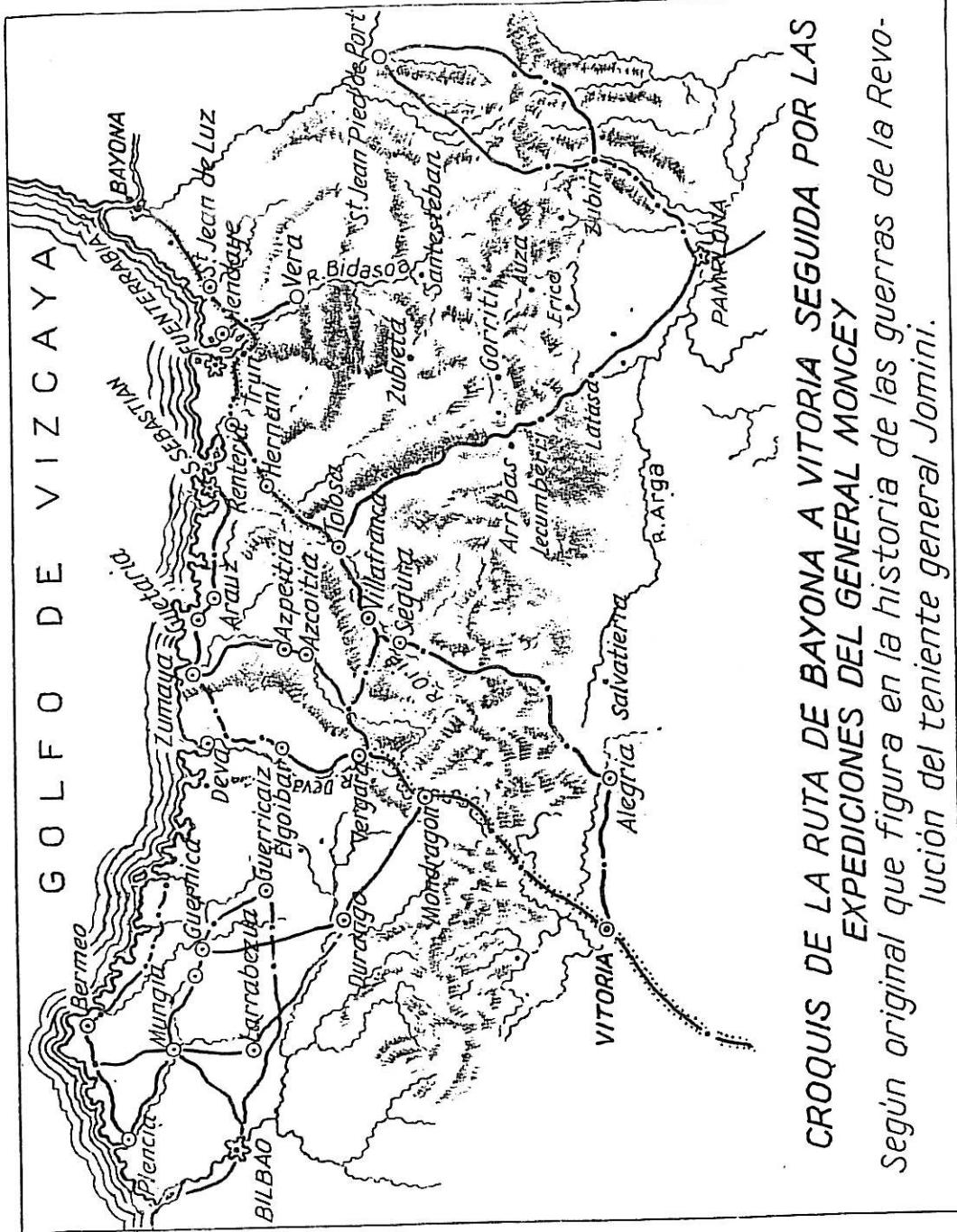
Y Jómini, conforme con las declaraciones que hemos expuesto, declara: «No obstante, la noticia de la derrota de Sare llenó el país de consternación y de espanto; Bayona no estaba en mejor estado de defensa que Perpignan y se la creyó en vísperas de ser sitiada. El General Servant fué llamado desde Toulouse por los clamores de los clubs que le reprochaban de haber quedado pasivamente en el centro desde el cual nada podía hacer, en tanto que el enemigo aplastaba sus dos alas. El logró, no obstante, disipar los temores por prontas disposiciones. El conducto de Hendaya fué evacuado, así como el campo de Jolimont. Todas las tropas se concentraron en Vidart, ante Bayona. No quedó en San Juan de Luz más que una vanguardia de dos batallones y cien caballos, y en San Pee, un cuerpo de Granaderos bajo el mando de Latour d'Auvergne.»

«Esta concentración, de la que se hizo un cargo criminal a Servant, debido a que la evacuación fué tumultuosa y que costó la pérdida de algunas piezas de artillería, tuvo la doble ventaja de cubrir a Bayona y de facilitar la organización del ejército. El General Dubouquet, a quien Servant había confiado el campo de Vidart, concluyó la instrucción de los batallones de voluntarios y los sometió al yugo de la disciplina, y el aplomo que las tropas adquirieron resarcíó cumplidamente de la pérdida de un puesto insignificante.» Pero, ahora bien, un juicio crítico hemos de emitir nosotros sobre esta última afirmación del ilustre historiador militar. Si la pérdida de un puesto como el de Sare por su situación en el valle de la Nivelle y centro de camino en aquella región pirenaica merecía calificación tan medrada, ¿cómo se comprende que su conquista hubiera podido fácilmente implicar las de los campos franceses por él indicados? Sin duda alguna Jómini no se dió cuenta de que su afirmación era un contrasentido manifiesto.

(1) Lámina núm. 3.



CROQUIS DE LA RUTA DE BAYONA A VITORIA SEGUIDA POR LAS EXPEDICIONES DEL GENERAL MONCEY
Según original que figura en la historia de las guerras de la Revolución del teniente general Jomini.



Influencia de la toma de este campo y de las anteriores conquistas en el ánimo de los franceses y en la esperanza de los españoles

De cuanto acaba de exponerse, se deduce claramente cuán justificada era aquella noticia que la Marquesa de Lozoya daba en su carta del 10 de mayo del 93 a su Mayordomo de Segovia: «Hay franceses en los Alduides (1). Hasta ahora no hay ejército formal y *tienden un miedo terrible a los españoles.*» Y comentando el hecho su descendiente el Marqués, que publica su epistolario, manifiesta que «en efecto, parece que los primeros triunfos españoles tenían amedrantadas a las tropas francesas», y aduce, para su mayor confirmación, un testimonio extranjero: «La noticia de aquel suceso—dice el ciudadano Beaulac, refiriéndose a la toma de Sare—se extendió al instante a Bayona. La consternación se apoderó de todos los ánimos; el abandono en que se hallaba hacia temer, con razón, que el ejército español, cuya fuerza se exageraba, fuese a intentar el asalto de la plaza.»

En este estado era lógico que los franceses temieran, como se ve, la entrada de los nuestros en su territorio, así como los españoles creyeran que, en efecto, la invasión del suelo francés era cosa inmediata. Y bastaba cualquiera movilización de tropas, cualquiera concentración de ellas, para suponer que la realización del propósito iba a cumplirse.

En carta del 13 de mayo del año citado, la Marquesa de Lozoya, refiriéndose a su esposo, escribía a su Mayordomo: «Luis me escribe... que antes de aier le envió un aiudante el marqués de la cañada (2) para que alojase en el pueblo donde esté doscientos voluntarios de Aragón; en un lugar que tiene treinta casas i está el regimiento, ¿cómo avrán quedado?; que detrás venía Caro con 1.200 granaderos provinziales, los rejimientos de Infantería León y América, los que se unen con la Corona y el Inmemorial, i las dieziseis compañías de granaderos que estavan en las fábricas de Orbaiceta y Eguí. Dizen entran por aquí a tomar los aldudes y Vaigorri i después San Juan de Pío Porto; este dizen que está vien guardado. Los regimientos de Avila, Segovia y Plasencia dizen quedarán guardando sus puestos, pero si toman los Aldudes, puede ser los pongan en ellos, que es meterlos en Francia.»

Si el amor propio hacía creer a los españoles que por su bravura y disciplina la victoria había de estar de su parte, por otro en su conciencia reinaba la idea de que la maldad de los revolucionarios, derrocadores del Trono y del Altar, tenía que acarrearles un duro castigo de

(1) Montes elevados que constituyen la divisoria entre los valles de la Nive y de Baztán. En su extremo oriental—Monte Lindux o Lindus—informa Arteche que los franceses tenían establecido un puesto de vigilancia que ejercía dominio sobre la cordillera.

(2) El Marqués de la Cañada Ibáñez, Comandante de la fábrica de Orbaiceta.

la Divina Providencia, y cualquier suceso adverso para ellos o cualquier infundio propagado en tal sentido, era acogido por la opinión pública como una prueba justificada del hecho y así, refiriéndose a la falsa noticia de que, San Juan de Luz y el Castillo se habían *quemado en la mitad*, no sabiéndose si el incendio fué casual o provocado, con noble ingenuidad, el 24 de mayo escribía en una de sus misivas, dando cuenta del suceso, lo siguiente: «Dios quiera que salgan verdaderas; lo cierto es que estando jugando Artacho le llegó la orden de que marchasen oí a las diez junto a donde está Luis; como el tiempo se a mejorado, sin duda querrá entrar Caro... Acavan de dezirme caió una chispa en la mina que azian en san juan de luz i que se avia volado la maior parte del Castillo, i que Caro, con los granaderos, iva allá. Si es así, parece cosa milagrosa que ellos mismos se vuelan. Es preciso esperimenten el castigo, que son mui malos.» Y convengamos en que, realmente, no era posible calificarlos de otro modo.

De conformidad con cuanto hemos expuesto con anterioridad acerca de las consecuencias que pudieran acarrear los hechos citados, sobre todo la pérdida de Sare para los españoles, Beaulac reconoce que podían ser muy funestos; los españoles dueños de Sare podían envolver las tropas colocadas en Hendaya y Jolimont; desde luego, como los débiles medios que entonces poseía el ejército, era una pérdida considerable la de tres cañones y doscientas tiendas de campaña.

Los españoles abandonan las posiciones conquistadas. Juicios críticos sobre esta determinación por el Conde de Clonard

Desde luego, este abandono de las posiciones conquistadas no podía por menos de dar lugar a disminuir el efecto de la victoria por los nuestros obtenida, y acaso, por esta razón, Clonard no se manifiesta muy conforme con la conducta observada por nuestro Alto mando, considerando que Caro al tomar la ofensiva en la forma que hemos visto, había traspasado el papel que se le asignara. «El pensamiento —declara—era en sí estéril y sólo debía producir una efusión de sangre inútil, porque aquel pequeño cuerpo, sin esperanza de fuertes socorros inmediatos, podía alcanzar a lo sumo conquistas efímeras o cambio de posiciones precarias y desventajosas. Un paso sobre el Bidasoa con tan escasos elementos, hacía más humillante la derrota que andando el tiempo habíamos de experimentar. Sin embargo, la situación de los franceses excitaba poderosamente a intentar cualquier movimiento progresivo. Cubrían éstos tres campos atrincherados en un radio muy extenso y con débiles articulaciones. La principal fuerza, consistente en dos mil y tantos hombres estaba en el pueblo de Hendaya, apoyando su cabeza en el fuerte de esta denominación, y cubriendo su frente

con algunas alturas empinadas, pero irregulares. Cinco batallones formaban la izquierda sobre la montaña de Luis XIV, conservando una tensión violenta para enlazarse débilmente con otros dos batallones que protegían a Jolimont. Por último, el centro, compuesto de tres batallones, ceñía las alturas de Sare, delante de Zugarramurdi.»

Asegura Clonard que esta posición era muy poco firme, aunque reconoce que Caro, a la cabeza de tres o cuatro mil hombres podía cortar con su espada una de estas alas y el resto de la línea caía por sí misma, sin necesidad de nuevo esfuerzo. «El general español quiso realizar este proyecto el día 30 de abril, pero dándole una latitud indebida. Nuestras tropas cruzaron animosamente el Bidasoa, y en vez de cebarse en una extremidad de la línea, anunciaron desde el principio un ataque general contra ella. No obstante, reconociendo oportunamente su error, Caro se lanza con el nervio de su infantería sobre la montaña de Luis XIV y se apodera de ella, sacrificando o precipitando en la fuga a los franceses que la defendían. Acudió el general Regnier para sostener a los suyos con la voz y el ejemplo, pero fué herido, alcanzando igual infiusta suerte algunos oficiales que le acompañaban. En aquel día habrían perdido los franceses su línea avanzada, si Caro, redoblando los primeros y energéticos golpes, se hubiera circumscripido a la posesión absoluta de la montaña de Luis XIV, mas decidiéndose a continuar su movimiento arrollador con más intrepidez que prudencia, atrajo sobre sí al enemigo reorganizado, empeñándose un choque sangriento, cuyo desenlace puso a los españoles en la precisión de repasar concertadamente el Bidasoa.»

La enseñanza que estos hechos podía proporcionar resultaba bien clara para el ilustre General historiador español. Y así se expresa: «Era, pues, no la fuerza del enemigo, sino la fuerza de las posiciones la que contribuía a sostener este río como línea divisoria entre ambos ejércitos. Caro, obstinándose en no comprenderlo así dispuso otro ataque contra el campo de Sare en la alborada del 30 de abril; esta operación, aunque infecunda para el porvenir de la campaña, estaba perfectamente concebida.»

**Es nombrado General en jefe del
ejército francés el General Servant.
Se dispone a contener el avance
español**

El General Servant, que no obstante inspirar poca confianza a los jerifaltes de la Convención por haber pertenecido al partido de los Girondinos desempeñando el Ministerio de la Guerra, hubo de ser nombrado General en Jefe del Ejército de los Pirineos, y habiendo llegado a Bayona, ante la peligrosa situación que en este sector de la guerra se había desarrollado, el 2 de mayo ordenó la formación de un cam-

po en Bidart, así como la evacuación de Hendaya y de Jolimont, según hubimos de indicar. Ante la amenaza de un avance del Ejército español sobre la ciudad en cuestión, 200 Dragones del 18 Regimiento y del tercer Batallón del Hérault, fueron destinados a engrosar su guarnición. Este batallón vivaquéó durante dos noches en las alturas d'Arcangoïts y algunos dragones llegaron a Sare, que encontraron evacuado.

Dejemos al testimonio del historiador francés la descripción de la evacuación de Hendaya y de Jolimont: «Esta última operación tuvo lugar del modo más tumultuoso, pareciéndose mucho a una derrota, aunque el enemigo no hubiese realizado el menor movimiento. No obstante, el terrible pánico que se había apoderado de las tropas, los efectos del campamento fueron salvados, pero dejóse en el fuerte de Hendaya municiones de guerra y de boca, así como dos morteros de 12 pulgadas, 3 piezas de 16 en bronce, tres piezas de 18 y cuatro de 24 de hierro.»

Reconoce Beaulac que «lo adverso de las circunstancias, infundiendo en el ejército un espíritu sombrío y desconfiado, relajaba los lazos de la disciplina en grado extremo, y los reveses agravaban el mal, cuya causa fundamental era la anarquía de las ideas y la presión revolucionaria efectuada de abajo arriba.»

«El general Servant estableció el ejército de la derecha en el citado campo de Bidart para defender la plaza de Bayona. Comprendía que en el estado de desorganización en que se encontraban las tropas era preciso ir las amoldando poco a poco a las instituciones militares y que colocarlas en este momento en una posición expuesta a ser disputada, era entregar al azar del más ligero revés la salvación de toda la frontera. No obstante, colocó una vanguardia de dos batallones y de cien dragones hasta San Juan de Luz; envió los granaderos del ejército a las órdenes de Latour d'Auvergne a Saint Péé, a una legua a retaguardia de Sare. Los españoles que habían venido algunos días antes a este sitio, habían impuesto una contribución de ganado sobre este término municipal en el plazo de ocho días, pero esta contribución no fué pagada y los españoles no vinieron. Hacia mediados de mayo los granaderos ocuparon la posición de Serres, que vigilaban las gargantas de Ascaïn y de Olette y el 2.^º y 3.^º batallón de las Landas con los cazadores establecieronse en Saint Péé.»

«El campamento de Vidart apoyaba su derecha en el mar y su izquierda en una casa llamada Contesta. La meseta, a la derecha del gran camino, cerca de la iglesia, estaba también ocupada por un batallón y por algunas piezas de artillería para batir los alrededores». Considera Beaulac, que este campamento puede conceptuársele como el de la época de organización del ejército francés: «La llegada de los reclutas, resultado de la leva de 200.000 hombres ordenada por la Ley del 21 de febrero, un ejercicio continuo, una disciplina más regular y, sobre todo, el mando ordenado y firme del general Dubouquet, dieron

en poco tiempo una aptitud verdaderamente militar a este cuerpo de tropa.»

Atendiendo a las declaraciones del escritor francés, cuyo relato estamos transcribiendo, «durante este tiempo, los españoles se mostraron débilmente. Descendieron del coll de Maya hasta Ainhouë. Por la derecha entraron en Urrugne, pasaron a Jolimont sin querer esperar a nuestra vanguardia que marchaba hacia ellos. Insensiblemente esta vanguardia fué reforzada por algunos batallones que quedaron colocados detrás de Ciboure, y a fines de mayo, una gran parte del campo de Bidart vino a juntarse con esta vanguardia. Entonces establecióse el centro de este pequeño ejército en las alturas de Bourdagain, la derecha en las situadas delante del fuerte Socoa, en dirección hacia la costa y la altura de Cantarabita, y la izquierda camino de la garganta de Olette, formando un repliegue hacia Belchenéa. La vanguardia ocupaba Urrugne, posición ésta que fué consolidada después del movimiento que se dispuso hacer a la derecha y a la izquierda, llevando la primera al campo de los sans-culottes, y la segunda a la posición que va desde el camino de Olette a Urrugne, de esta suerte colocada en un entrante.»

**Disposiciones tomadas por ambos
ejércitos desde la toma de Sare
hasta la conquista de Castell
Pignon**

No nos facilita la información oficial de nuestra Patria referencia alguna sobre la actitud de nuestro ejército, pues, después de la *Gaceta* del 2 de mayo, dando cuenta de la acción sobre el campo de Sare, la del 14 de junio era la primera que volvía a tratar de las operaciones militares en esta zona occidental de los Pirineos, refiriéndose brevemente a la conquista del fuerte de Castell-Pignon y advirtiendo que el General Caro ofrecía escribir la acción más detallada. Es Gómez Arteche el que nos informa cómo entre tanto los franceses reorganizaban sus frentes defensivos: «No andaban ociosas las armas españolas en el otro extremo de su línea, esto es, por la parte de los Alduides y Roncesvalles. Los franceses habían formado otro campo en una posición verdaderamente privilegiada que, además de dominar todo Valcarlos hasta la plaza de Saint-Jean-Pied-de-Port, base de sus operaciones por aquella parte, amenazaba de cerca todos los puestos de la frontera española y el del collado histórico de Ibañeta, entre ellos, paso de la cordillera entre Roncesvalles y Arnegui, donde acaba nuestro territorio por aquel rumbo. Castell-Pignon era, con efecto, más que una posición, una fortaleza que, bien guarneida, debía poner en cuidado a nuestra línea en su extrema derecha; y comprendiéndolo así los franceses, habían añadido a las excelencias naturales de tal puesto, cuantas artifi-

ciales pudieron imaginar, bien con hondas cortaduras, bien con altos y espesos parapetos en los varios escalones que van formando la montaña coronada por el castillo, bien presidiado entonces y provisto de artillería. Aumentaba la fuerza del sitio la circunstancia de su corta distancia a los Alduides, desde cuyo extremo oriental, el Lindus, ejercían y, si no, podían ejercer los franceses una vigilante observación y un dominio difíciles de evitar, sobre la cordillera y Valcarlos, amenazando siempre a los cuerpos españoles que se dirigieran al ataque de Castell-Pignon o a Arnegui por el mismo hondo y áspero camino en que pereció la flor de la caballería de Carlomagno.»

En las circunstancias que se señala, lógico es pensar: «Que si los franceses tenían interés en conservar aquellas posiciones que les proporcionaban el pleno dominio de paso tan importante, mayor era en los españoles, ya que desde ellas podría ser invadido el territorio en que se hallaban dos establecimientos militares como los de Eugui y Orbaiceta y poner en peligro los puestos de Roncesvalles y Burguete en la carretera, siquiera difícil, pero siempre practicable de Pamplona.»

Hemos de confiarnos, una vez más, al testimonio francés. Las hostilidades no comenzaron por la parte de San Juan Pied de Port hasta mediados del mes de abril del año 1793. «Los españoles presentáronse en el Coll de Ispeguy, del que fueron prontamente desalojados, invadieron, igualmente Ondarolla, que abandonaron a la aproximación de los franceses, que penetraron hasta el pueblo de Lussaide saqueándolo.» A fines de abril la división de Saint Jean Pied de Port se componía de seis batallones y medio, diez compañías de cazadores vascos y otra compañía franca llamada del Louvre. Una feliz emulación había llamado a servir bajo las banderas francesas estas diez compañías de cazadores vascos. Beaulac retrata a estos cazadores en la forma exuberante de que dimos cuenta en capítulo anterior de esta obra, rechazando su afirmación de que ellos contribuían al terror de los nuestros. Y recordaremos que no era ciertamente la subordinación y la disciplina las que les caracterizaban.

El General Lagenetiere mandaba esta fracción del ejército y el de Brigada Nucé no ejerció más que accidentalmente las mismas funciones antes que él se encargara del mando. Los franceses tenían que organizar la defensa de este sector, y el campamento principal, compuesto sólo de tres batallones, fué establecido en la ruta de Pamplona, detrás de Chateau Pignon, a mitad de camino de Orisson a Altobiscar. La meseta sobre la que asienta el campo estaba atravesada a lo largo por un débil rediente que terminaba en una vieja covacha, en donde en otro tiempo estaba construido un castillo. Se había hecho en este sitio una especie de ciudadela, y en ella hallábanse emplazados dos cañones de a 8; la vanguardia, con doce compañías de cazadores venida de la derecha a las órdenes del capitán Moncey, se había establecido delante de Chateau Pignon. Al pie del campo, y a la derecha de la garreta de Arnéguy, hallábanse dos compañías del 4.º batallón de los

Bajos Pirineos, destinados a ocupar, alternativamente, los puestos de Arneguy y de Ondarrolle.

A la derecha de esta última posición, y a dos leguas y media de distancia, el primer batallón de los Bajos Pirineos y cuatro compañías del mismo departamento defendían los Alduides. Se habían establecido dos compañías de cazadores vascos en el camino que conduce a los colls de Ispeguy y de Bustancelay. El cuarto batallón de Lot y Garona estaba distribuído entre Saint Miguel y la ciudadela de San Juan Pied de Puerto.

Tal era el sistema de la defensa en esta parte de la frontera. El propio criterio del ciudadano Beaulac reconoce que es fácil ver cómo este sistema adolecía de vicios *muy esenciales*. «Con tropas tan poco numerosas no podía adoptarse una disposición en la que fueran diseminadas o esparcidas tan inconsideradamente: valía más, al no poderse guardar convenientemente todos los pasos, no hacerlo con ninguno, puesto que, un poco de celeridad en los movimientos, el enemigo, es decir, nuestras tropas, dueño de una de las entradas de nuestro territorio, podía apoderarse bruscamente de todos los pequeños cuerpos dispersos en una extensión de terreno considerable. No obstante, la desventaja de estar en el llano, hubiéramos asegurado mejor nuestra defensa manteniéndonos en una posición dentro de los alrededores de San Juan de Pied de Port; entonces, circumscribidos en un espacio estrecho, hubiéramos equilibrado la superioridad del número no ocupando más que la cuerda del arco que el enemigo se viera obligado a describir.»

Asegura el escritor francés, contemporáneo de la época en que estos sucesos se desarrollaron, que nosotros oponíamos a sus débiles medios de acción 12.000 hombres de tropas regulares, 600 jinetes y una artillería numerosa distribuída en los valles de Bartzán y de Roncesvalles. Habíamos establecido un campo delante de Altoviscar, puestos de vigilancia al pie de la montaña de Ibañeta, sobre una roca alzada a la izquierda del coll de Berderitz y en la montaña de Ourisca, que domina el valle de los Alduides, de suerte que, según este testimonio, todas las montañas desde Lindux hasta la fundición de Baigorri, estaban en nuestro poder. Recogemos, como tantas veces, tal estimación de cifras con la mayor reserva. No creemos pudieran contar nuestras fuerzas con 12.000 hombres de tropas regulares, cuando poco tiempo antes, es decir, al comienzo de la campaña, se declaraba no ser éstas superiores a los 8.000 combatientes.

El valle de los Alduides, su significación militar en manos de los franceses

Hemos puesto de manifiesto en el capítulo VI de la primera parte de este tomo, la significación militar revestida por el entrante fronterizo del valle de los Alduides; su posesión en mano de los franceses, representaba para nosotros una amenaza constante sobre la retaguardia de las tropas que ocuparan el valle de Baztán. No es, pues, extraño que el escritor de quien estamos tratando afirme «que de todos los lugares de su territorio el más expuesto y el más codiciado por el enemigo, eran los Alduides, comunicación natural de los valles de Baztán y de Roncesvalles. Todo parecía reclamar el completo abandono de este vallecillo salvaje, su aislamiento, sus numerosas salidas, nuestra debilidad y, sobre todo, la insuperable aversión de los habitantes por una causa abrazada por los Baygorrianos (1). El Coll de Berderitz, en el que se había construido un pequeño reducto, estaba en poder nuestro.»

Una circunstancia satisface el orgullo patriótico del ciudadano Beaulac: «A pesar de esta peligrosa situación conserváronse los Alduides durante un mes y medio, no obstante las fatigas excesivas de las tropas. Fué sobre todo al valor brillante del primer batallón de los Bajos Pirineos, a los talentos y a la actividad de su jefe el ciudadano Desolimes, a quien se debe, no diremos solamente esta larga posesión, sino más aún la salud de las tropas acantonadas en este valle.»

Sin duda alguna, la necesidad de ocupar el valle de que se trata estaba en la conciencia de todos cuantos participaban, más o menos activamente, en las operaciones militares que se desarrollaban en esta zona fronteriza, según dijimos anteriormente, transcribiendo conceptos de la Marquesa de Lozoya en una de sus cartas del 13 de mayo, desde Pamplona.

Los españoles intentan apoderarse del coll de Berderitz

No nos ofrece la información oficial española referencia alguna a las acciones o movimientos que pudiera realizar nuestro ejército en este sector hasta que el general Caro determinó la conquista del fuerte de Castell Piñón. Sigue siendo Beaulac el que nos informa de cómo el 18 de mayo, los españoles realizaron grandes esfuerzos para apoderarse del coll de Berderitz, que les hubiera hecho dueños de los Alduides. Las dos compañías que defendían este puesto, atacadas al

(1) Los habitantes del pueblo de San Esteban de Baygorri, situado en la margen derecha del río Alduides, en la desembocadura del valle al norte el mismo.

despuntar el día por 1.800 hombres, se replegaron detrás del reducido. Afirma el referido escritor que: «En vano, poseedores de todas las alturas que dominan el coll, los españoles realizaron toda suerte de esfuerzos durante dos horas casi, para hacer retroceder a este débil destacamento; la resistencia fué suficientemente larga para dar tiempo a Desolimes para acudir con seis compañías. Reanimóse el combate y duró hasta las tres horas después del mediodía, entonces, la compañía de granaderos del primer batallón de los Bajos Pirineos se encamina hacia la retaguardia española, que huye en desorden a través de los bosques que cubren estas montañas.»

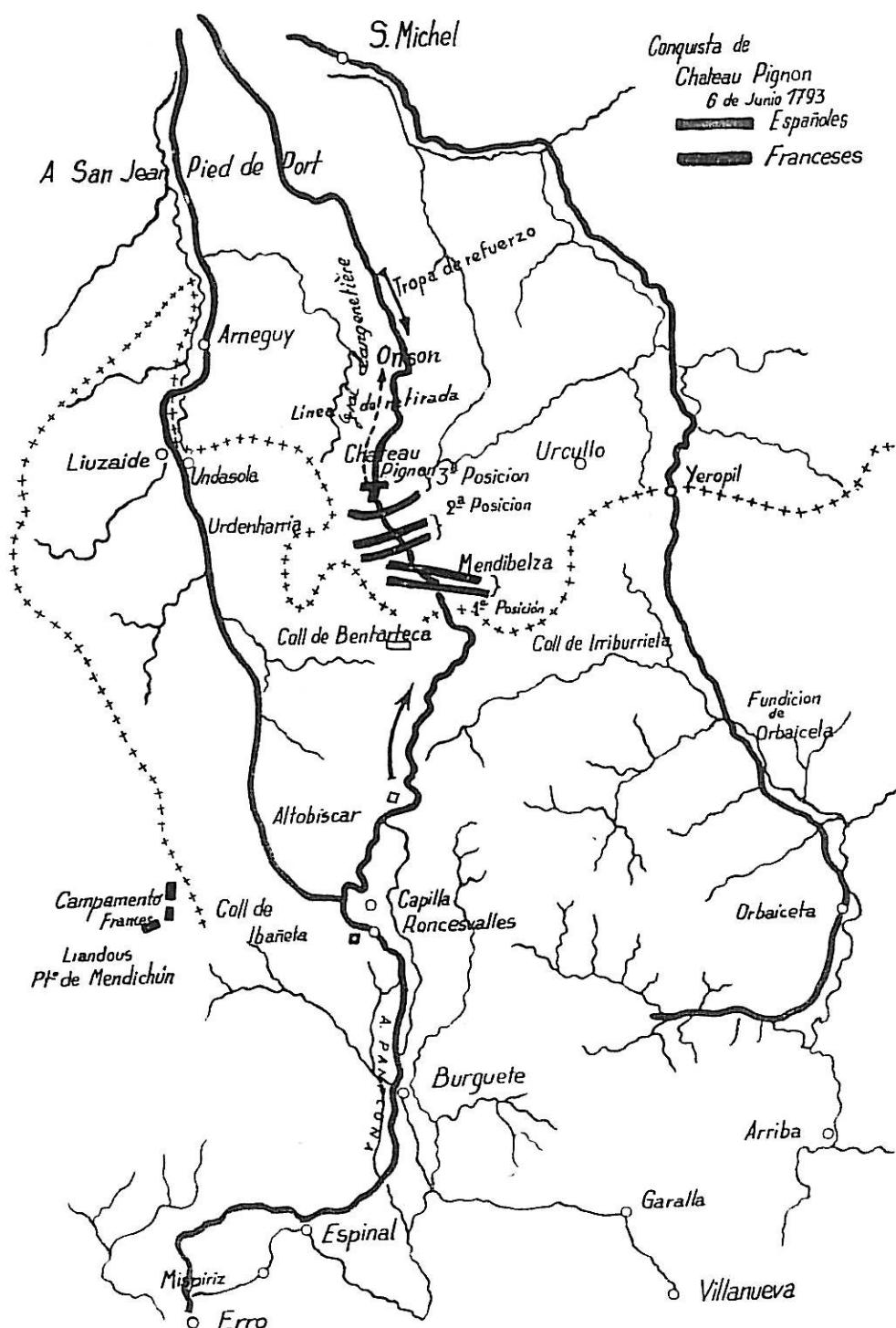
Aún suponiendo que la acción se desarrollara en la forma tan favorable con que se describe en el anterior párrafo, es lo cierto que después de ella los franceses pensaron seriamente en abandonar los Alduides. Y la causa no podía ser más imperativa: «Las tropas estaban agobiadas de fatiga por las vísperas de cada noche, por los combates de cada día, y no existían en la división batallones frescos para relevarlas. La evacuación de los Alduides fué efectuada el 27 de mayo durante la noche; se hizo en buen orden y silenciosamente, puesto que era preciso pasar por el pie de la montaña de Ourisca, ocupada por los españoles.»

**Los españoles descienden al valle
de los Alduides. Son acogidos favo-
rablemente por los naturales**

Tenían necesidad los franceses de asegurar su posición ante el valle de los Alduides. Y, en efecto, las tropas que lo habían evacuado quedaron establecidas ante la fundición de Baygorri. El primer batallón de los Bajos Pirineos ocupaba el pueblo a la entrada de la garganta y roca de Araca; el cuarto batallón del mismo departamento, con dos compañías de cazadores vascos, campaba en la meseta de Iramehaca, a las órdenes del ciudadano Mauco, jefe del cuarto batallón, y, finalmente, el coll de Ispeguy quedó guardado por el tercer batallón de la Dordogne, que hacía poco que se había incorporado. «Los españoles no descendieron a los Alduides hasta tres días después de la partida de los franceses.» Reconoce Beaulac que fueron acogidos muy favorablemente por sus habitantes, que se enrolaron en su mayoría en las compañías organizadas para el servicio de España; ¡hombres equivocados, más para compadecer que para despreciar en su misma defeción, puesto que, casi todos ellos hubieron de perecer con las armas en la mano! Agradecemos al ciudadano francés este juicio compasivo de aquellos de sus compatriotas que hubieron de mostrarse partidarios de nuestra causa, más que por ser española, por representar la defensa de aquellas instituciones tradicionales, tan lealmente por ellos respetadas.

Vemos, por cuanto queda expuesto, cómo las disposiciones tomadas por el General Caro, y cómo en consonancia con ellas, la marcha de los acontecimientos se encaminaban a fortalecer el centro y sector izquierdo de la frontera franco-navarra, y en tal propósito Castell Piñón había de constituir el principal objetivo, tanto táctico como estratégico de la empresa militar.





Croquis para seguir las operaciones de la conquista de Chateau Pignon.

CAPITULO II

CONQUISTA DE LA FORTALEZA DE CASTELL-PIÑON (CHATEAU-PIGNON)

Primeras operaciones en el valle de Valcarlos



A noble imprudencia de guerrear excitaba siempre a los ardientes españoles, empeñados en consumirse en estériles esfuerzos. Mil quinientos hombres se lanzaron de improviso sobre Valcarlos; echaron violentamente a los pocos franceses que había en él y se mantuvieron, con extraña imprevisión, en este punto insostenible. Cargó al poco tiempo sobre ellos un cuerpo enemigo; el ataque fué vigoroso y bien dirigido, la resistencia sobresalió por el brío y tenacidad que desplegaron los nuestros, mas ni pudieron conservar aquel punto destacado de toda base sólida de operaciones». Tal es la referencia que del hecho nos ofrece el Conde de Clonard, la cual viene completada por la que nos facilita Beaulac, al exponer cómo: «Después del éxito alcanzado por los nuestros en los Alduides los movimientos posteriores anuncian el pronunciado deseo de apoderarse de todos los colls y desfiladeros de las montañas que aún se hallaban en su poder. Desde luego, la recuperación de Valcarlos, que se había perdido desde el comienzo de la lucha, se imponía, más por condescendencia hacia los habitantes que así lo deseaban, que por otro motivo cualquiera de interés o utilidad militar.»

«El 25 de mayo, al mediodía, mil quinientos hombres entraron en Lussaïde; dos compañías del 4.^º batallón de los Bajos Pirineos que defendían este valle, se replegaron en una roca más allá de Arneguy. Los españoles avanzaron hasta llegar a dos alcances de fusil de este último pueblo, poniéndose a trabajar en el campo para fortificarse en Lussaïde y Ondarrola (Ondarrole). Al día siguiente por la mañana, orde-

nóse al 4.º Batallón de Lot y Garona, al 3.º de las Landas y a dos compañías de los Bajos Pirineos, de atacar al enemigo de frente, mientras 200 hombres, acantonados en Lasse, caerían sobre su retaguardia. Doscientos hombres descendieron del campo de Chateau Pignon con dos piezas de campaña, que fueron establecidas a tres horas, cerca del mediodía, en la falda de la montaña de Ondarrolla; apenas hubieron disparado dos o tres veces cuando el enemigo, sorprendido y espantado, huyó con la más grande precipitación». Mas la posición de Lussaïde no se juzgó prudente fuése mantenida por las tropas francesas, dada la peligrosa situación, y por ello fué nuevamente abandonada, replegándose sobre Arnéguy, después de «arrojar a todos los españoles de este cantón». Así lo afirma el escritor francés.

Informa éste, asimismo, que: «Antes de salir del pueblo de Valcarlos el Ayudante General Junker, dió las órdenes más severas para que no fuese dañado, mas apenas las tropas habían partido y a mitad de un cuarto de legua, las llamas prendieron en varios sitios a la vez, sin poderse descubrir a los autores de este incendio. Seinejantes sucesos son siempre enojosos, y el menor inconveniente de ellos es el de dar lugar a justas y crueles represalias.» El juicio no puede ser más exacto. Responde a la triste realidad de los hechos.

El General Caro se dispone a conquistar la fortaleza de Castell Piñón. Dificultades para realizarlo

Se imponía desalojar a los franceses de Château-Pignon, a fin de apoyar la derecha de la línea de defensa y de cubrir Navarra. A las dificultades que representaba la naturaleza, dada la aspereza de las montañas que no ofrecían caminos practicables para la artillería, se unían las nieves y las lluvias propias de la estación invernal. Todas ellas serían superadas por la constancia de Caro, el celo de los habitantes del país, el valor de las tropas y la adhesión de los de Valcarlos.

«Poco acobardados por el ligero fracaso de Lussaïde, los españoles inquietaron cada vez más a los franceses, y túvose vivos temores sobre la suerte del campo de Château-Pignon. Cinco compañías del primer batallón de los Bajos Pirineos, al mando de su jefe Desolimes, recibieron orden de trasladarse a él, y el 3 de junio abandonaron la fundición». Efectivamente, el propósito de don Ventura Caro, iba a realizarse, según propia declaración suya claramente manifestada en la relación que de la acción ocurrida más tarde en Castell Pignon el día 6 de junio, comunicó a la Superioridad y que, de orden del Gobierno hubo de trasladarse a la letra para noticia del público en la *Gaceta de Madrid*, del 5 del julio de 1793.

«Desde el día 13 de mayo—declaraba nuestro General— en que del valle de Bartzán vine a Burguete con 4.000 hombres para atacar a los

enemigos, y desembarazar la derecha de Navarra y la frontera de Baztán que amenazaban, y en que tenían varios puestos ocupados desde los cuales insultaban todos los días al mismo valle, a la fábrica Real de municiones de Eugui y a la de Orbaiceta, hasta fin del mismo mes, no ha cesado de nevar, granizar y llover; y el camino de Altoviscar por San Juan de Pié de Puerto, se hallaba tan cubierto de nieves, que parecía impracticable abrir por ellas el camino; pero como los vecinos del valle de Valcarlos, que habían sido arrojados de su pueblo por los enemigos, y saqueadas e incendiadas sus casas, clamasean porque se las recuperase, les manifesté la imposibilidad de conservar el Valcarlos mientras los enemigos campados en Castillo Piñón fuesen dueños de las alturas de Ondarola, que por la derecha del arroyo le dominan, y que para desalojarlos de la posición tan ventajosa que ocupaban, era preciso abrir antes el camino de Altoviscar para el tránsito de las tropas y artillería. Conocieron los valcarlianos la solidez de estas razones, y se ofrecieron a abrir el camino de Altoviscar, y no obstante los tiempos tan crudos que hacían, lo tomaron con tanto empeño, que en seis días dejaron el camino transitable.»

El propósito de Caro era firme, no obstante que el oportuno reconocimiento de la línea o frente enemigo le hizo ver lo ventajoso de la posición que ocupaba: «El día 1º de junio se descubrió por la primera vez el sol, y lo aproveché para reconocer la posición de los enemigos desde la loma de Mendibelza, que es la más inmediata a la peña Urdenharia que ocupaban sus tropas, y aunque reconocí lo ventajoso de su situación, resolví atacarles, a cuyo efecto mandé aprontar doce piezas de artillería y colocar los cañones de a 12 en lo alto de Mendibelza, y que acampasen en el collado de Bentartea los voluntarios de Aragón, todas las compañías de alternación y seis compañías de granaderos.»

Mas esta disposición no era suficiente, y el día 2: «Fué el Cuartel Maestre general a acampar las tropas, y habiendo encontrado la loma Mendibelza ocupada por los enemigos, los desalojó y dejó para su guardia algunos voluntarios de Aragón y las compañías del Marqués de la Romana, campando en el collado de Bentartea el resto de voluntarios de Aragón, todas las compañías de alternación y las seis de granaderos del ejército; colocó en lo alto de Mendibelza dos cañones de a 12, uno de a 8 sobre el camino que enfilaba toda la avenida, y para providenciar lo conveniente en cualquier ocurrencia, quedó aquella noche en el campo.»

**Los propósitos del General español
son contrariados a causa del mal
tiempo**

El intento del Alto mando español hubo de verse contrariado a causa de lo desfavorable del tiempo, pues, según informe suyo: «El día tres concurrieron todas las tropas de artillería al punto de Mendibelza, de donde debía comenzar el ataque, pero habiendo cubierto aquellos montes una densa niebla, no pudo verificarse, y habiendo aguardado inútilmente hasta las tres de la tarde, por si la fuerza del sol la disipaba, mandé retirar las tropas». Esta retirada que parece muy lógica por las razones que se expresan, y que pudo verificarse acaso con alguna dificultad por presiones más o menos fuertes de los franceses, si hemos de atenernos a la información del ciudadano Beaulac, tuvo todos los caracteres de un revés para los nuestros y de una acción gloriosa para los suyos. Después de indicar, como vimos anteriormente, cómo en la citada fecha las cinco compañías del primer Batallón de los Bajos Pirineos, al mando de su jefe Desolimes, recibieron orden de regresar, abandonando la fundición establecida al norte de Iraméhaca.

Informa, en efecto, el historiador aludido: «Fué en este mismo día, a las tres horas de la tarde, cuando todos los puestos avanzados ante la fundición fueron atacados. Gruesos destacamentos descendidos del campo de Iraméhaca, con dos pedreros, cerraron el paso de la garganta de Arneguy al enemigo. Presionaba éste vivamente con fuerzas muy superiores. Cien hombres situados en los peñascos de Araca. El capitán Lamarque, que mandaba en esta parte, animaba a sus compañeros tanto por su ejemplo, como por sus discursos. A mitad de la acción cae muerto atravesado por una bala. La pérdida de este joven, interesante oficial, no debilita el valor del destacamento, que combate hasta la noche; entonces, incapaz de guardar todas las avenidas del puesto, se decide a efectuar su retirada a la fundición, lo que ejecuta, sin dificultad, llevándose el cuerpo del bravo Lamarque..»

«Con la posesión de las rocas de Araca, el enemigo podía fácilmente defender a la fundición, y marchar a colocarse entre el campo de Iraméhaca y Baygorri. Se creyó necesario abandonar la garganta, en la que se corría el riesgo de ser envuelto, y todas las tropas tuvieron orden de retirarse a las montañas de Anaux, desde donde se estaba en disposición de marchar al socorro de Baygorri si era atacado. Antes de la retirada, las tiendas que cubrían el campo de Iraméhaca, fueron entregadas a las llamas, pues se carecía de transportes..»

**Los franceses logran rechazar una
diversión española. Dispositivo es-
pañol para el ataque a la posición
indicada**

«Habiendo logrado llegar a las montañas de Anuax, las tropas francesas sintieron renacer su ardor: era la primera vez que el enemigo había triunfado en un combate con ellas (1); el resentimiento, la vergüenza, agitaban a todos los espíritus; las llamaradas que se elevaban de la fundición y que amenazaban su destrucción total, determinaron las resoluciones más valientes. Era preciso vengar a sus desdichados habitantes, lavar el deshonor de la víspera, preservar Baygorri del pillaje y del incendio. El comandante Mauco ordenó el ataque; 300 hombres van a ocupar la roca de Arola para contener a las tropas españolas, que llegadas por el camino de Lindux a Baygorri, dominan la montaña de Lussaïde. El resto de este pequeño cuerpo de ejército, compuesto de 400 hombres, marcha a la meseta de Iraméhaca; 1.800 españoles en orden de batalla les esperan. Empieza un tiroteo muy vivo: los franceses esparcidos y escondidos detrás de los accidentes del terreno, asestan golpes terribles en las filas presionadas y descubiertas del enemigo. Mauco se dá cuenta, no obstante, de que su izquierda está desbordada, va a dar sus órdenes, y una bala le hiere peligrosamente en la cabeza: *¡No es nada!* exclama, *amigos míos, vengadme!* A estas palabras, el valor de las tropas se torna en furor. Y al momento mismo los españoles destacan algunas tropas para apoderarse de dos casas a su izquierda; tómase este movimiento por una huída, sáltase por todas partes por encima de tales accidentes, precipítase a la bayoneta, avanzando hacia el enemigo, que se desordena y huye en plena derrota; ante tal hecho, todos cuantos cubren la montaña de Lussaïde, se dispersan y desaparecen.»

En este proceso y ardiente exposición, Beaulac, continúa informando: «El Coronel comandante, un ayudante mayor, tres capitanes y muchos soldados, cayeron en nuestro poder; además apoderóse de muchos caballos y de 18 mulas cargadas de municiones. Esta empresa no costó la vida a ningún republicano.» «¡Dichosa suerte!, comentamos nosotros.)

«Cualquiera que fuese la alegría extendida entre las tropas a causa de un éxito tan glorioso, un sentimiento de dolor se apoderó de todos los corazones ante el aspecto que ofrecían las ruinas de la fundición, con tantas casas en cenizas y tantos rebaños destrozados. La devastación había sido llevada hasta los tres cuartos de legua de Baygorri, de este modo, estos desdichados habitantes expiaban el incendio de Lus-

(1) Los mismos hechos anteriormente relatados, muestran la falsedad de tal afirmación.

saíde. Encontróse en la fundición el cuerpo de Lamarque, que el enemigo había respetado, siendo inhumado con los honores de la guerra.»

Las consecuencias de operación tan brillante no tenían que parar aquí: Desolimes, a la noticia de la acción, retrocedió con todo su batallón. Juntóse con las tropas victoriosas en Iraméhaca y los españoles fueron perseguidos durante toda la noche. Combatir, recorrer la montaña, vivaquear, tal fué la ocupación de esta parte de la división, desde el 8 hasta el 6 de junio.»

Pero semejante derrota no debió de desmoralizar, en modo alguno, el ánimo de los españoles, pues, según declaración del propio Caro, el día 4 fué preciso que descansase la tropa por la extraordinaria fatiga que había tenido el día anterior, lo que nos hace suponer que, en efecto, el día 3 hubieron de llevarse a cabo movimientos de tropas de consideración y, acaso algún choque con el enemigo, pero sin llegar a una acción tan empeñada como la que nos describe el escritor francés. Prueba de ello es el que este mismo tenga que reconocer que, a pesar de las proporciones que su relato le diera, dicho ataque no era, sin embargo, más que una diversión por parte nuestra. «Sus proyectos—sigue declarando, refiriéndose a los nuestros—estaban desde hacia largo tiempo fijos en el campo de Château Pignon, porque lo que sobre todo se quería, era asegurar la posesión del solo camino practicable para la artillería.» Y coincidiendo con lo declarado por el General Caro y Luis de Marcillac, sigue diciendo: «Desde el 13 de mayo el General Caro había llegado al valle de Roncesvalles con un refuerzo de cuatro mil hombres. La niebla espesa que cubría las montañas había retardado la ejecución de sus propósitos. En actitud de espera, ocupóse en recoger datos sobre la posición de los franceses. Ofrecían éstos en el campo de Château Pignon un espectáculo de división y de indisciplina que no podía presagiarles otra cosa que reveses. El Comandante, uno de esos hombres populacheros que la Revolución había extraído de la ignominia y cuyo mérito todo estribaba en la audacia y el arte de las relaciones, daba a todo un impulso desorganizador, desacreditando a los españoles, sembrando el terror que causan las traiciones, lamentando hipócritamente ante los soldados los sufrimientos que padecían en un campo malsano bajo un cielo siempre cargado de nieblas espesas.»

«Demasiado firme para obedecer a un jefe tan despreciable, el capitán Moncey había formado de la vanguardia un cuerpo separado, como si hubiese temido a un contagio. Ocupó la altura de Lizerateca y la roca de Undenharria que domina el gran camino. El general Legenetiere, con muy buenas intenciones, no poseía un carácter suficientemente firme para someter a una dirección común espíritus inconciliables.»

«En este estado de cosas, en el que los jefes no querían relacionarse y el jefe principal no osaba ordenarlo, creyóse que la mejor medida a tomar era el fortificar los puestos avanzados con algunas obras.

El 5 de junio, los trabajadores trataron de hacerlo comenzando a cavrar una cortadura profunda en el gran camino, que debía hacer más difícil la llegada de Lizerateca, pero el enemigo les obligó a retirarse.»

Se inicia el ataque a Castell-Piñón

En este día 5 la información del General en Jefe español, daba cuenta de que, una densa niebla había cubierto todos los montes: y el 6, «habiéndome avisado al amanecer que las nieblas estaban bajas y las cumbres de los montes descubiertas, resolví el ataque». Viendo, pues, Caro—expone el General Gómez de Arteche—despejado su flanco izquierdo con la retirada de los franceses al campo de Bidart, se decidió a maniobrar por la derecha a fin de tener completamente expedita la zona foda comprendida entre las fortalezas de Sant-Jean-Pied-de-Port y Bayona, ya que no le era dado acometer la conquista de ellas, así por falta de medios, como por las instrucciones que no cesaba de comunicarle la Corte. Y, trasladándose a Burguete, y haciéndose llevar en litera al sitio de la acción, aquejado por un ataque de gota de los que con frecuencia le asaltaban, el general Caro, puesto a caballo, se dirigió el 6 de junio a la conquista de Castell Piñón al frente, según acostumbraba, de sus tropas (1).

«A las nueve de la mañana—informa Beaulac, refiriéndose a este día 6 que nos ocupa—comenzó una de las acciones más sangrientas de esta guerra, entre nuestra vanguardia fuerte, de 1.500 hombres, y el ejército español, que contaba 8.000 soldados de línea, 200 caballos y una artillería formidable; 10 batallones de milicia atendía, por otra parte a la seguridad de las fábricas de Eugui y de Orbaiceta.» No podemos aceptar como exactas estas cifras señaladas por Beaulac, inclinado a exagerar la cuantía de nuestros combatientes. Respecto de las de los suyos, afirma don Ventura Caro saber que tenían mucha gente y por eso recelaba que, al tiempo que se viese empeñado en el ataque de *Castillo Piñón*, lo hiciesen simultáneamente a las dos fábricas reales de municiones de Eugui y de Orbaiceta. Luis de Marcillac fija en 4.500 los hombres que ocupaban tres crestas de montaña, y esta cifra es la aceptada por nuestros historiadores militares.

Dispositivo del ejército atacante

Las crestas ocupadas por los franceses no eran fáciles de ser conquistadas: dos de ellas estaban cubiertas de baterías defendidas por atrincheramientos provistos de empalizadas, y guardaban a la tercera

(1) Recordemos que, como expusimos anteriormente en la biografía de Caro, en esta toma de Castell Piñón, de que vamos a dar cuenta, su esposa le acompañó a caballo en varias de las peripecias de aquel reñido combate.

coronada por el fuerte de Chateau Piñón. «Esta posición—informa Marcillac—podía considerársela como inexpugnable, dado que las espaldas de estos tres picos que se elevan sobre una base de montañas escarpadas, están llenas de cortaduras y el único sendero por el cual se puede llegar a los atrincheramientos, es estrecho y al borde de barrancos muy profundos.» Para empresa semejante, nuestro Alto mando tomó disposiciones por él mismo indicadas en su comunicación oficial a la Secretaría de Guerra. Y después de manifestar cómo ante el recelo de que el ataque de Castillo Piñón fué acompañado del de las dos fábricas reales de municiones citadas, expone: «Que para preaverlo dispuso que el 2.º batallón de Granaderos Provinciales de Castilla, con cuatro compañías de voluntarios de Navarra, ocupase el monte Ady y todas las avenidas de los Alduides hacia la fábrica de Eugui. Que el primer Batallón de Granaderos Provinciales de Castilla, el 2.º de Cazadores de Galicia y el 1.º del Regimiento de América, a las órdenes del Brigadier D. Gaspar Paternó, ocupasen el collado de Iriburietá, observasen desde allí nuestro ataque, y atendiesen a la seguridad de la fábrica en caso de que por la parte de Idrovil (1) intentasen atacarla los enemigos, dejando guarnecido el retrincheramiento de Orbaiceta con el Regimiento Provincial de Logroño.»

«Que los Regimientos de Milicias de Plasencia y Soria guarneciesen las baterías de Altoviscar, las de Guirizu y las de Ibañeta; y reparar las tropas destinadas al ataque en la forma siguiente:

»A cargo del Mariscal de Campo D. Ventura Escalante, Mayor General de este Ejército, puse 300 Voluntarios de Aragón, las cinco compañías de alternación del Marqués de la Romana, las tres de D. Ramón García del Postigo, las tres de D. Rodulfo Gautier, las seis compañías de granaderos del ejército del Brigadier D. Joseph Laforest, y la compañía de granaderos de Dragones de la Reina a caballo.

»La primera línea, compuesta de los tres batallones del Inmemorial del Rey, Corona y León, con los dos escuadrones de Dragones de la Reina, la encomendé al Mariscal de Campo D. Francisco Horcasitas; y la artillería a cargo de su Comandante el Brigadier D. Jorge Guilelmi.

»Previne a Escalante que con las tropas ligeras y compañías de alternación abrazase por derecha e izquierda el peñasco Urdenharria, que era la posición más avanzada de los enemigos: Que D. Joseph Laforest con las seis compañías de Granaderos formase algo avanzado a derecha de la primera batería que debía establecerse, e hiciese frente al peñasco, tanto para seguridad de la batería, como para atacar a los enemigos en ocasión oportuna: Que la compañía de Granaderos de la Reina con el mismo objeto formase en una loma a la inmediación y derecha de la misma batería, desde donde tenía libre la salida para aprovechar cualquiera ocasión de atacar al enemigo.

(1) Yeropil.

»Previne, igualmente, al Comandante de Artillería que estableciese una batería de dos obuses, dos cañones de a 12 y dos de a 8 en una pequeña loma intermedia entre el monte de Mendibelza y el peñasco Undenharria, para que haciendo fuego sobre la primera posición de los enemigos protegiese el ataque de nuestras tropas y la marcha de otros seis cañones violentos que debían colocarse más adelantados para flanquear al enemigo. La primera línea debía sostener el ataque de las tropas ligeras y de alternación; y la segunda servir de cuerpo de reserva.

»Después de haber distribuído las órdenes a todos los generales y al comandante de Artillería, hice a las nueve la señal de romper el fuego la batería de lo alto de Mendibelza, a cuyo abrigo desfilaron don Ventura Escalante a la cabeza de las tropas de su mando, y D. Jorge Guillelmi a la de la columna de artillería.»

Se lleva a cabo el desarrollo de la empresa. Conquista de la primera línea

Todo estaba dispuesto para comenzar el desarrollo del plan concebido. Al darse cuenta de la presencia de nuestras tropas: «Los enemigos, al instante, tocaron la generala y reforzaron todos sus puestos», lo cual no fué obstáculo para que aquellas *comenzaran el ataque con la mayor gallardía*, llegando D. Jorge Guillelmi, con la mayor viveza a establecer en posición la primera batería, pero ésta no pudo realizar su misión, pues: «A poco rato una densa niebla cubrió los montes, y nos ocultó al enemigo, lo que fué causa de que el fuego viniese a menos, y que don Jorge Guillelmi, con los seis cañones violentos, marchase a ocupar la situación que para ellos se le había indicado, y que se aproximase tanto a los enemigos, que de la primera descarga le hirieron gravemente, y a los tenientes del mismo Cuerpo D. Joseph Valledor y D. Joseph Musitú, al capitán del Regimiento de América D. Salvador Otazu, y al segundo subteniente del mismo D. Joseph Miramón, que iba con la artillería y a más hasta diecisiete entre sargentos, cabos y soldados del mismo Cuerpo y sirvientes, y aún las mulas del primer cañón, que intentaron llevarse, lo que advertido por el Marqués de la Romana, que se hallaba inmediato, los tocó con dos compañías de alternación, y se lo hizo dejar.»

Pero estas primeras circunstancias tan poco favorables al desarrollo del combate por lo que a los españoles se refería, hubieron de cambiarse, y según la información oficial: «Luego se levantó la niebla, y nuestras tropas atacaron con tal vigor por todas partes al enemigo, que le obligaron a abandonar la primer posición. Continuó el ataque en la segunda con igual intrepidez, que protegida por el fuego de Castillo Piñón se sostuvo algún tiempo, pero al cabo fueron arroja-

dos también de ella los enemigos. Luego comenzó el tercer ataque, que fué el más difícil, porque la posición de los enemigos, a más de ser por naturaleza sumamente fuerte, estaba ayudada con varios re-trincheramientos y cortaduras y con mucha artillería. Para contrarrestarla se colocaron en lo alto de la segunda loma dos obuses, dos cañones de a 8 y dos de a 12; y no se aprovecharon los cañones violentos porque a falta de oficiales y artilleros, habían quedado abandonados.»

Esta relación del hecho facilitada por el General Caro, no ofrece una suficiente apreciación de la realidad del mismo, y mucho más explícitos Luis de Marcillac, el ciudadano Beaulac y el Teniente General Jómini; nos dan cuenta de cómo hubo de realizarse la conquista de las tres montañas o líneas de defensa que constitúan el campo de batalla de Castell Piñón. Según Beaulac, «el puesto de Urdenharria fué atacado vigorosamente por las tropas ligeras españolas. Moncey acudió con sus bravos cazadores, cae sobre el enemigo, lo rechaza, penetra en el gran camino hasta muy cerca de la montaña de Mendibelza, en ella encuentra a un cuerpo de tropas que escoltaban seis piezas de artillería de campaña; en un momento todos son muertos o puestos en huída, y los cañones clavados.»

En efecto, la vanguardia española conducida por el Mayor General Escalante, logró avanzar sin ser apercibida, este día del 6 de junio, hasta los primeros puestos a favor de la espesa niebla que cubría el espacio, y Luis de Marcillac reconoce que, habiendo acudido apresuradamente Moncey con sus cazadores, logró hacer retroceder a los nuestros cogiéndonos seis piezas de artillería. Todo ésto ocurría en la montaña de Mendibelza. Pero habiéndose en efecto levantado la referida niebla, «Caro, a quien un ataque de gota había mantenido hasta entonces en un camilla—según Jómini—trémulo ante el temor de que la victoria se le escape, se hizo montar a caballo, anima en medio del fuego a sus soldados con el gesto y la voz, y les decide a remontar los flancos escarpados del pico izquierdo de la montaña.»

Ante lo arriesgado de su situación: «Nada puede detener el ardor de 4.000 españoles empeñados en esta empresa (Marcillac), su valor aumenta en razón de los obstáculos y de los peligros que encuentran a cada paso, después de esfuerzos de valor increíbles para los que conocen el terreno en el cual se combate, se apoderan del primer atrincheramiento, en el que la defensa fué tan heroica como el ataque». No es presumible que fuese la causa del empuje español el que, como lo insinúa Beaulac, al disiparse la niebla que cubría las montañas, los españoles se apercibieran del pequeño número de hombres que tenían que batir, sino, por el contrario, el valor y la disciplina que animaban a nuestras tropas.

Asalto a la segunda línea

Conquistada la primera línea de defensa francesa, las baterías que coronaban esta montaña facilitaron a los vencedores la del segundo pico. En la del primero, nuestras tropas ligeras en buen orden avanzaron enérgicamente, en tanto que la primera y segunda línea se desplegaba, por ambos flancos, con el fin de envolver a los cazadores franceses. Estos no tuvieron más remedio que abandonar entonces los cañones que habían caído en su poder y se retiraron hacia el campo, en el que esperaban alcanzar poderosos socorros; pero los batallones franceses, espantados por la caída de las granadas de los obuses, arma que les era desconocida y, sobre todo, por la retirada de los cazadores, no atendieron a otra cosa que a extender entre ellas el desorden y la huída. De esta suerte, tras de la conquista de la primera posición, la segunda no tardó en realizarse.

Asalto a la tercera posición. Conquista de la fortaleza

Quedaba el asalto a la tercera posición, coronada por la fortaleza de Château Pignon. Asentaron los españoles sus baterías y protegidos por el nutrido fuego de las mismas, iniciaron la escalada de la montaña y tras cuatro horas de un combate porfiado, lanzados al asalto del fuerte, éste fué abandonado por su guarnición, que hubo de acogerse a las alturas de Orisson, guarnecidas por un cuerpo de reservas considerable, pero que no había tomado parte en la contienda (1). El General francés Lagenetiere que mandaba este Cuerpo fué hecho prisionero, y los españoles acamparon en las tiendas de los franceses.

La información del General Caro es recogida por casi todos los historiadores, y así Gómez de Arteche, refiriéndose a la acción de que estamos tratando, expone: «Aquel debía ser el ataque de mayor empeño y el decisivo, puesto que todas las tropas francesas, sobre 4.000 hombres, se habían concentrado en los flancos y retaguardia de la fortaleza con su jefe, el general Lagenetiere, resuelto a defenderla. Seis piezas, entre las que dos obuses rompieron el fuego desde la segunda posición acabada de tomar; y con su apoyo acometieron la subida a Castel-Piñón nuestras tropas ligeras y las compañías de Romana que, secundadas después por algunos batallones que el general Gil situó en una altura próxima, fueron *palmo a palmo y dedo a dedo*, según dice el parte, y *ocupando los vivos el lugar que dejaban los muertos*, ganando terreno hasta el pie del fuerte, donde una carga de los dragones de la Reina dió término glorioso a la acción, dispersando las tro-

(1) Lámina núm. 14.

pas de socorro, cuyo general rindió la espada a uno de nuestros oficiales.»

Todo cuanto hemos expuesto queda recogido y brillantemente descrito en la relación que de la toma del castillo de Chateau Piñón, desarrolla el conde de Clonard. Y como síntesis final de cuanto hemos expuesto, no nos resistimos a transcribirla íntegramente. Y después de manifestar que mal satisfecho todavía el General español con el suceso del 3 de junio, resolvió tener otro más decisivo y brillante. «En vueltos en una niebla húmeda y espesa, los españoles se adelantan (6 de junio) hasta las avanzadas enemigas, y anuncian su llegada con una descarga general. La lobreguez de la atmósfera y lo escabroso del terreno impedían dirigir con tino aquella operación arriesgada, circunstancias las dos que movieron a Caro a replegarse sobre la montaña de Mendibelza, cubierto su frente con un pequeño parapeto coronado por seis piezas de artillería.

»Lagenetiére lanza entonces sobre nuestra posición una nutrida columna mandada por el capitán Moncey, que ya empezaba a distinguirse y que, en efecto, dió en esta ocasión pruebas de una intrepidez y habilidad sobresalientes. Moncey ciñe con una banda de diestros tiradores nuestras baterías, amaga un ataque simultáneo contra los flancos, y es tan feliz, que logra al cabo de poco tiempo apagar el fuego de nuestras baterías, habiendo muerto o herido previamente a todos los artilleros. No se sabe cuál hubiera sido el resultado de esta tentativa audaz, si el sol, rompiendo con sus rutilantes albores aquella densa neblina, no hubiera permitido a los atónitos españoles ver y contemplar el corto número de sus enemigos. La reacción de todo sentimiento débil produce en los pechos esforzados un valor temerario; los españoles, avergonzándose de su pasada sorpresa, se arrojan contra los franceses con ímpetu irresistible, los precipitan en el fondo de una garganta, y extendiendo entonces enérgicamente sus alas, procuran envolverlos y postrarlos sobre aquel sitio. Los franceses, sintiendo este peligro, se abandonan a una fuga vergonzosa; sólo un regimiento de granaderos sostuvo con brío heroico el honor de su nación, pero esta resistencia les fué tan inútil como funesta, porque los españoles, rodearon su flanco derecho y le despedazaron con una terrible carga a la bayoneta. Restábales apoderarse del castillo, principal objeto del combate, lo cual era difícil por la escabrosidad del terreno y la elevación de la montaña sobre la que aquel fuerte se halla construido. Los valientes españoles no vacilan ante estos obstáculos, y marchan a la expugnación de la montaña con el arma al brazo y el rostro imperturbable. Infundiales grande aliento la presencia de Caro, que atormentado por los crueles dolores de la gota, montó a caballo, sin embargo, y permaneció en medio del fuego enemigo, dictando sus órdenes con la misma serenidad que en un día de parada. Castell-Pigñón cayó en nuestro poder después de breve resistencia, y los franceses buscaron un asilo en las gruesas columnas de su reserva.»

»Coronaba ésta las alturas de Orisson, bajo las órdenes del general Lagenetiere. Pero la formidable columna española avanza siempre despreciando un fuego mortífero; Lagenetiere intenta detenerla oponiendo un muro de bayonetas, más los nuestros flanquean la reserva enemiga, la desordenan y hacen a Lagenetiere prisionero. La vida de este valiente jefe corrió el mayor peligro, porque uno de nuestros granaderos le amenazó de cerca con su fusil. Por fortuna suya, advirtió este riesgo el capitán D. Francisco Vázquez, y arrojándose a cubrir con su cuerpo a un enemigo valeroso y desgraciado, recibió en su ropa la bala que estaba destinada al general francés.»

Un incidente posterior a la conquista

Este hecho, tan propio del carácter español, tiene que ser recogido por el ilustre militar, cuyos conceptos transcribimos, y así expone: «Rasgos semejantes no necesitan comentarios; pueden constituir por sí solos la apoteosis de una época y el orgullo de la nación.»

La toma de Castell Piñón tuvo un inesperado apéndice: «Se creía terminado el combate, cuando sobrevino súbitamente desde el Baután un buen cuerpo de tropas francesas», así lo declara nuestro historiador militar. Pero este ataque no tuvo consecuencias: «Renovóse la pelea, mas fué de breve duración, porque muerto el general enemigo Desolimes y desalentados los suyos, hubieron de recogerse precipitadamente bajo el cañón de San Juan de Pié del Puerto». Y es Beaulac el que nos confirma tal noticia en los siguientes términos: «En tanto que nosotros experimentábamos esta derrota, Desolimes operaba una invasión en el valle de Baután. este oficial supo el suceso de Château Pignon, cerca de Errazu. Creyó entonces deber suyo el retroceder; inquietado vivamente en su retirada hizo tan violentos esfuerzos fatigosos bajo un sol abrasador, que cayó muerto al pie de un árbol, sin recibir el socorro de alguno de sus camaradas que tanto le estimaban, pero el miedo hubo de precipitarles a resguardarse en los lugares menos expuestos. Este cuerpo de tropas llegó a San Juan de Pied de Port por el valle de Ossez, temeroso de que el enemigo no se hubiera apoderado de Lasse y de Anhaux y no hubiera logrado la comunicación de Baygorri con San Juan de Pied de Port.»

Juicios críticos de Gómez de Arteche-Luis de Marcillac

Todos los historiadores militares, tanto españoles como franceses, conceden a esta conquista de Castell Pignon una importancia señalada: «Así cayó en poder de los españoles—comenta Gómez de Arteche—una fortaleza que, por su situación, el número de las tropas que

la guarneían, y el de las de socorro establecidas ante la plaza inmediata de San Juan de Pié de Port, pasa por inexpugnable. Nuestros batallones, muy poco superiores en fuerza a los franceses, la conquistaron en poco más de cuatro horas, con gran trabajo, es verdad, y pérdidas considerables; pero confirmando una vez más la reputación que desde el principio de la campaña adquieren, así por el valor y la disciplina de sus soldados, como por la pericia de su general.»

Pero juicio crítico tan favorable es superado por el del historiador francés Luis de Marcillac, quien después de señalar como jefes que se distinguieron particularmente en la empresa de que se trata al Mariscal de Campo don Ventura Escalante, Mayor General del Ejército y al Marqués de la Romana, declara que: «La conquista de Castell Pignon pasará a la posteridad como uno de los auténticos testimonios del valor de las tropas españolas». Y extendiéndose en la confirmación de este aserto, añade: «Dignos descendientes de los soldados de Fernando y de Isabel, de los de Carlos V y de Felipe V, los soldados de Carlos IV probaron en Chateau Pignon, en Navarra, y en la misma época en Saint Laurent de Cerdá, en Arlés, en el Puente de Ceret, en la batalla de Mas Deu, en la toma de Bellegarde, en Thuir, en Argelés, en Pontellac, en Canoës, en la batalla de Truilles, en el Rosellón, que el valor es en ellos hereditario, y que no exige otra cosa que el estar bien dirigidos. Los franceses—sigue diciendo, llevándose de un legítimo sentimiento de consideración a los suyos—dignos y justos apreciadores del valor, no pudieron substraerse a un movimiento de admiración por la conducta de los españoles en la empresa de Chateau Pignon. Manifestáronlo en los papeles públicos de esta época; y ciertamente en esta ocasión el gobierno francés no trató de obscurecer la gloria de sus enemigos.»

El General Caro informa a la Corte

Con razón sobrada podía informar, por tanto, al Gobierno el General Caro: «Que no le era factible elogiar bastante el valor y constancia de todas las tropas que concurrieron a esta gloriosa acción, y particularmente el de los que componían la vanguardia del ejército al mando del Mariscal de Campo D. Ventura Escalante, porque la bizarria y serenidad que habían notado en ellos, aún en el mayor riesgo era digna de toda emulación y del mayor aprecio.»

A continuación exponía nuestro general en jefe una extensa relación de cuantos generales, jefes y oficiales y tropa se habían hecho dignos de honrosa memoria y objeto de las bondades del Rey. El Mariscal de Campo don Juan Gil, el de igual empleo don Francisco Horcasitas, el Maestre General don Joaquín de Casaviella, el Brigadier Guillelmi, don José Laforet, el Marqués de la Romana, el Mariscal de Campo Marqués de S. Simón con su hijo y Mr. Dalzu, figuraban entre ellos.

**La conquista de Castel-Piñón según
la información privada. Cartas de
la Marquesa de Lozoya**

Las cartas de la Marquesa de Lozoya, tenían que dar la sensación de cómo fueron llegando las noticias de la lucha que hemos descrito al conocimiento de las poblaciones fronterizas a retaguardia del frente de operaciones. En la del día 7—escribía—: «Ayer dijeron se oyía mucho tiroteo, pero no se supo nada; apenas amaneció empezaron a decir avía avido infinitas desgracias, nonvrando muchos muertos, entre ellos a guillermi, el coronel del rei y muchos otros eridos, pero que nuestros rejimientos estaban guardando sus puestos con mucha artillería, i como son tantas las mentiras que cuentan, nada se puede creer en medio de este laverinto i apuro. Acaba de correr otra voz, traen preso al jeneral francés i que los nuestros están ya en San Juan de pio porto; de modo que no se save a qué atender. Si antes de zerrar la carta sé algo avisaré a v. m., pues crea v. m. que oy es esto un laverinto, pues está lleno de señoras que tienen sus jentes allí i a muchos los cuentan eridos. Yo a la noche espero al avilitado que fué para fraerme noticia. ¡María Santísima los traiga con vien! Y a otro correo diré a v. m. lo ziento, pues aunque si quien dize a visto los muertos, nada se pudo creer. Se dize tenemos treinta muertos i doscientos eridos, se asegura la muerte de guillermi, del coronel de América i del rei. Yo no e tenido notizia; dizen está mui adentro nuestro ejército. Acaba de entrar uno con gorras, vastones y una casaca llena de sangre francesa, i el jeneral francés entra esta tarde; dé v. m. memorias a todos, que no tengo tiempo para otra cosa. Pida v. m. a María Santísima los traiga con vien.»

En esta misma carta del 7 de junio del 93, en una segunda postdata, sigue escribiendo la Marquesa de Lozoya, con aquella viveza de pensamiento y sincera espontaneidad verdaderamente admirables: «Acaba de venir Aguero; dice que a sido una confusión los muertos i heridos: que a Luis le dejó el jeneral por más antiguo en roncesvales. El regimiento y plasenzia quedaron en las avanzadas vien, pero an sido muchos los muertos i eridos. Luis estuvo consolando al pobre guillermi, con dos valazos que dizen son de muerte; a Valledor le ausilió Aguero; izo su testamento con el i con Luis. Dize que le dava jarave y que respirava por la erida; es imposible escribir más. Grazias a Dios que Segovia está libre, pero no ai corazon para oirlo, pues creo que a sido peor que Arjel; en la gazeta vendrá. La azión ganada i los muertos, muertos. De nuestra compañía avanzada ai eridos, pero no los oficiales; luis, si el jeneral se lo permite, quiere suvir y que vaje el de plasenzia; Dios los dé corazon y nos saque a todos con vien! Estava de comandante no le avrá faltado que azer; pero enfin, los rejimientos de segovia i plasenzia están vien i con vuena ar-

tillería... El trabajo de luis me aseguran a sido mucho, pues está solo con el aiudante para despachar cuantas órdenes venían del ejército i enviar todo lo que se ofrezia i dar destino a los enfermos, que dizen no se podía ver aquella lástima ; pero, aunque zerca, estaba más seguro. ¡Dios los dé resistenzia ! Dize le dió mucha ansia Guillermi, que le agarró y le dijo ¡Amigo Marques ! i Valledor, que la tarde antes avian estado juntos. No ai advitrio: es menester corazón de piedra en la guerra: Y la artillería creo a padecido mucho, i tenian tanvien veinte soldados nuestros ; no sé desos lo que avrá sido, pero luis me avisará lo cierto (1).

**El General Caro ordena el abando-
no de Castel-Piñón y se dispone a
defender la frontera navarra**

¿Qué partido provechoso pudo obtener el General Caro de la empresa victoriosa que hemos relatado ? «D. Ventura, no poseyendo suficientes fuerzas para conservar Chateau Pignon y defender la extensión de la frontera confiada a sus cuidados, no creyó prudente mantenerse por más tiempo en él. Después de haberse llevado la artillería y todos los efectos que encontró en los almacenes, se retiró el 18 de junio al valle de Bartzán. a fin de oponerse a los franceses que concentraban fuerzas bastantes en este punto y amenazaban el ala izquierda de las fronteras de Navarra. Y esta afirmación de Marcillac viene claramente confirmada por el informe del General en Jefe del Ejército español de los Pirineos occidentales, que en comunicación del 20 de junio manifestaba: «Excmo. Sr.: El dia 18 mandé decampar las tropas de Castillo Piñón, porque enfermaba crecido número, habiendo empezado el dia antes a retirar la artillería y demás efectos. Se levantó el campo con el mejor orden y las tiendas se condujeron al parq'ie de esta villa (de Burguete). La tablazón de las barracas que mandé deshacer se recogió igualmente para aprovecharla en la construcción de las nuestras.» Marché con las tropas al valle de Bartzán, y a la izquierda de Navarra, en cuyas fronteras reúnen los enemigos sus fuerzas.»

Y así era en efecto, pues, si bien en un principio tras la derrota de Chateau Pignon «las tropas se acumularon en la plaza de Saint Jean Pied de Port, en medio de la más horrible confusión y el espanto tenía hollados los espíritus y todo parecía sumido en la desesperación, según lo declara Beaulac, cuando se supo por los franceses que los es-

(1) Es verdaderamente extraño las faltas de ortografía cometidas por una persona tan culta como la Marquesa de Lozoya, pero el hecho no se daba sólo en ella, sino en la mayoría de los escritores de aquella época. Por lo visto no era cosa que preocupara la atención de los personajes que en ella vivieron.

pañoles, después de su victoria se habían detenido en la Venta de Orisson y que incluso no habían intentado ofensiva alguna sobre Baygorri, abandonado éste a la defensa de sus habitantes y de sus compañías francesas, crueles remordimientos sucedieron a los cobardes temores. Lamentábase y se reprochaba la triste suerte de tantos cazadores indignamente sacrificados. La llegada de cinco batallones destacados del campo de Bidart, de una muchedumbre de ciudadanos llegados de las comarcas vecinas, acabó de inflamar todos los corazones llenos de esperanzas y de deseos vengativos. Pedíase en voz alta volver a luchar con el enemigo. Dubouquet, nuevo general, no era fácil de ser arrastrado por consejos imprudentes; tanto alimentó la esperanza y la confianza de sus tropas, cuanto temía un ataque de parte de los españoles acampados en Chateau Pignon. Después de su retirada, que tuvo lugar el 18 de junio, no recuperó ninguna posición alejada, y fiel a las lecciones de experiencia que le habían enseñado, como el orden y la disciplina son la fuente cierta del éxito, aplicóse sin tardanza a restablecer el espíritu militar, a formar soldados por el trabajo y una instrucción asidua, ayudado por la competencia técnica del ingeniero Laffite, ejecutó alrededor de Saint Jean de Pied de Port un sistema de defensa que llevaba la marca de su carácter lleno de método y de sabiduría.»

Consideraciones sobre la conquista y abandono de Castell-Piñón

Hemos de considerar por todo cuanto se expone, que si la conquista de Chateau Pignon pudo convencer de que los soldados españoles eran temibles, España había comenzado a desarrollar una empresa para la que carecía de fuerza suficiente para alcanzar la victoria final. Más tarde o más temprano el esfuerzo francés, la potencia creciente de la Revolución, concluiría por agotar todas las energías del ejército español. Refiriéndonos al hecho que hemos considerado en este capítulo, Gómez de Arteche, después de informar de la labor realizada por el General Dubouquet para reorganizar moral y materialmente sus tropas y mejorar las fortificaciones de la plaza de Saint Jean Pied de Port, que la excesiva confianza de los franceses en sus propias fuerzas tenía descuidadas, añade que alzaronse reductos en su rededor formando un sistema polémico bien meditado y robusto, y al poco tiempo se puso en estado tan respetable de defensa, que no vacila en afirmar *que hubiese sido una temeridad el atacarla*.

Y la disposición tomada por el General Caro de allanar los muros de Castell Piñón y retirarse, como hemos indicado, al valle de Baztán, autoriza al historiador militar español a declarar que, en efecto, *nunca pensó Caro en tal cosa*. Sin duda alguna esto era lo dis-

creto, pero fatalmente, si este combate de Castell Piñón, no fué singularmente glorioso y, como declara el Conde de Clonard, puso en muy alto relieve los talentos tácticos del General Caro y el valor inextinguible de las tropas españolas, las consecuencias fueron las que necesariamente debían ser, porque vencedores o vencidos no podíamos, sino en el colmo de la temeridad, sostenernos sobre territorio enemigo. Evacuóse, pues, a Castell Piñón, y los españoles volvieron a sus líneas, si bien Caro, para dar una prueba de su ascendiente, estableció al otro lado de la frontera francesa algunos puestos avanzados.



CAPÍTULO III

OPERACIONES MILITARES DURANTE LOS MESES DE JUNIO Y JULIO

El General Serván trata de mantener vivo su relieve profesional



L General Serván, tranquilizado ya sobre la suerte que pudiera caber al ala izquierda de su ejército, celoso por otra parte por mantener el prestigio de su gloria militar y garantizar con ella su seguridad personal, pues es sabido que la guillotina era el castigo, no ya del fracaso, sino del mismo descontento por la labor realizada, trató de conseguir tal propósito alcanzando algún éxito que finalizara esta serie no interrumpida de desgracias y, al efecto, resolvió asestar un golpe sobre los españoles que fuese a la par tanto efectivo como brillante. La propia ocasión del momento se prestaba a ello. Así viene a declararlo el testimonio francés (Beaulac), fundando su aseveración en las razones siguientes: «Después de la evacuación de Hendaya, el enemigo había transportado del otro lado del Bidasoa todos los efectos que en él se habían encontrado y había destruido por su base las fortificaciones, estableciendo en nuestro territorio muchos pequeños campos, que se extendían a lo largo de la costa y en la Montaña de Luis XIV.»

Recogiendo Arteche las anteriores declaraciones del ciudadano francés, expone por su cuenta: «El General Serván, en tan tristes circunstancias para sus tropas, necesitaba un golpe de fortuna que le devolviera la opinión de que antes gozaba, y le ofreciese alguna seguridad en unos tiempos en que del mando de los ejércitos a la plaza de la Revolución había la misma distancia que del Capitolio a la roca

Tarpeya (1). Había reunido en Bidart y en las posiciones de Ciboure una masa muy considerable de tropas, sólo inferior a la de las españolas en su espíritu militar y su disciplina; calculaba que cuando el General Caro se mantenía siempre en el Bidasoa sin sacar fruto de sus victorias pasadas y recientes, debía ser por no contar con medios bastantes para una campaña ofensiva a que aquellos mismos triunfos parecían convidarle; y resolvió emprendela él, asaltando los puestos que sus enemigos ocupaban en la margen derecha de aquel río internacional. Así, a fines de junio salieron de la línea francesa varias columnas que, dividiéndose después en otras más, acometieron la entraña en el Roncal, en el Baztán, y en el terreno todo que dominaba la izquierda de nuestro ejército.»

**Los franceses atacan las posiciones
españolas en la orilla derecha del
Bidasoa el 22 de junio de 1793**

En efecto, los pequeños campos o puestos que habíamos establecido en la margen derecha del Bidasoa, separados del grueso del ejército por este río, eran fáciles de conquistar por un ataque vivo, que no debía dejar tiempo a la llegada de los socorros que se le enviaran. El alto mando francés quiso aprovecharse de esta circunstancia y, en consecuencia, el 22 de junio, al despuntar el día, 1.500 hombres se pusieron en marcha con cuatro piezas de artillería.

Si hubiésemos de atenernos a los informes franceses, los españoles en número de 600 fueron sorprendidos y abandonaron sus campos con la mayor precipitación. «Refugiáronse en las obras construidas sobre la montaña de Luis XIV, en la que parecía trataban de oponer alguna resistencia. El fuego de nuestros cañones—sigue exponiendo Beaujac—y la aproximación de un destacamento del regimiento de Dragones, a la cabeza de los cuales marchaba el ayudante general Darnaudat, les determinaron a una pronta huída. Se les persiguió hasta las márgenes del Bidasoa, y efectuamos la retirada después de haber estado expuestos más de dos horas al fuego de todas sus baterías, que nos mataron o hirieron 30 hombres». Pero el testimonio español autorizado, si da cuenta del hecho en sí, no lo muestra con caracteres tan favorables para los soldados de la Revolución.

(1) Como vemos, Arteche confirma lo expuesto por nosotros. Y con ello se pone de manifiesto el temor y la desconfianza que tal mando inspiraba.

Desarrollo de la acción según el
relato de D. Ventura Caro

La *Gaceta* del 23 de julio de 1793, informaba de cómo con fecha 28 de junio, el Comandante General del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, don Ventura Caro, daba cuenta de los diferentes partes que en la noche del día 22 había recibido en los Alduides, y que estaban despachados en Irún por el Mariscal de Campo don Gregorio Moreo, por el comandante de aquel puesto, avisándole que en la madrugada del propio día los enemigos con toda la tropa que tenían en sus campamentos de San Juan de Luz, y serían como de unos 6.800 hombres, gran número de pedreros y violentos y dos de a 16, atacaron las avanzadas que teníamos en su territorio. Y a continuación resumía dichos partes en la forma siguiente: «En ejecución de las órdenes de V. E., los Voluntarios de Cataluña conservaron las alturas, no obstante el considerable aumento y aproximación del enemigo, y que su fuerza comprendidos los Milicianos, que por reemplazar sus enfermos los auxiliaban, no ascendía a 600 hombres efectivos. Mandaba la derecha su Coronel Peguera y la izquierda D. Francisco Barutell, con orden de retirarse sólo en el caso de ver en el enemigo un empeño decidido en desalojarlos, lo que manifestarían siempre que formasen su ataque por cinco columnas, una de ellas de caballería y con bastante artillería; que en este caso las tropas de la derecha ejecutasesen la retirada reuniéndose en la loma del Paso, en donde se había hecho construir un apostadero y abrir vereda en su falda, y las de la izquierda en la casa fortificada de Iranda; que unos y otros encontrarían proporcionado número de gabarras para recibirlos. Como eran casi diarios los avisos que recibía sobre las intenciones hostiles del enemigo, a las tres de la mañana toda la tropa de mi mando se hallaba sobre las armas, y en el Paso los granaderos suizos y las prevenciones. A las doce y media del 22, me avisó el jefe de día Reding, que los enemigos se acercaban al centro y derecha de las avanzadas, llevando gruesa artillería por el camino real, y de campaña por los lados en tres columnas; que creía marchaban otras para atacar la izquierda, pero que la poca luz no le permitía distinguir completamente los objetos. Con este aviso fui al Paso con los Brigadiers Broc y Filangieri, y mandé a los granaderos y prevención de los suizos fuesen a ocupar la altura para asegurar la reunión de la derecha y proteger su retirada; reforcé los demás puestos con las prevenciones, el Paso con el resto del Regimiento Suizo, y se ha aprontado toda la artillería; a las siete y media vi reunidos los voluntarios en los puntos indicados, habiendo sido bastante vivo y obstinado el fuego por la izquierda. Dos cañones de a 8 y siete de a 4 colocados por los enemigos fuera del alcance de fusil, y servidos con mucha viveza, obligaron a abandonar la loma, efectuándose la retirada sin la menor apresuración. El justo

recelo de ser cortados por la caballería que avanzaba por la playa, obligó a retirarse la izquierda, recogiendo ésta todas sus tiendas, municiones y 26 caballos que estaban paciendo alrededor de la casa de Iranda. Los enemigos ocuparon inmediatamente la loma del Paso, y no obstante nuestra artillería, se formó en batalla una de sus divisiones; sostenida de ésta y de dos violentos, intentó otra formada en columna amenazar al vado que en aquella hora, por la baja marea, se hallaba muy transitable; sólo la poca tropa destinada al Paso, animada por la presencia de sus oficiales y jefes superiores y protegida por la artillería, les hizo desistir de su empeño; a las nueve de la mañana se retiraron en buen orden, y a mi parecer con bastante pérdida; la nuestra ascendió a tres muertos, treinta heridos entre estos D. Luis de Reding, y confuso D. Jaime Guillet, ambos capitanes de Suizos, y dieciocho extraviados.»

De la comparación que quepa hacer del contenido de las anteriores versiones del hecho, se ve ciertamente, cómo en la noche del 22 de junio, tropas francesas, por algunos calculadas en 6.800 hombres, atacaron distribuidas en cinco columnas los puestos españoles establecidos en la orilla derecha del Bidasoa, y aunque en algún momento no fuera muy favorable la situación de las tropas españolas, el final de la contienda obligó a los franceses a retirarse. Pudo muy bien en un principio, ya por razón de la superioridad de fuerza, o por un movimiento de sorpresa, lograr los soldados de la Revolución alguna ventaja. Desde luego la montaña de Luis XIV cayó en su poder, y debió de costar bastante trabajo el contenerlo en la extrema izquierda de Hendaya, pero el propósito francés no pudo verse realizado, asegurando Luis de Marillac, que no obstante la superioridad del número, las tropas que atacaban la izquierda de los españoles, viéronse forzadas a retirarse con pérdidas.

**Consideraciones sobre el resultado
de la acción del día 22. Destitución
de Serván. Sustitución de mandos:**

Delbecq y Labourdennaye

Mas no quedaría a nuestro juicio perfectamente determinada la realidad del hecho, si no advirtiéramos a nuestros lectores qué concepto forma del mismo el ciudadano Beaulac. La derrota que él atribuye a los españoles tuvo una gran influencia. «Sería difícil—expone—hasta qué punto este suceso poco considerable en sí mismo levantó el valor y la confianza del ejército francés. Constituía en el sector derecho la primera ventaja conseguida; el espectáculo de algunos españoles prisioneros, la huída de otros, nuestra marcha rápida hasta los bordes del Bidasoa y las ruinas de Hendaya, la conquista de los campos y, sobre todo, la idea exaltante de la expulsión de los enemigos fuera

del territorio de la República, todo, en una palabra, contribuía a extender ante nuestros ojos el esplendor de esta jornada.»

Y en este tono de exaltación patriótica—sigue diciendo—: «Aparte de estos catorce hombres hechos prisioneros, los españoles tuvieron treinta y tres hombres fuera de combate, según sus relaciones.»

Pero si el hecho fué tan favorable según el informe de Beaulac, no deja de ser extraño que, poco tiempo después de esta expedición, como él declara, Serván fuera destituido y conducido a París. «Su antiguo Ministerio le había acarreado enemigos y todo el mundo sabe que en la lucha horrible de las pasiones que conmovían entonces a la República, el mérito estaba desconocido, los servicios olvidados y *que el calor del espíritu reinante* parecía tratar de consumir todos los monumentos y todos los hombres que habían mostrado alguna brillantez. Delbecq, reemplazó a Serván. Labourdonnaye, tan conocido por sus querellas con Dumouriez, y cuya actitud fría y reservada dejaba traslucir poco su carácter, tomó el mando de la división de la derecha.»

El plan de Serván. Ataque a las posiciones de Hendaya y a los pasos de la frontera del valle de Roncal.

Fracaso de la operación

Este ataque francés a nuestras posiciones en la orilla derecha del Bidasoa que nos permitían poder actuar de modo directo sobre Ciboure y San Juan de Luz, constituía una parte del plan general ofensivo ideado por Serván; en virtud del cual 6.800 hombres debían lanzarse sobre las posiciones españolas, fraccionados en cinco columnas, de las cuales la derecha había de realizar la misión que acabamos de reseñar, y que no pudo en último término cumplir, al tener que retirarse, y las cuatro restantes habían simultáneamente de caer sobre los pasos de la frontera del valle de Roncal, objetivo que tampoco pudieron ver realizado. Esta operación corresponde a la que hubimos de reseñar en la biografía de don Pedro Vicente Gambre (1). Recordemos cómo en este sector los franceses, al desembocar en la forma que se ha dicho sobre el valle de Roncal, vieron con sorpresa cómo las cumbres de las montañas que rodea el puerto de Izaba, coronadas por los intrépidos roncaleses a quienes había electrizado, más que la idea del peligro propio, el pundonor nacional, se disponían a contener enérgicamente el impulso enemigo. Los franceses, en efecto, habían podido apoderarse del pico de Guimbaleta, no sin inauditos esfuerzos para ello, y apoyados en esta posición resolvieron escalar el puerto de Urdaite, custodiado por un pequeño Cuerpo de tropa y un grupo de paisanos.

(1) Lámina núm. 8.

Semejante propósito era, desde luego, acertado, pues esta posición central del pico de Guimbaleta dominaba a todas las demás que ocupaban los nuestros, pero la feliz idea de Gambre de descargar un golpe furioso sobre la retaguardia de los invasores, absteniéndose de reconcentrar sus fuerzas sobre un terreno accidentado y fácil de franquear, los desconcertó por completo. Y no es de volver a relatar cómo dejando en Urdaite la tropa de línea, el valiente capitán, del valle trepó con los suyos por la escarpadísima falda del monte citado y despreciando el nutrido fuego que le hicieran los franceses, logró lanzarlos de este importante punto, persiguiéndolos hasta Santa Engracia. Recordemos, igualmente, cómo la columna enemiga, que había marchado sobre Urdaite, sintiendo sobre su espalda las bayonetas españolas, ante el peligro inminente de ser cortada en su retirada, tuvo que replegarse aceleradamente, lográndose así una victoria que, sin apenas costarnos una gota de sangre, dejó en nuestro poder algunos prisioneros, varios efectos militares y muchos ganados.

**Fracasa, igualmente, la intentona
sobre las entradas del valle de Baz-
tán**

No tuvo tampoco éxito alguno definitivo la empresa encomendada a la división que partiendo de San Esteban de Baigorri, frente a Errazu, en territorio español del valle de Bartzán, había de penetrar en este valle para más adelante cortar la retaguardia de nuestras tropas en el sector final del Bidassoa. Conducida la división de que se trata por los paisanos de San Esteban, tomaron los senderos desviados de las montañas para llegar al coll de Ispegui y a los puestos emplazados ante la ermita de San Gregorio en las alturas a ambos lados del mismo. En un principio, favorecidos por una noche oscura y un tiempo lluvioso, los franceses pudieron sorprender al que cubría la entrada del puerto, pero casi al momento fueron rechazados, y como encontraran semejante resistencia en su intento sobre los demás, se retiraron a sus posiciones.

Tal fué el resultado de este intento del general Serván de desarrollar una intensa ofensiva sobre nuestro frente de operaciones, no pudiendo tolerar el orgullo francés que los nuestros hollasen el territorio republicano. Aunque este plan estaba bien concebido y no dejó de realizarse con ardiente intrepidez, no pudo conseguir su objetivo, y hay que reconocer que, si la combinación de las acciones encomendadas a las cinco columnas francesas hubiera llegado a realizarse, como expone el Conde de Clonard, nuestras dos alas hubieran caído en la posterioridad, desprendidas de su centro y Caro hubiera perdido, no sólo sus puestos avanzados, si que también su primitiva línea de operaciones.

Pero los franceses no cejaban en sus propósitos, y el 27 de junio intentaron nuevamente penetrar a viva fuerza en los valles de Roncal y de Bartzán.

Nuevo intento francés de penetración en los valles de Bartzán y Roncal en el día 27. Relato de lo acaecido en este último

No fué tampoco muy afortunada esta nueva empresa militar del ejército de la Revolución. Aunque reforzados por tropas frescas, encontró éste el mismo valor y la misma resistencia de parte de los naturales del valle de Roncal, y ya expusimos en páginas anteriores cómo desde el primer momento estos bravos montañeses se lanzaron en masa ante el enemigo, y las mismas mujeres se armaron para defender su valle, que en esta ocasión se vió libre de los horrores de la guerra, y recordaremos, igualmente, que habiendo llegado a conocimiento del Rey de España la lealtad de estos naturales, hubo de manifestarles su real agrado, premiando su fidelidad. Esta recompensa, declara Luis de Marcillac, la más halagadora para personas sujetas a su Soberano, no se borrará jamás de la memoria de estos pacíficos labradores, que una guerra justa convierte en intrépidos guerreros.

Este ataque al valle de Roncal venía relatado por la *Gaceta de Madrid*, del 23 de junio del año en cuestión, en la siguiente forma: «Asimismo ha remitido dicho General (Mariscal de Campo, D. Gregorio Moreo) copia de los avisos que le dieron el Coronel del Regimiento Provincial de Sigüenza D. Franciso Romo, que manda en Valde-Roncal, y D. Pedro Vicente Gambre, vecino del propio valle, en los que refieren: Que los enemigos se aproximaron a aquella parte de la frontera en los días 25 de junio y siguientes hasta el 28, introduciéndose en territorio del valle la tarde del primer día, haciendo fuego a nuestros puestos avanzados compuestos de paisanos apostados en los puertos, con cuya noticia puso Gambre inmediatamente en movimiento el valle, y con igual prontitud lo participó a los partidos de Navasquies, Salazar, Lumbier, Sangüesa, lugar de Salvatierra, y partidos de Ansó y Hecho en Aragón, dirigiéndose consecutivamente el referido Gambre al puerto de Isaba, a cuya primera barraca en el cabo alto del bosque y camino que transita para Santa Engracia llegó antes de anochecer, y cuidó de reforzar las avanzadas para ver la situación de los franceses, cogiendo las alturas del Pirineo.»

«Luego fueron llegando a la barraca los paisanos, y la tropa del expresado Regimiento Provincial con su Coronel, y con acuerdo de éste pasó Gambre a las dos de la madrugada del siguiente día con ocho paisanos al portillo de Urdaite o la Lapiza (división del término de Francia) para observar los movimientos de los enemigos, y estan-

do con el mayor silencio, les dieron una descarga los franceses por el muy elevado picacho de Guimbaleta, provocándolos como lo habían hecho en los días anteriores; en cuya vista, y con las noticias que comunicó el capataz de Atalayas, determinó Gambre, contra la opinión de los demás, atacar a los franceses, enviando partidas sueltas de paisanos para el efecto, y una de siete hombres para que hiciesen llamada por el escarpe de La Lapiza, trepando a cuatro pies, y encargándose del mando de los demás, pidió al Coronel de Sigüenza que lo reforzase con dos compañías del cuerpo de su mando, lo que ejecutó sin dilación, aunque no pudieron seguir a los paisanos, por no estar acostumbrados a transitar por la aspereza de aquellos montes.»

«Viéndose los franceses atacados por todas partes, pero con mayor tesón por la de Velay, y que la partida de los referidos siete paisanos los estrechaba, y había ya maltratado a uno de ellos, abandonaron el picacho, del cual se apoderó en el momento la partida, y los otros paisanos los persiguieron con el mayor empeño hasta Santa Engracia. El intrépido valor de los roncaleses obligó a los enemigos a desamparar un puesto tan ventajoso, y de tan arriesgado y difícilísimo acceso que causa pasmo, y seguidamente fueron desalojados de las demás eminencias que ocupaban y perseguidos hasta los puestos de sus centinelas, que se les destruyeron, y también el barracón que servía de cuartel; teniendo trabajo Gambre en contener dichas partidas que no arrasasen el pueblo de Santa Engracia y sus inmediatos, consiguiendo reducirlos a que por esta vez suspendiesen los efectos de su ardor, y devolviendo a los franceses 4 vacas y 400 cabezas de ganado lanar que les habían tomado.»

«De nuestra parte no hubo desgracia alguna, y los enemigos, cuyo número ascendería como 500 a 600, tuvieron un muerto y varios heridos; y habiendo dejado otros 130 paisanos más en guarda de las barracas, se retiró el resto de la tropa. Pero teniendo noticia al siguiente día 27, que los enemigos intentaban entrar de nuevo por todos los puertos, acudieron a defenderlo no sólo la tropa y vecinos del Roncal, sino hasta las mujeres armadas de cuchillos y bayonetas, manifestando en su denuedo que si se hubiera presentado la ocasión, se hubieran portado con ánimo varonil, y se mantuvieron hasta el día 28 que desaparecieron los franceses; de lo que informado S. M., se ha servido mandar que se les den las gracias a las valerosas roncalesas.»

Los franceses son rechazados una vez más en los collados de Izpegui y de Arrieta, en las montañas del valle de Baza

En cuanto a la intentona de invasión del valle de Baza, D. Ventura Caro daba cuenta en la *Gaceta* que se cita, de la carta que el día 5 de julio le había remitido el Coronel D. Gaspar de Cagigal, Teniente

Coronel del Regimiento de Infantería de Asturias, encargado del mando de las tropas del valle de Banzán y que, copiada a la letra, decía: «Al amanecer del dia 1.^o atacaron los enemigos con mucho número de tropas y paisanos la derecha de las alturas de este collado de Ispegui, en que estaba la compañía de granaderos del Regimiento de Asturias que cubría cuatro puestos con las tres avanzadas hasta el que está en frente de la avanzada de la Ermita de San Gregorio, con un corto retrincheramiento que es el último puesto que se ocupaba hasta el dia 6 del mes pasado que abandonaron todas las alturas los enemigos, y al mismo tiempo el de las alturas de la izquierda que llegan a la vista del collado de Arrieta que ocupaba la compañía de granaderos de León, teniendo seis avanzadas en los puestos dominantes para descubrir todos los parajes por donde podían venir los enemigos; en el collado las dos de granaderos de Toledo y América, y Comandante de todas y de estos puestos el Coronel D. Tomás Laustaunau, Capitán de granaderos de la de Asturias, que también fué atacado al mismo tiempo; la obscurísima y densa niebla favorecía a los enemigos, conducidos por infinitos paisanos de Baigorri, más prácticos que aún éstos de Errazuriz por pastar siempre sus ganados en ellos. Me consta por declaración de oficiales, granaderos, paisanos y un vivandero, que Laustaunau tenía desde las dos sus dos compañías de granaderos sobre las armas, una avanzada en un peñón que está a la izquierda que domina parte de su cañada y camino que de aquí baja a Baigorri, y otra por la derecha sobre la ladera; y no dudo lo estuvieran todos en los demás puestos como se les tenía prevenido y lo practicaban; pero la obscuridad, que sólo por el ruido de las pisadas en los terrenos pedregosos los hizo sentir a los enemigos, el fuego de éstos al corresponder el de las centinelas y puestos, y más que todo la voz de que nos han cortado o cortan, viéndola salir por frente y costados, causó el desorden y precipitada retirada que dió a los enemigos lugar a ocuparlo todo, y hallar cargado uno de los cañones con el cartucho de bala y un saqueo de metralla, de los que yo había mandado formar de las balas de fusil que ellos habían dejado sueltas, cuando me entregué del mando de toda la frontera de este valle, pues solo se disparó el otro.»

«El collado de Arrieta tenía las compañías de alternación de Toledo, la mitad con un oficial porque no tenía sino dos, y enfermo el Capitán, con la orden de ocupar las dos escarpadas alturas de derecha e izquierda, y avanzar sobre esta una partida de un cabo y cuatro hombres hacia otro camino, que por ella viene y para sostenerla la mitad restante de una borda hacia su espalda en un pequeña colina. Los dos oficiales de ésta me aseguran, que por el referido camino de su izquierda fué atacado el cabo, que con su centinela lo estaban todos, y fué el primero que oyó pisadas e hizo fuego, por no haber respondido los enemigos al ¿quién vive? y se retiró con bizarría hasta su puesto principal, seguido vivamente por mucha tropa; que por la derecha atacó otra porción fuerte entre la altura que ocupaba la avanzada de la

compañía de León y la de su izquierda, y por consiguiente ésta cortó por la derecha a la mitad avanzada, y la otra mitad, que al primer tiro fué a reforzarla y tuvo que retirarse por los barrancos de su espalda, y venirse al camino del pueblo.»

«Luego que se oyó el corto fuego por las alturas referidas, me puse en marcha con las dos compañías que de mi batallón tenía en el pueblo, y avisé a las otras dos de la Ermita de San Gregorio y su avanzada se uniesen en la avanzada para proteger los puntos atacados a la derecha de éste, y que su puesto lo ocuparían las dos compañías de granaderos del Rey y Príncipe que también habrían de salir y las sostendrían al llegar al último puentecillo del camino del pueblo; a este encontré diferentes granaderos, y a poco al Capitán de las Compañías de América, que me dijeron estaban los enemigos apoderados de este puerto y sus costados en gran número, y seguidamente a otros granaderos, al Capitán del León, primer teniente de la de Asturias, y mucho después al subteniente de alternación con parte de su tropa.»

«La niebla, que no permitía descubrir las alturas inmediatas al frente donde yo estaba, al cese del fuego que sólo me afirmo en lo que me dijeron, sino como aseguraban algunos de los retirados estaban ya en las alturas inmediatas a los puestos tomados por la parte del pueblo, y determiné tomar la que tiene una mala trinchera por la izquierda con la cuarta compañía de mi batallón, y ocupar otra más baja en el centro, entre la avanzada de San Gregorio con la tercera, y esperar allí, ocupados estos principales puestos para la defensa de Errazu, que descubriese las operaciones de los enemigos, encargando que la tropa que trajere el Comandante del tercer Batallón del Regimiento de África, de Ariscun, tomase la colina del alto, que está a la derecha de la avanzada de San Gregorio; pero habiendo observado que se divisaba humo en este collado de Ispegui, y que indicaba quemaban los enemigos los barracones y chozas que habían en él, mandé que la primera compañía de mi batallón, seguida de las dos de granaderos, dejando allí la segunda, que vinieron por la derecha a atacar a los enemigos; que yo lo haría con la cuarta y 30 soldados y el Subteniente de Alternación de Toledo que se me había unido, llevando yo dos paisanos de guía, para que con mis descubridores llevasen la vanguardia; llegué mucho antes a este puesto, y no sintiendo ruido lo ataque, no encontrando si no es diez paisanos, que huyeron luego que hicieron su descarga a unirse con la tropa en lo bajo de la cañada, que serían como las diez de aquel día; hallé quemadas casi todas las barracas y chozas, quitadas las tiendas que estos habían dejado, y llevándose los dos cañones violentos, dos pedreros suyos también, y las municiones del repuesto: reconocidas las laderas y barracones de la parte de Francia, y las alturas que volví a ocupar, y sólo se halló un granadero de Asturias muerto, un francés, y un cañón de los dos en lo bajo del barranco, rota su cureña y ruedas, como dí parte; y ayer el de haberlo subido y conducido hacia el pueblo, por ser inútil aquí por no tener en qué montarlo.»

Según el estado remitido por el expresado D. Gaspar de Cagigal, tuvimos en esta acción un hombre muerto, dos heridos, seis lastimados, cuatro oficiales, incluso el Comandante de las compañías y ochenta y siete hombres prisioneros y extraviados.»

De la información que antecede puede verse, en última consecuencia, que si en esta ocasión en los Alduides nuestras avanzadas de Izpegui fueron sorprendidas y perdidos los atrincheramientos que cubrían aquel collado y a favor de las nieblas, densas como nunca, los franceses guiados por los paisanos de Baigorri pudieron fácilmente conseguirlo, el Teniente Coronel Cagigal, saliendo de Errazú con fuerzas de su Regimiento de Asturias y haciéndose incorporar en el camino los fugitivos, recobró Izpegui y los puestos inmediatos de la cordillera, volviendo a dominar aquel alto valle, tan conocido en España con el nombre de Quinto Real.

**Pequeña operación llevada a cabo
por los españoles en las márgenes
del Bidasoa para facilitar el reco-
nocimiento de un puente**

El tendido de un puente de barcas y la prueba de la resistencia del mismo, dió lugar a otra pequeña operación el día 4 del mes de julio, que se cita. De este hecho daba cuenta el General Caro, en carta suya del propio día 5, en los términos siguientes: «Ayer se puso en el río Bidasoa el puente de barcas que se ha construído para probar si resistiría el paso de la gruesa artillería y a fin de cubrir el puente y los trabajadores adelanté algunas partidas de Voluntarios de Cataluña y Aragón, la mitad de las compañías de Alternación del Marqués de la Romana, la compañía de Ubeda, la de voluntarios de la Provincia, y las dos de carabineros del Regimiento de Caballería del Rey y del de Farnesio.

»Las tropas ligeras del enemigo estaban tan inmediatas, que a pocos pasos dieron con ellas las nuestras, y se escopetearon, ganando siempre terreno. A fin de ocultarles, la caballería la coloqué detrás de unas lomas sobre nuestra izquierda, cuyo terreno es más despejado y aparente para ella, y dispuse que se adelantase Ubeda con sus 26 caballos a escaramuzar con el enemigo, y a empeñar su caballería en caso de que la tuviese emboscada, pues el terreno es sumamente quebrado.

»Teníamos al frente un trozo de sus tropas ligeras, que desde una casa arruinada y desde sus cercas nos hacía fuego, y a la vista de nuestra caballería abandonó el puesto, y se retiró dividida mitad por derecha y mitad por izquierda de la loma. Las de la derecha se ocultaron luego en un bosque, y las de la izquierda siguieron un mal camino que conducía a otra loma; envié tras de ellos la caballería, a cuyo movimiento huyeron precipitadamente los enemigos, y viéndose alcanzar se

arrojaron a un barranco difícil para la caballería, por donde hubieran podido escapar si Ubeda con su caballería no les hubiese salido al encuentro por bajo del barranco, y matando a muchos hizo retroceder a los otros. Estos, rodeados de la caballería en el alto del barranco y acuchillados por ella, no quisieron rendirse, y guarecidos de las peñas y árboles nos hacían fuego.

»A este tiempo descubrí a Escalante que con 50 voluntarios de Cataluña venía hacia nosotros, le hice señas con un pañuelo, y vinieron corriendo los voluntarios, se apoderaron de los franceses, y los condujeron presos.

»Los enemigos tocaron la generala en sus campamentos, y salieron seis columnas con artillería que se avanzaron a gran paso; y no considerando conveniente empeñar más la acción con la poca gente que llevaba, mandé la retirada, que se hizo con mucho orden y gran daño de los enemigos, ocupando ellos la última colina del paso del río al mismo tiempo que la abandonaban los nuestros.

»Rompieron entonces el fuego nuestras baterías, y los obligaron a retirarse. De nuestra parte ha habido un voluntario de Aragón muerto, y siete soldados de varios cuerpos heridos; los enemigos han tenido mucha pérdida, pues sólo en el barranco donde los cargó la caballería quedaron más de treinta muertos; les cogimos treinta y un prisioneros, la mayor parte de la compañía de Martínez, de los cuales hay seis heridos en el Hospital, entre ellos un Oficial francés, que dicen es Español, y algunos desertores españoles que servían en dicha compañía.»

**Reconocimiento de varias de las
avenidas de los enemigos, realizado
por el General Caro el día 13 de ju-
lio. Reacción francesa**

Estas declaraciones del General Caro, están confirmadas por el ciudadano Beaulac en forma semejante a las suyas, y así sucede con el contenido de las correspondientes a la acción que el día 13 del mes que nos ocupa hubo de desarrollarse contra Biriatu, por iniciativa de los nuestros. El parte del General del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, publicado en la *Gaceta* del viernes 26, decía lo siguiente: «El día 13, debiendo reconocer varias avenidas de los enemigos, adelanté algunas tropas ligeras para mi seguridad; se encontraron éstas luego con las avanzadas de los enemigos, que hicieron retroceder, tocaron la generala en sus campamentos, y salieron contra los nuestros como unos 400 hombres con artillería y caballería.

»Continué con todo mi reconocimiento, y cuando lo hube concluido mandé la retirada, que hicieron nuestras tropas con el mejor orden y continuo fuego, con mucho daño del enemigo, y sin recibir de él alguno. Retiré por último todas las tropas, dejé el puente puesto, y despejado el río de ambas partes por si se tentaban los enemigos a verificar su vo-

ceado proyecto de atacarnos. No se determinaron a ello y nos hicieron sólo algún fuego de fusil y de cañón, que hizo callar luego nuestra artillería.

»Se dirigió entonces su esfuerzo contra Biriatu, pueblo de Francia situado sobre una colina, a la ribera derecha del río Bidassoa, y que ocupaba la compañía de Ubeda, desde donde asegura la derecha del río y hace frecuentes correrías en el país enemigo.

»La Iglesia de este pueblo, que está situada en su mayor eminencia y bajo la jurisdicción de las baterías de San Carlos, Arriamendieto y Bidechabal, se ha atronado y retrincherado para que sirva de última retirada a la compañía de Ubeda.

»Había a la sazón en ella poca gente por haberse retirado la restante del ataque de la mañana por otra parte muy distante, pero los pocos que quedaron hicieron una defensa muy honrosa, porque atacados por más de mil enemigos, les mataron e hirieron mucha gente, y les precisaron después de tres horas de combate a desistir del empeño.

»La compañía de Ubeda tuvo dos hombres muertos, y uno gravemente herido, cuya mujer se ha hecho recomendable, porque cerrada en la Iglesia con sus defensores servía a todos, les daba municiones y les auxiliaba con mucho espíritu. Los enemigos perdieron 150 hombres, según han confesado sus desertores, los cuales, unidos a otros 300 que dicen perder el día 4, hacen 450, sin que en las dos funciones hayamos tenido por nuestra parte más de tres muertos y nueve heridos.

»A las dos de esta mañana han dado la alarma a nuestras avanzadas, les he armado una emboscada hacia Biriatu, presumiendo que querían vengar el descalabro pasado; y aunque al amanecer coronaban las alturas inmediatas con mucha gente, y ha salido poca de la nuestra a provocarlos, no ha querido empeñarse y se han retirado.»

La brillantez de la conducta de los combatientes españoles en esta ocasión tenía que merecer la consiguiente recompensa. Y según lo declarado en la *Gaceta*: «Enterado de ello S. M., queda muy satisfecho del modo cómo se comportaron los individuos de la compañía de Ubeda, estimulándoles a continuar en su propósito de distinguirse, y se dignó conceder a la mujer de José Díaz, que era el herido de gravedad, la mitad del prest de su marido y todo él si falleciera» (1).

Relación detallada del suceso anterior, por Luis de Marcillac. Ataque de los franceses al puesto de Biriatu

La información oficial que hemos expuesto, por mucho que sea su valor documental, no nos permite apreciar en toda su significación la realidad del hecho de que se trata, y ateniéndonos a lo que pudiéramos

(1) Lámina núm. 6.

llamar la declaración testifical de Luis de Marcillac, expondremos que según este escritor francés: «Era para los franceses de mayor interés impedir la libre comunicación de las líneas del ala izquierda española con los puestos que se habían colocado delante del Bidasoa; comunicación que les daba la facilidad de trasladarse a los puestos de Urrugne y de San Juan de Luz. Era preciso, por ello, destruir el puente del Bidasoa, pero juzgándolo inatacable de frente, dominado por el fuego de las baterías que coronaban las alturas de la orilla izquierda del río, el General republicano se decidió a atacar los puestos de flanco, remontando el curso del río. El 13 de julio, una fuerte columna de tropas regulares, mandada por el bravo Latour d'Auvergne, se encaminó hacia el pueblo de Biriatu.»

«Biriatu, está situado en una colina sobre la orilla derecha del Bidasoa, río que separa esta localidad francesa del territorio español. Dueños de este puesto los franceses, hubieran destruido el puente que se extiende a espaldas de esta colina y cuyo acceso no es difícil tomándola de frente. Fortificándose en esta altura hubieran apagado el fuego de las baterías españolas de San Carlos, Arriamendieta y de Bidechabal, asentadas en la orilla izquierda del Bidasoa, y hubieran podido, por este medio, intentado el paso del río citado.»

«El puesto de Biriatu estaba defendido por un destacamento de tropas regulares y por la compañía a pie de los contrabandistas de Sierra Morena, traída desde sus montañas por Ubeda, jefe de ellos, para encargarse de la defensa de la frontera. Los franceses atacaron Biriatu con encendido valor, habiendo logrado dos veces llegar a lo alto de la colina; por dos veces también fueron rechazados, pero Latour d'Auvergne, a la cabeza de sus granaderos, se precipitó una tercera sobre los españoles, con tal intrepidez, que éstos fueron obligados a retirarse a la Iglesia del lugar, que previamente se había aspillerado. Esta Iglesia, convirtiéndose prontamente en una hoguera ardiente de la que surgió la muerte. En vano, el primer granadero francés seguido de sus bravos, trató repetidamente de apoderarse de este atrincheramiento, habiendo logrado varias veces llegar hasta el pie de la Iglesia, siempre encontró en juego un valor contra otro y, demasiado débil para poder esperar el conseguir forzar a la retirada a gentes tan obstinadas en su defensa, se retiró en busca de refuerzo. A la mañana siguiente, a las dos horas, el bravo Latour volvió a la carga con fuerzas más considerables que las de la víspera, sostenido por todo el ejército que coronaba las alturas frente a la posición de los españoles y parecía dispuesto a un ataque general. Pero Biriatu también había sido reforzado; y Latour d'Auvergne fué de nuevo rechazado, sin que el ejército del que formaba parte entrara, en modo alguno, en la acción.»

Consideraciones del Conde de Clonard y de Gómez de Arteche sobre la acción del día 13

De lo declarado por Luis de Marcillac, razón tiene el Conde de Clonard para decir que la guarnición española que cubría Biriatu *era débil por su número, aunque sobresaliente por su denuedo*, y al indicar que esta guarnición estaba compuesta por un pequeño destacamento de tropas de línea y una compañía de contrabandistas, no falta a la verdad al afirmar que éstos, por un rasgo sin ejemplo en la historia, se habían ofrecido a sacrificar noblemente, en aras de la nación, una existencia criminal y aventurera; como él declara, Latour se lanzó al combate con un valor rayano en la temeridad, y después de las dos veces en que fué rechazado, no es aventurado suponer que hubiera experimentado una derrota completa en la realización de su intento, si no hubiera podido recibir un refuerzo oportuno. «Ardiendo de coraje se precipitan por tercera vez los franceses sobre Biriatu, y los españoles por primera vez retroceden y van a buscar un refugio en la Iglesia aspillera de aquella villa. Latour insiste en completar su victoria apoderándose de este último atricheramiento, más sólo consigue desmenbrar su brillante columna bajo el mortífero fuego que hacían los españoles. Y cuando, después de informar cómo la noche ha separado a los combatientes y al despuntar los albores del día inmediato se renueva la lucha con mayor encarnizamiento y los mismos resultados, indica cómo: «El francés se retira, finalmente, admirando la resistencia heroica de los españoles.»

Juzga Gómez de Arteche que esta acción del día 13 de julio y siguiente hubo de realizarse cuando más engolfados estaban los franceses en sus trabajos de la línea de Ciboure a Hendaya, abriendo caminos y levantando reductos, bajo la inteligente dirección de Villot y que el ataque de los españoles a las posiciones de Urrugne dió a aquellos ocasión de un desquite, que hubiera podido resultar muy trascendental en la nueva situación de fuerzas y de ánimo en que principiaban a verse.

Las acciones anteriormente relatadas hacen ver al General Caro la importancia de la posición de Biriatou. Ordena su fortificación

Afortunadamente no fué así como hemos visto, pero lo ocurrido en los días 13 y 14 «mostraron a Caro la necesidad de cubrir la posición de Biriatu con fortificaciones, que bien guarneidas impidiesen a los franceses establecerse sobre la margen del Bidasoa en puntos de donde podrían coger de revés toda la zona española de la derecha de aquel río en el Baxtán, así es que a los pocos días Biriatu se hallaba con-

vestido en un pequeño campo atrincherado, con baterías bien entendidas y artilladas y con una guarnición suficientemente numerosa, que para mayor abúndamiento se puso a las órdenes del Marqués de la Romana». Y afirma Beaulac: «que después de estos acontecimientos, los españoles aparecían diariamente en la Croix des Bouquets y en las colinas situadas a uno y otro flanco, siendo su deseo atraer de este modo a los destacamentos imprudentes lejos del resto del ejército. En este país extremadamente accidentado, sembrado de colinas, barrancos y senderos cubiertos, las emboscadas eran fáciles de tender, y los más ligeros excesos de valor venían a ser funestos.»

Don Ventura, viendo el obstinado empeño de los franceses por apoderarse de Biriatu, hizo fortificarlo estableciendo en él fuertes baterías, y el mando de este puesto, que después hubo de llamarse *la casa fuerte*, fué confiado al Marqués de la Romana, sobrino del General Caro (Marcillac). Este militar, todavía joven, defendió el puesto con la intrepidez que le era natural. El talento que desplegó en esta ocasión determinaron a S. M. Católica a nombrarle General de una División en el Ejército de Cataluña, después que don Ventura hubo de cesar en su mando del Ejército de Navarra y Guipúzcoa (1)

Obediencia de Caro al sistema defensivo impuesto por la Corte de Madrid. Juicio crítico del General Gómez de Arteche

Pero todos estos combates que venimos relatando, como otros de ninguna importancia, son la mejor prueba de lo fielmente que se seguía el sistema defensivo impuesto por el Gobierno español para la guerra en los Pirineos occidentales (Arteche). «Allí no se hacían sino de puesto a puesto entre los pequeños campamentos establecidos en la frontera por grupos de los que no podía esperarse un choque bastante serio para representar lo que en tecnicismo militar se llama una batalla.»

Ese plan debía acomodar a los franceses, pues que así hacían a la guerra a sus reolutas, que aumentando en número de día en día, formaba la mayor parte de aquel ejército. Esas frecuentes acciones sin resultado alguno decisivo y la seguridad que iban adquiriendo de que los españoles, sujetos a un plan que ya parecía invariable, no se internarían en el país, lo mismo que la conducta de su General en jefe, atento a reunir en el campo de Bidart un núcleo de fuerzas disciplinadas, devolvieron al ejército francés una parte de la moral que le habían hecho perder sus anteriores reveses. El general Serván, Delbecq al su-

(1) Expone el historiador francés que: «El Marqués de la Romana hubo de distinguirse durante la campaña desdichada de 1794 y la de 1795, a las órdenes de don José de Urrutia. Después de la paz hubo de ocuparse del estudio teórico del arte de la guerra, y nuevas circunstancias le asignaron ciertamente un puesto distinguido entre los generales célebres de este siglo».

cederle, y el comandante Villot por su lado y como jefe de la vanguardia, fueron, al tiempo que reorganizando sus tropas con el fuego, haciéndolas avanzar de puesto en puesto y de colina en colina hasta llevarlas a la proximidad del Bidasoa, con el objeto, principalmente, de entablar en circunstancias favorables una acción general que las hiciese dueñas de toda la orilla derecha. Caro, tanto para hacer ineficaz aquel proyecto de los franceses, como para tener siempre expedito el paso, dependiente unas veces de las mareas y otras de haber de remontar el río a una distancia considerable en busca de los puentes, estableció uno de barcas cerca de Irún, que los enemigos trataron de inutilizar, pero con tan desgraciado éxito que, al intentarlo unas compañías de cazadores vascos, se vieron envueltas por los nuestros y hechas prisioneras, después de haber experimentado bajas proporcionalmente enormes. Aquella lucha, incesante pero sin resultados, podría muy bien compararse con la de las olas del mar en su movimiento, continuo también, del flujo y reflujo. Ya asomaban los franceses al Bidasoa y a los altos de Roncal, Alduides y el Bartzán, reduciendo sus correrías al saqueo y al incendio de las aldeas y caseríos, todo lo más a la toma de algún puesto o atrincheramiento encumbrado a las nubes; ya se adelantaban los españoles a Sarre, Urrugne o San Juan de Luz con fines no muy dispares de los de sus enemigos. Y como, al llegar unos y otros a los campos de concentración del enemigo, tenían que retirarse ante las masas, siempre imponentes, que se hacían salir de ellos, de ahí el ir y venir, el flujo y reflujo, el chocar diario y el ineficaz e inútil derramamiento de sangre de aquella campaña, reducida a no permitir que los beligerantes pudieran llevar sus respectivas fuerzas a otro teatro más importante de la guerra. Pero los franceses, como luego haremos ver, comenzaban a iniciar en las demás fronteras de la República una serie de ventas que les permitía atender a la de los Pirineos con refuerzos más necesarios, en su concepto, hasta entonces donde el peligro aparecía mayor, pues que amenazaba puede decirse que directa y hasta inmediatamente al corazón del territorio nacional. Y no terminaba el mes de julio cuando el ejército francés, contando con 28.000 hombres ya en regimientos e instruidos, cerca de 2.000 caballos y otros tantos artilleros, con un material abundante y bien acondicionado para aquella campaña, se decidían a emprender una operación de que esperaban los mejores resultados.»

Demostración francesa ante Urrugne el 23 de julio. Fallece el General Delbecq y es reemplazado por Despres - Crassier. Situación indecisa

La información española no nos da cuenta de un hecho de armas ocurrido el 23 de julio, del que nos informa tanto Beaulac como Jómini. «Según el primero, el 23 del mes en cuestión, 4.000 hombres de infantería

y 400 dragones salieron de los campos de Irún y se presentaron en las alturas ante Urrugne. Los franceses realizaron un avance general, y habiéndose excedido en el suyo un destacamento de granaderos, los españoles que vieron venida la ocasión favorable para cercarlos descendieron hacia ellos con precipitación: contenidos por los cazadores del 5.º batallón de infantería ligera y por los granaderos, disponían ya a efectuar su retirada, cuando 80 dragones del 18 Regimiento y algunos gendarmes cayeron sobre ellos con impetuosidad, trocaron su retirada en huída, y coparon de este modo una parte del Regimiento de León. El Mariscal de Campo Roufinac (1), el Teniente Coronel del Regimiento de León, doce oficiales y 193 soldados cayeron en nuestras manos; mas 60 fueron muertos o heridos. El General en Jefe del Ejército español D. Ventura Caro, que se encontró en el hecho, no pudo escapar fácilmente de la persecución de los franceses.»

Según el relato de Jomini: «El general Delbecq, valetudinario, esperaba con ansiedad lo que la suerte decidiera de él. Su antagonista permanecía, igualmente, a la defensiva, espiando el instante favorable de intentar alguna pequeña empresa. Caro, emprendedor y activo, comprendía muy bien las combinaciones de la pequeña guerra. Habiendo avanzado el 23 de julio con 4.000 hombres y 500 caballos sobre Urrugne con la esperanza de atraer a los republicanos a cualquier empeño desfavorable, su tropa cayó por sí misma en el lazo que ella trataba de tenderles. Asaltada por un destacamento del 18 de Dragones en el momento en que creía envolver una pequeña vanguardia, tomó la huída dejando una parte del Regimiento de León en poder de los franceses. Faltó poco para que el mismo General fuera hecho prisionero, y este pequeño éxito, elevó el valor de los nuevos reclutas hasta la exaltación.»

El viejo Delbecq, que no había tomado parte alguna en este éxito, falleció algunos días después en San Juan de Luz, y fué reemplazado por Despres-Crassier, cuyo carácter brusco y altanero le enajenó la voluntad, así de los Comisarios de la Convención, como de los subalternos.»

Pero esta situación indecisa, llena de inquietud y de zozobra por ambas partes, no podía mantenerse por más tiempo. Estudiaremos en el capítulo siguiente la marcha de las operaciones desde finales de julio hasta la terminación de esta campaña del año 1793.

(1) Desconocemos la personalidad de este Mariscal de Campo de apellido francés y que la referencia de que estamos tratando supone militar en nuestro campo.

CAPITULO IV

SITUACION DE LOS EJERCITOS BELIGERANTES A FINALES DEL MES DE JULIO DE 1793

Situación indecisa a finales de julio. Nombramiento de nuevos Convencionales, Feraud y Garrau



CERTAMENTE, aquella situación nada resolutiva de constantes tentativas, de pequeños combates, de golpes de mano sin resultados positivos, no podía prolongarse por más tiempo. En el campo francés el nombramiento de nuevos emisarios de la poderosa Convección iba a contribuir a ello, y en efecto, según declaración de Beaulac, los representantes del pueblo establecieron entonces su poder en la parte militar: Feraud estaba en San Juan de Pie de Puerto, Garrau llegó a San Juan de Luz. El tiempo en que estos dos hombres quedaron solos en el ejército, fué una época feliz para esta frontera. Ambos poseían inclinaciones honradas (pures); Garrau, exaltado de muy buena fe y celoso en exceso de su renombre de montañés, aunque no fué nunca persecutor.

El carácter activo y belicoso de estos dos representantes puso bien pronto en movimiento a todo el ejército. A la izquierda la posición de las tropas y su escaso número había de reducir todas las operaciones a golpes de mano, cuyo resultado tenía que ser favorable a los franceses, encerrados en un pequeño espacio, y dueños de escoger todos los puntos de ataque.

Estado desfavorable de ambos ejércitos

Si hemos de tener en cuenta las declaraciones del Teniente General Jómini: «El Ejército francés de los Pirineos occidentales, elevado en los últimos días de julio a 30.000 hombres, no se encontraba en un estado más próspero que el que se hallaba acampado bajo la protección de Perpignan, puesto que aunque hubiese tenido tiempo de proporcionarse una organización más regular y un material de artillería más considerable, le faltaba, no obstante, las cosas más necesarias para mantener la campaña. Todos los cuerpos no estaban igualmente bien armados. Los clubs de Bayona y de San Juan de Luz, habían aquí sembrado las doctrinas licenciosas de Hébert y de los Cordeleros. El espíritu demagógico no tenía freno; los soldados desconocían la disciplina y todos los servicios del ejército no ofrecían otra cosa que desorden y dilapidación.»

No obstante manifestar que el pequeño éxito obtenido por los franceses el 23 de julio ante Urrugne, en el que faltó poco para que el General Caro fuera hecho prisionero, había elevado el valor de los nuevos reclutas hasta la exaltación—declara que—: «Los representantes Ferraud y Garraud, delegados en el ejército de los Pirineos occidentales, se indignaban al ver extinguirse el estío sin que fuese tomada la ofensiva y, no calculando las consecuencias que el menor descalabro podrían acarrear, sometieron al nuevo general Desprez-Crassier, que había reemplazado al viejo Delbecq, un gran número de proyectos que denotaban más celo que genio militar. Desprez-Crassier, después de haberlos rechazado totalmente, se vió, por fin, obligado a adoptar uno de ellos para no levantar contra él las armas de la malquerencia y prometió ejecutarlo introduciendo algunas modificaciones, hecho que fué considerado como la comisión de un crimen.»

Para Jómini: «El ejército español de Caro, débilmente reforzado, contaba con 24.000 hombres, siempre con las mismas tropas, los mismos generales, pero que tanto los unos como los otros habían adquirido desde los primeros meses de la campaña la instrucción y el aplomo necesarios para sostener con éxito el papel defensivo a que eran destinados por el plan de campaña adoptado por la Corte.» Mas, al recoger esta afirmación favorable para nosotros, haremos observar que no concuerda exactamente con lo que en párrafos anteriores hemos transcritto de la información proporcionada por Gómez de Arteche, al afirmar que, aunque los mutuos ataques realizados hasta el presente por ambos contendientes no dieran resultado positivo de importancia, los franceses comenzaban a iniciar en las fronteras de la República una serie de ventajas que les permitía atender a los Pirineos con refuerzos más necesarios, en su concepto, hasta entonces donde el peligro aparecía mayor pues que amenazaba, puede decirse que directa y hasta in-

mediatamente al corazón del territorio nacional». Y terminaba Arteché todas estas consideraciones afirmando: «que no terminaba el mes de julio, cuando el Ejército francés, contando con 28.000 hombres ya enregimentados e instruidos, cerca de 2.000 caballos y otros tantos artilleros, se decidía a emprender una operación de la que esperaba los mejores resultados.»

En estos días del mes de julio el Ejército francés se extendía desde el valle de Arán hasta Hendaya, y se componía de 34 batallones y de algunas compañías de cazadores, formando un conjunto de 28.000 hombres de infantería, cerca de 700 hombres de caballería y de 1.500 artilleros. Como vemos, esta información del francés Beaulac concuerda con la anterior de nuestro historiador. «La artillería, dice el primero, casi no tenía más que piezas de a 4, de 8 y de 12 en bronce, y algunas de 18 en hierro; 4.000 caballos o mulos eran empleados en diversos servicios del ejército. Buenos oficiales iban formándose silenciosamente en esta guerra continua de puestos, y por los ejemplos de Moncey, Latour d'Auvergne, Villot, etc. La organización administrativa creada en el ejército por el Comisario ordenador Dûbreton, había adquirido una forma respetable y, a pesar de la inexperiencia de los primeros agentes, en ninguna parte de la República se experimentó menos pérdidas en los aprovisionamientos, menos disipaciones en ellos, menos profusión en sus distribuciones.»

Intentos fracasados contra los puestos de Iroulepe, coll de Ispegui, fundición de Orbaiceta y montaña de Ibañeta

Los franceses en el mes de julio intentaron apoderarse del puesto de Iroulepe, que 100 hombres nuestros guarnecían y se hallaba emplazado en las montañas de Lussaide, a dos leguas del grueso del ejército. Este puesto fué atacado de frente, del lado de las montañas que dominan Arneguy; otro cuerpo, salido de Baigorri, hubo de cerrarle el camino de los Alduides. La información francesa asegura que muchos hombres de los nuestros fueron heridos o muertos y 30 hechos prisioneros con su comandante. El 17 de julio, 80 granaderos del Regimiento de León, y el Teniente Coronel Loustaunau, fueron copados en el coll de Ispeguy. En tanto que eran atacados del lado del gran camino, fueron envueltos por los colls de Elorrieta y de Bustancelay.

El 7 de agosto, el General de Brigada Delalain avanzó sobre los Alduides con 1.800 hombres: Dubouquet, para distraer la atención de los españoles, amenazó la fundición de Orbaiceta, pero como lo declaró el propio Beaulac: «Esta expedición no tuvo otro resultado que el de poder quemar siete casas en la aldea de los Alduides, de la que habían huído sus habitantes, conociendo la indignación francesa y el inevitable castigo que les estaba reservado.»

Por último, durante el invierno arrojóse a los españoles del pie de la montaña de Ibañeta, único puesto avanzado que hasta entonces se había visto libre de una sorpresa. 1.800 hombres fueron acantonados en Arneguy para proteger la exploración de un bosque considerable en el Val-Carlos.

La información oficial española no da referencia alguna de estos pequeños golpes de mano o ataques de escasa importancia. Y según el juicio crítico del historiador francés citado: «Esas diversas incursiones aguerrían a las tropas de la Revolución y acabaron de convencer a los hombres poco videntes, que el partido que se había tomado de reducir sus posiciones, era el más conforme con las reglas de la prudencia.»

**La ofensiva francesa en el sector
del lado de Hendaya y San Juan
de Luz. Ataque en la noche del 29
al 30 de agosto, a Biriatou**

Pero si en este sector del frente de operaciones la ofensiva francesa quedaba reducida a tan poca cosa, en cambio, del lado de San Juan de Luz se preparaba la realización de acciones más importantes.

Después del intento, poco favorable para ellos, del 13 de julio sobre Biriatou, reconoce Beaulac que: «Los españoles, dándose cuenta de la importancia de este puesto, cuya posesión les abría una entrada fácil sobre el territorio francés y les hacía dueños de las dos orillas del Bidasoa, había hecho una fortaleza formidable del mismo, cubierta de atrincheramientos y guarneida de cañones; ocupaban, por otra parte, durante el día, todas las colinas situadas entre la Croix des Bouquets e Irún; el fuego de sus baterías aseguraba todas estas posiciones. El general Desprez-Crassier, que había reemplazado en el mando de la División a Labourdonnay, muerto en las aguas de Dax y provisionalmente en las funciones de jefe del ejército por muerte en San Juan de Luz, de Delbecq; Desprez-Crassier, hombre brusco y obstinado en sus ideas, fué desde los primeros días de su llegada envuelto por proyectos y planes de ataque concebidos en el Gabinete de los Representantes. Su franqueza ruda y fiera acogía en un principio poco favorablemente todas estas producciones irregulares; insinuaciones más directas le hicieron experimentar el peligro de quedar en la inacción, o incluso de no seguir el plan que se le encomendaba (le fil qu'on lui mettait dans les mains). Tomó, pues, la resolución de atacar al contrario y, no obstante, añadió a las instrucciones recibidas algunas disposiciones que las modificaban y que presentó a la consideración de los demás, en los consejos de guerra constituidos con los mejores oficiales del ejército.»

«El plan era de sorprender a Biriatou, y si la empresa se lograba, perseguir al enemigo con vivacidad, pasar el río mezclado con él y destruir todas las baterías situadas del otro lado del Bidasoa. Esperá-

banse de todo esto los más felices resultados, y la esperanza de la victoria relampagueaba en todos los ojos. Jamás hubo, no obstante, empeño menos propio a resolver el destino de ambos ejércitos. Avanzóse durante la noche del 29 al 30 de agosto hacia las márgenes del Bidasoa; un disparo de cañón dió la señal de ataque y el de la defensa; el combate desvaneciése en escaramuzas, y los españoles persiguieron a nuestras tropas en su retirada, poniendo fuego a algunas casas y picando nuestra retaguardia. La pérdida por ambas partes, tanto en muertos como en heridos, no ascendió más que a sesenta hombres escasamente.»

Reconoce, pues, el testimonio francés, que esta acción del 29 al 30 de agosto, no fué favorable al intento francés, y, por consiguiente, confirma la versión oficial que del hecho nos ofrecía la *Gaceta de Madrid* del 10 de septiembre de 1793, en la que se daba a conocer al público español cómo con fecha 30 de agosto próximo pasado, había remitido el General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, la relación siguiente: «Excmo. Sr.: La noche pasada se vieron varios fuegos en Hendaya o en los montes inmediatos de enemigos, en todas las alturas que dominan el río Bidasoa y las que dominan a Biriatou, desde donde rompieron el fuego contra nosotros con su artillería y mosquetería. Pasé al instante acompañado de todos los Generales a reconocer los enemigos desde el monte de San Marcial, y parecióndome por sus disposiciones que sus mayores esfuerzos se dirigían contra Biriatou, pasé allá y reforcé aquel puesto con ocho compañías de granaderos provinciales a las órdenes del Marqués de Someruelos, y ocho de granaderos del ejército a las órdenes de D. Francisco Javier Castaños. Recelando igualmente que los enemigos atacasen al mismo tiempo a Vera, hice marchar al puente de Boga, para socorrer a Vera en caso necesarios, los dos batallones del Rey y Príncipe, y el Regimiento de Dragones de la Reina; encomendé el mando de la derecha de Biriatou al Mariscal de Campo Marqués del Castelar; duraba ya el fuego dos horas, y los enemigos desde la loma del Paso, y desde todas las que circundan a Biriatou, nos hacían fuego muy vivo, correspondido por nuestras baterías, y por nuestras tropas en sus apostaderos, cuando resolví atacarlos, y mandé al efecto salir los Voluntarios de Aragón y Cataluña, las compañías de alternación del Marqués de la Romana, y la de caballería de Ubeda.»

«Los enemigos que eran muy superiores en número, fueron rechazados al principio; pero luego volvieron a ocupar el terreno, y a rechazar a los nuestros. Hice entonces variar en Biriatou la posición de los obuses y de los cañones de a 8 para flanquear mejor al enemigo en la loma del Paso, y mandé conducir otros cuatro cañones violentos para proteger el ataque; comenzó éste de nuevo, y no obstante el tesón con que se sostuvieron los enemigos, los desalojaron los nuestros de las casas y cerros en que se guarecían, y los retiraron de la loma del Paso y de los montes que dominan a Biriatou. En éstos fué mayor el empe-

ño, porque favorecía a los enemigos la situación dominante y de difícil acceso; pero al cabo de dos horas de un reñido combate, comenzaron a ceder el terreno, y fueron arrojados por los nuestros; primero de los montes que dominan a Biriatou, y después de la loma del Paso; intentaron recuperar ésta con mucha infantería y caballería, pero los nuestros mantuvieron el puesto con firmeza, y los rechazaron poniéndolos por todas partes en vergozosa huída.»

«Mandé entonces que el General Urrutia, sostenido del Marqués del Castelar, con los aragoneses, catalanes y Granaderos Provinciales, les picase la retaguardia por el camino alto de los montes de la derecha, y que incendiase cuantas casas encontrase, para que no sirviesen más de abrigo a los enemigos cuando volviesen a atacarnos, y que el Marqués de la Romana con las compañías de alternación, la compañía de Ubeda, y un piquete de Dragones de la Reina, hiciesen otro tanto por el camino; así lo ejecutaron siguiendo al enemigo más de media legua, y quemaron algunas 40 casas a las inmediaciones de Oruña, sin que hiciesen gran oposición los enemigos; y viendo que eran ya las tres de la tarde y que la tropa no había comido y estaba demasiado fatigada, mandé que se retirase.»

«Por nuestra parte no hemos tenido ningún muerto, sólo ocho heridos, y entre ellos al Coronel Juan Francisco Baturell, que con la mayor bizarriá mandaba una parte de los Voluntarios de Cataluña, y que no obstante de haber recibido antes una contusión, no quiso retirarse; y el Teniente D. Manuel O'Reilly, recibió una contusión en la pierna. De los enemigos han quedado en el campo unos treinta muertos, y sabemos que, por solo el camino de Oruña retiraron catorce carros de heridos.»

«Todas las tropas y oficiales se han portado con el mayor valor, y las baterías han estado servidas con la mayor viveza y acierto.»

Comentario a la operación anterior
por Gómez de Arteche

Recoge Arteche la relación que acaba de exponerse y declara que, en efecto, las disposiciones tomadas por Desprez-Crassier iban encaminadas a acometer la empresa de atacar la posición de Biriatou, esperando si lograba ocuparla, cruzar el Bidasoa tras los fugitivos y destruir todas las baterías de nuestra orilla izquierda. Manifiesta, igualmente, que aquel plan llenó de entusiasmo a las tropas francesas, teniéndolo por éxito seguro y decisivo, tanto más halagüeño, cuanto que, sino estaba inspirado por los representantes de la Convención, había obtenido su completo acuerdo. «Todo respiraba la atmósfera del triunfo en el campo francés —escribe nuestro historiador— y no parece que iba ya a celebrarse con las hogueras que los españoles distinguieron la noche del 29 de agosto en todas las alturas al frente de su línea. Un

cañonazo dió al enemigo la señal de su ataque, que fué todo lo enérgico que era de esperar en el entusiasmo que le dominaba. El General Caro, avisado por las fogatas y por el estampido del cañón (prematuro en concepto de los franceses después de su derrota), comprendió al momento que Biriatou era el punto verdaderamente amenazado y lo reforzó en seguida con varias compañías de granaderos, así de línea como provinciales, cuyo fuego impidió el ataque y hasta la aproximación de los franceses. No satisfecho, sin embargo, Caro de aquellas precauciones y de la de haber establecido en el puente próximo de Boga varios cuerpos de infantería y alguno de caballería para que hicieran frente a cualquiera invasión que intentase el enemigo por la parte de Vera, decidió hacer un movimiento de avance contra toda la línea de fuego francesa, a fin de terminar un combate cuyo éxito comprendía ya como feliz e inmediato. Y haciendo cargar a las tropas que tenía en reserva espiando las peripecias del combate frente a Biriatou, con tal ardor lo hicieron nuestros soldados, que a los pocos momentos se ponían los franceses en completa retirada, que llegó a hacerse tan ignominiosa, que costó la destitución y el arresto del general Despréz-Crassier, de Villot y de varios otros oficiales, los que más confianza habían inspirado a los republicanos en su tan cacareada empresa. La magnífica posición de la Croix des Bouquets fué asaltada por nuestras tropas; y aún cuando los franceses en una de sus reacciones y a favor del fuego de cuatro piezas de campaña lograron recuperarla, pronto se vieron obligados a retirarse, seguidos de cerca por nuestros valientes compatriotas que, en combinación con el General Urrutia y el Marqués de la Romana, que se apoderaron de todas las posiciones de los franceses, se extendieron hasta cerca de Urrugne, quemando cuantas casas encontraron en su marcha, a fin de que después no sirvieran de abrigo a sus enemigos.»

**Ataque general del ejército francés
a las posiciones españolas en la
línea del Bidasoa en la noche cita-
da, según Marcillac**

Asegura Luis de Marcillac que las acciones del 13 y 14 de julio sobre la izquierda de nuestra posición no fueron reiteradas posteriormente por los franceses más que con reconocimientos, no habiendo más que algunos pequeños combates entre los puestos de vanguardia. Los españoles estaban admirados de esta tranquilidad, cuando en la noche del 29 de agosto se dieron cuenta de los fuegos a lo largo de la línea de alturas que dominan Hendaya, el Bidasoa y Biriatou. Confirma el testimonio de este escritor que el ataque fué general, sobre todos los puntos del ala izquierda de nuestro frente al despuntar del día, y que desde el primer momento pudo apreciar el General Caro que el esfuerzo principal de los franceses iba dirigido contra la posición de Biriatou.

por lo que, como sabemos, hizo en seguida reforzar este sector con ocho Compañías de Granaderos de Línea y otro tanto de Granaderos Provinciales, al propio tiempo que eran colocados en el puente de Boga dos Batallones de Infantería de Línea y un Regimiento de Caballería con la misión de impedir que las líneas de Irún fueran en vueltas en el caso de que los franceses fueran a forzar el puesto de Vera, que era el centro de la línea general de defensa y punto principal de ataque por sobreponer el flanco de la posición de Irún.

Un fuego vivo y bien nutrido se mantenía desde hacia dos horas en todo lo largo del frente de combate, cuando don Ventura resolvió dar fin a la empresa atacando por sí mismo al enemigo. Afirma Marcillac que este movimiento fué ejecutado con el ardor que este General sabía comunicar a sus tropas. Asimismo—expone—cómo los franceses fueron rechazados de la altura llamada la Croix des Bouquets; rehechos y volviendo a la carga, obligaron a su vez a los españoles a abandonar el puesto del que acababan de apoderarse; pero éstos tenían que rivalizar todavía en esta jornada, mostrando tanto valor o más que sus enemigos. Reforzados por cuatro piezas de campaña volvieron nuevamente a cargar, y después de la más obstinada defensa, los franceses viéronse forzados a abandonar, no sólo la posición de la Croix des Bouquets, sino todas las alturas que ocupaban antes de la acción. Habiendo recibido algunos refuerzos de Caballería e Infantería, trataron de recobrar esta posición, pero los españoles se mantuvieron en ella.

Confirma el historiador francés, que aprovechándose de la victoria don Ventura destacó al General Urrutia para que, marchando por la derecha de la Rhune, fuera a inquietar la retirada de los franceses, ordenándole quemar todas las viviendas que encontrase en su marcha, con el fin de despejar su línea de defensa y privar de estos abrigos a los enemigos, dado el caso que intentasen contraatacar en su huída. El Marqués de la Romana ejecutó la misma operación, siguiendo la vía internacional de Bayona. Persiguió a los franceses hasta el pueblo de Urrugne, e incendió todas las casas que encontraba a su paso.

**Conformidad de las declaraciones
de los historiadores Jómini y Gó-
mez de Arteche. Causa del fracaso
francés**

Al afirmar Jómini, que el éxito de esta empresa no fué feliz para los franceses, declarando los unos, que la causa de ello fué la premura en darse la señal de ataque, como lo indica Gómez de Arteche, en tanto que otros pretenden, por el contrario, que el hecho fué debido a una falta de conjunto en las disposiciones; un oficial que ha dado cuenta de esta campaña asegura, no obstante, que el General en Jefe había trazado una larga instrucción en la que se señalaba la obliga-

ción de cada una de sus columnas. Sea de ello lo que fuere, afirma el General historiador, la jornada del 29 de agosto, después de estar anunciada bajo los auspicios más favorables, terminó desfavorablemente para los franceses.

«La columna de la derecha, después de rechazar los puestos avanzados españoles, se presentó ante Biriartu. Caro había tenido tiempo de atrincherarlo y el aumento de los fuegos de los vivaques durante la noche precedente, le había llevado a reforzarlo con 16 compañías de Granaderos; los esfuerzos de los franceses fueron vanos, la Romana, después de haber opuesto la más honrosa resistencia, vióse bien pronto en ocasión de tomar por sí mismo la ofensiva, a tiempo de que Caro vino a sostener su ataque por tres batallones y un regimiento de Caballería apostados desde el comienzo de la acción en Boga, en el que se encontraba un paso importante del Bidasoa. Caro lo ordenó rechazar vivamente a los republicanos que había desalojado de la Croix des Bouquets; este puesto, tomado y vuelto a tomar varias veces, quedó en posesión de los españoles, viéndose obligados los franceses a repliegarse sobre Urrugne. La columna de la izquierda conducida por Willot, retardado en su marcha no llegó ante Vera más que para ser rechazado por el General Urrutia, que costeando la vertiente oriental de la montaña de la Rhune quemó todas las viviendas a su paso.» La coincidencia de lo expuesto por Jómini con los informes anteriores, es bien manifiesta.

**Los franceses se establecen frente
a la derecha española. Disposiciones tomadas por el General Caro**

La destitución de Després-Crassier y de Garrau, así como la de los generales que habían ejercido mandos de relieve como Willot, las señala el historiador citado para después de la acción del día 7 de septiembre, de que hemos de dar cuenta. Después de la derrota del 29 de agosto, los franceses se establecieron a la derecha de nuestra línea y trataron de forzar los puestos de Zugarramurdi y de Urdax, en el valle de Bartzán. Conocedor don Ventura de este proyecto, había reconocido todos los puestos de su derecha y había enviado tropas al valle de Annoa, cerca de Zugarramurdi. Ordenó al Teniente General don Francisco Horcasitas, que mandaba en el valle de Bartzán, reforzar los desfiladeros. Este general hizo por ello ocupar el puerto de Maya, a fin de poder socorrer a Urdax y proteger la retirada en el caso que ésta fuese necesaria. Asimismo los puestos de Vera fueron también reforzados por un batallón de línea y dos escuadrones de Infantería.

Escasa importancia concedida por los historiadores franceses a la operación del 7. No así la Gaceta de Madrid y Marcillac

No dan gran importancia los historiadores franceses a la operación del día 7 de septiembre de que hemos hecho mención, y el propio Arteche no hace de ella más que una ligera indicación al declarar que la victoria del 29 de agosto dejó al General Caro en disposición de reforzar sus posiciones de la derecha, logrando así rechazar otros ataques que los franceses dirigieron contra Urdax y Zugarramurdi, persiguiéndolos después los Generales Urrutia y Horcasitas, que habían salido de Vera y del Puerto de Maya. Mas Luis de Marcillac es más explícito y da de ella una referencia suficientemente detallada, confirmando lo que la información oficial de la *Gaceta de Madrid* del 24 de septiembre, exponía extensamente. En efecto, este órgano oficial de publicidad daba cuenta de la carta que en 9 del citado mes había remitido don Ventura Caro, acompañando los partes que le habían dado los Comandantes respectivos de diferentes puestos establecidos para la defensa de aquella frontera, al ser atacados a un tiempo los puestos de Urdax y Zugarramurdi en Navarra, el día 7. Por la razón dicha de su extensión, no hemos de transcribir el documento oficial que, en resumen, daba cuenta de cómo los pueblos de que hemos hecho mención fueron atacados en vano por los franceses; no pudiendo apoderarse tampoco de las trincheras y Peñas de Commissari; participando el Coronel del Regimiento Provincial de Tuy, don Pedro Ignacio Correa, que al marcharse el Mariscal de Campo don José Urrutia, había quedado mandando los pueblos de aquella frontera desde San Juan de Luz hasta Biriatou, que atacados éstos el día de que estamos tratando, a las cinco de la mañana, hasta el sitio llamado de las Peñas, por tres columnas de tropas enemigas, apoderadas éstas de algunos puestos de nuestras avanzadas intentaron forzar a golpe de bayoneta y sable en mano la trinchera de Commissari, por cuya parte les hacia la mayor resistencia el Teniente Coronel del Batallón de América, lo que visto por el Coronel de Tuy le pareció a propósito responder en igual forma, poniéndose a la cabeza de su tropa, también sable en mano, con tal intrepidez, que causando pánico a los franceses, abandonaron la empresa, posesionándose los nuestros de la avanzada.

Resumen de la acción del día 7 de septiembre por Marcillac y resultado de la misma

Marcillac, viene a resumir la exposición general del hecho contenida en la *Gaceta* en términos más concretos, y después de dar cuenta de las disposiciones tomadas por el General Caro tras la victoria del día 29, declara, que éstas «Apenas habían sido tomadas, cuando el 7 de septiembre, a las seis horas de la mañana, los franceses aparecieron en número de 4.000 y atacaron al mismo tiempo los puestos de Urdax y de Zugarramurdi. No pudiendo forzarlos, se trasladaron a una altura defendida por 400 hombres, a los que obligaron a replegarse sobre los puestos avanzados de esta última localidad. Estos, a la aproximación de los franceses, se retiraron detrás de los atrincheramientos hechos ante ella. Durante cinco horas los franceses se batieron a la desesperada para forzar estos atrincheramientos; su caballería llegó hasta las primeras casas de Zugarramurdi, pero el fuego de las tropas que estaban aquí establecidas les obligó a retirarse.»

Confirma el escritor francés acogido a nuestra Patria: «que los franceses, viendo inútil su tentativa, se retiraron en buen orden a las alturas situadas entre Sare y Saint Pée, a media legua de la localidad últimamente citada. Tratando de establecer un combate, puso fuego a algunas casas, pero los franceses permanecieron en su posición y Urrutia volvió a Vera cubriendo los caminos de Sare y de San Juan de Luz. Había llegado a sus líneas, cuando supo que sus puestos avanzados estaban atacados. Enseguida mandó reforzar los atrincheramientos de la roca llamada Commissari, puesto importante que guarda a Vera en el camino directo de San Juan de Luz, y marchó sobre los franceses, que ya se habían hecho dueños de un bosque de encinas al flanco de dicho atrincheramiento. *Después de una fusilada muy viva*, los franceses se retiraron.»

Confirma Marcillac que el esfuerzo francés no se ciñó a conseguir los objetivos que se indican, sino que se extendía a mayores intentos. En efecto, «durante estos ataques contra la derecha y el centro de la línea española, los franceses intentaron de tomar a los españoles del ala izquierda la posición que habían conquistado el 28 de agosto en las alturas de Urrugne. Habían ya derribado varios puestos y atacado vivamente desde hacia dos horas los atrincheramientos de las baterías, cuando D. Ventura, batiéndolos con la caballería, les forzó a batirse en retirada. Era muy avanzada la noche, cuando las tropas que habían batido su retaguardia entraron en el campamento donde se alojaban.»

Conducta del general en jefe francés, enérgicamente condenada por sus subordinados. Los representantes, que habían sustituido a Garrau, son investidos de toda clase de poderes. Muller reemplaza a Despréz-Crassier

El triste resultado de todas las acciones que acabamos de describir, indispuso a todo el Ejército francés contra su General en Jefe; pero como lo indica Jomini: «También hizo sentir el peligro de una guerra parcial y mortífera contra fuertes posiciones erizadas de atrincheramientos, al que la calidad de las tropas y la igualdad del número hacía presumible todas las probabilidades en favor del enemigo; sistema, tanto más desastroso cuanto que esta guerra constituía por sí misma una calamidad fatal al interés de las dos naciones.»

«Los representantes Pinet, Monestier y Cavaignac, vinieron a reemplazar a Garrau y fueron despojados de todos los poderes administrativos y militares. Desplegando en ésta como en todas las otras partes de la República los temibles instrumentos y recursos del terror, ordenaron la ejecución de levas considerables en los departamentos vecinos, a fin de asegurar al ejército una superioridad amenazadora y decisiva. La exaltación que ostentaban determinó a los enemigos de Despréz-Crassier a hacer recaer sobre él todo el odio de la derrota de Biriatou. Intrigantes advenedizos, que habían ya llegado a alcanzar un grado inmediatamente inferior al suyo y que ellos ambicionaban, le pintaron como un traidor de los nuevos representantes y pudieron obtener, tanto más fácilmente su destitución, por cuanto que tenía la desdicha de ser noble y haber figurado en el antiguo Estado Mayor.»

Comentario formulado por el ciudadano Beaulac

Ahora bien, su vil intento quedó defraudado: «Las esperanzas de estos delatores fueron, no obstante, confundidas; el Comité de Salud Pública nombró para reemplazarlo al suizo Muller, oficial afortunado, a quien sus buenos servicios en Mayence y en la Vendée habían elevado recientemente al grado de general divisionario.» Y es digno de ser anotado que el ciudadano Beaulac, a pesar de su filiación revolucionaria, como comentario final a lo acaecido en la acción del 29 de agosto y, refiriéndose a los suyos, exponga: «Estas grandes esperanzas fallidas, esta sangre vertida sin fruto, esta retirada ignominiosa y, sobre todo, ese cañonazo disparado antes de la hora convenida, proporcionaron armas terribles a cuanto el ejército poseía de hombres enreda-

dores y ambiciosos y sirvieron de provechoso pretexto cuando la llegada de los nuevos representantes al arresto de Désprez-Crassier, de Willot y de otros muchos oficiales». Pero, como sabemos, la pretensión de estos hombres innobles, hubo de fracasar y cuando Beaulac, después de exponer, cómo Monesteier du Puy du Dôme y Pinet, vinieron en esta época a relevar a Garrau en sus funciones, juntándose a ellos más tarde Cavaignac, añade: «Estos representantes se apoderaron de casi toda la autoridad en el ejército, y haciendo uso, es verdad, de medios terribles consagrados por el código revolucionario, lograron inclinar del lado nuestro, la superioridad del número y todas las ventajas de la guerra ofensiva.»

**Razón de los fracasos franceses
antes citados. Fortaleza de la línea
de defensa española, según Jómini**

Si el testimonio francés reconoce el fracaso de la acción del 29 de agosto con relación del resultado alcanzado por sus tropas en la del 7 de septiembre, expone: «Que esta expedición hubiese sido insignificante si el pillaje y el incendio no la hubieran hecho horrible. El carácter francés, agriado y agitado por toda clase de medios, estaba desconocido; los principios de Herbert, entonces aplaudidos y puestos en práctica, sumían a la ciega multitud en todos los desórdenes de la licencia y de la inmoralidad. Salidos del seno de las sociedades de Bayona, de San Juan de Luz y de Saint Péé, hombres entregados a las máximas reinantes vertían en la conciencia del ejército el veneno de sus teorías demagógicas corrompiendo su moral; sofocaban los sentimientos generosos del combatiente aniquilando en su corazón este sentimiento humanitario que tan suavemente descansa en el ánimo del inocente o del infortunado. ¡Feliz quien, en esta época de crímenes y de públicas calamidades, practicó la virtud y fué fiel a la amistad! Si este hombre vive entre nosotros, es un amigo sincero, un ciudadano honrado; él ha pasado por las más rudas pruebas que hayan jamás existido en la tierra.» Por lo que tienen de sinceras e informativas, no hemos vacilado en transcribir lo más literalmente posible estos conceptos de un testigo de la época.

Tampoco tuvo éxito una viva escaramuza que hubo de desarrollarse el 22 de septiembre en las alturas vecinas a la montaña de Commissari; los cazadores a las órdenes de Willot, se adelantaron imprudentemente sin estar suficientemente sostenidos, y es probable que hubiesen sido envueltos si un destacamento de la 148 media Brigada, a las órdenes del capitán Miolis, no hubiese venido a librarles. Pero todos estos fracasos de las tropas de la Revolución eran consecuencia lógica de su temeraria disposición.

En efecto, recordemos cuál era nuestra línea de defensa. Según lo

hace constar Jóminí, se hallaba ésta jalonada por dos posiciones principales: «La primera, que barría el gran camino de Irún y podía ser considerada como el ala izquierda, tenía su derecha en los atrincheramientos de Vera y de la montaña de Commissari, a las órdenes del General Urrutia; el grueso en San Marcial, formando un saliente hacia Biriatou al mando de la Romana; la izquierda en Irún. El campo de San Marcial defendía el paso del Bidasoa sobre la vía internacional por un triple escalonamiento de baterías atrincheradas; puestos igualmente fortificados guarnecían las alturas delante de Vera. El centro de la línea general, formado por las montañas de Echalar y del Coll de Maya, era de un acceso tan difícil, que Caro no había dejado en él establecidos puestos de ninguna clase. La división que formaba el ala derecha, fuerte de siete a ocho mil hombres, guardaba la cabeza de los valles de Roncesvalles y de Val-Carlos, hasta las fuentes del Irati.»

«La elección de estas posiciones defensivas, no teniendo más en cuenta que las dificultades locales dentro de lo posible, estaba muy bien entendida, según el sistema propio para poner el país a cubierto de una invasión. Aunque las obras no estuviesen todavía más que empezadas, el ataque a las mismas estaba sujeto a mil inconvenientes, dado que no se podía transportar un cañón por otros caminos que los de Irún y de San Juan de Pié de Puerto. Es cierto que la dirección del valle de Bartzán invitaba a los franceses a desembocar sobre la izquierda del Bidasoa, para tomar por retaguardia la línea enemiga. Pero el camino de Vera a San Marcial por el pie de la montaña de Aya, al no ser más que un sendero estrecho y practicado en los flancos rocosos y llenos de bosques de esta montaña, no tenía otra salida que la del valle de Lerín sobre las de Oyarzun o del Urumia. Desde luego, parecía escabroso lanzar fuerzas considerables sin artillería en medio de un gran ejército, abundantemente provisto de todo (1); y esta operación no podía ser considerada más que como una diversión, buena de ser emprendida en el caso en que al propio tiempo se dispusiera un ataque serio por la calzada de San Marcial. Advertidos de todos estos obstáculos los representantes y Désprez-Crassier, esperaron apoderarse de Vera y de Biriatou y pasar el Bidasoa mezclado con los españoles; proyecto temerario, pues tenía el defecto de realizar un ataque frontal sobre posiciones muy bien defendidas.»

«Fué, pues, dispuesto asaltar en el centro el puesto atrincherado de Biriatou, defendido por el Marqués de la Romana, atravesar el Bidasoa en su persecución y apoderarse de Irún, en tanto que una columna, costeando la montaña de la Rhune, trataría de atravesar el puerto de Vera, ocupado por el General Urrutia.» Pero tal intento no se realizó.

(1) No parece que esté muy acertado en tal afirmación el historiador que nos ocupa. Es precisamente la información francesa la que declara la deficiencia de los medios de guerra con que contaba nuestro Ejército.

El ejército francés no cambia de actitud

Reconocida la realidad de las circunstancias que concurrían en el estado de la situación en el período de la guerra que se señala, resulta muy lógica la poco afortunada suerte de las acciones llevadas a cabo por el ejército de la Revolución; mas, a pesar de esta enseñanza, y no obstante los cambios efectuados en el alto mando francés, el ejército republicano no cambió de actitud y consumió el resto de la estación invernal en desarrollar una serie de pequeños ataques sobre los puestos avanzados. Müller, el General en Jefe, en continua discusión con los representantes que se inmiscuían en los más pequeños detalles de la disciplina, dió en esta campaña pruebas múltiples de la lealtad y de longanimitad. Gracias a sus cuidados, en medio de trabas de toda clase, pudo operarse el alistamiento o enganche de los contingentes que habían de nutrir los batallones; el perfeccionamiento en la instrucción de las tropas y que todos los servicios administrativos emprendieran una marcha más regular; en una palabra, que quedaran preparados los elementos del ejército que debía cambiar de papel al año siguiente.

Había terminado el mes de septiembre. Dejemos para otro capítulo el relato de los acontecimientos desarrollados hasta el final de la campaña.

